
UNA
PROMETIDA
para el CEO
NATALIA OLMEDO

# UNA PROMETIDA *para el* CEO

NATALIA OLMEDO

COLECCIÓN milamores

**Una prometida para el CEO**

ISBN: 9791387832438
ISBN ebook: 9791387832797

Derechos reservados © 2026, por:

© del texto: Natalia Olmedo
© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

*MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.*

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Prólogo

Madrid aplaude.

Literalmente.

Hay flashes, copas alzadas, sonrisas satisfechas y esa euforia perfectamente calculada que aparece cuando el mundo cree estar presenciando algo histórico.

Soy un puto crack, esa es la verdad.

Llevo un traje negro de corte perfecto, totalmente idóneo para la ocasión, un Patek Philippe brillando en mi muñeca como si pudiera sostener mi reputación por mí y una sonrisa impecable.

El anillo brilla dentro de la caja de terciopelo, me ha costado unos cuantos miles de euros, pero ya noto mi pellejo salvado y la tranquilidad en el consejo de inversores.

Frente a mí, Ada Valverde, desde este momento mi prometida.

Vestido Chanel negro, corte midi, espalda desnuda, tirantes finos y una raja lateral que no es una raja: es un manifiesto.

Piernas perfectas, elegancia insolente y lleva puestos los Louboutin.

Un diamante discreto en el cuello que cuesta lo que un piso pequeño en Chamberí.

Lo sé porque se lo regalé yo el día que le pedí que fuese mi novia.

Labios rojos, mirada contenida.

¿Está llorando de la emoción?

Una diosa jugando a ser humana.

Yo, un simple mortal a su lado.

Y a mí, sinceramente, no sé qué me pone más cachondo: si la maldita raja de su vestido o la forma en la que la mira el periodista de boina de cuadros, como si fuese arte contemporáneo recién descubierto.

Ella contiene la respiración.

Siempre hace eso cuando el mundo se queda quieto.

Mis labios se mueven, las palabras salen, las cámaras capturan con muchos flashes y Madrid se lo traga.

—¿Quieres casarte conmigo?

Ada se lleva las manos a los labios en un gesto teatral y, sin poder articular palabra, me dice que sí repetidas veces con la cabeza.

La gente grita, se escuchan silbidos y las cámaras siguen capturando.

Le acabo de pedir matrimonio a la mujer de mi vida en el día más importante de su carrera profesional, en el punto exacto en el que todo el mundo mira.

El tío que hace este tipo de cosas soy yo, Hugo de la Vega, y ella es la mujer que me ha querido hasta dolerle.

Y es precioso.

Y perfecto.

Solo salvaría un pequeño detalle: nada de esto es verdad.

# 1
# Ada

La puerta se cierra, el chófer arranca y la limusina sale disparada como si estuviéramos huyendo de un atraco y no de una parafernalia con purpurina que la farándula está deseando contar en exclusiva.

Dentro somos cuatro adultos funcionales (o eso pone en nuestros documentos oficiales): Hugo, muy digno; yo, intentando procesar que acabo de besar a mi exnovio; Marcos, su mejor amigo, con cara de «soy testigo privilegiado del desastre»; y Camille… Camille directamente está disfrutando como si fuera el mejor día de su vida.

Es mi mejor amiga y está loca, maldita sea.

—Bueno —dice Marcos, aflojándose la corbata—, debo decir que, como espectáculo… cinco estrellas.

—Si te refieres a que casi me da un infarto —respondo—, sí. Muy entretenido.

—Ha sido precioso —añade Camille con un brillo en los ojos que me preocupa—. Cinematográfico. Poético. Me siento viva.

—Me alegro mucho por ti —murmuro—. Yo sigo intentando recordar cómo se respira.

—¿Tan malo ha sido besarme? —pregunta Hugo arqueando las cejas, con esa cara de socarrón que tiene que no puede con ella.

Maldito.

Y maldita su boca, sus labios y su lengua, que ha alcanzado mi campanilla.

—Cállate, ¿quieres? —le espeto, poniendo los ojos en blanco.

—Eso es que le ha gustado —dicen a la vez Marcos y Camille y se ríen acto seguido.

¿Qué les pasa a esos dos?

Se caen demasiado bien, me tienen harta.

¿Qué cojones? Es que se están liando.

En el momento en el que me enteré desbloqueé una nueva parálisis del sueño.

—Esto se merece un brindis —grita Camille.

Sé que está totalmente dispuesta a sacar la cabeza por el techo de la limusina en cuanto nos descuidemos y gritar lo mucho que le gusta España y todas esas cosas.

—¡Me apunto! —exclama Marcos.

—Joder… yo no… tengo una erección de la hostia —dice Hugo mirándome directamente—. No recordaba lo bien que besabas, París.

Ruedo los ojos hacia arriba.

¿De qué coño va?

Estoy enfadada, muy enfadada con él por no haberme avisado de que iba a efectuar el paso cuatro de nuestro plan.

Y otra cosa… ¿que no recuerda lo bien que beso?

*Anoche follamos, pedazo de cabrón,* pienso.

—Eres idiota —le digo—. Y deja de llamarme así.

Y entonces empieza.

Primero suena un móvil, luego otro, después otro y acto seguido… todos a la vez.

—O mejor no —dice Camille poniendo morritos.

Un concierto de notificaciones que ni en Año Nuevo reina dentro del vehículo.

—¿Y eso? —pregunto.

—El apocalipsis digital —dice Marcos, mirando su pantalla—. Bienvenidos.

Camille ya está leyendo en voz alta:

—«SE CASA LA PAREJA MÁS INTENSA DE ESPAÑA: Hugo de la Vega y Ada Valverde confirman lo que nadie se atrevía a soñar». Oh, *mon dieu,* te has hecho viral otra vez.

Mi móvil también vibra y abro Twitter.

Error.

—«@MadridCotillea: No es una pedida. Es UN EVENTO NACIONAL» —leo en voz alta—. Genial. Somos patrimonio cultural ahora.

Marcos se ríe.

—Aquí va otra: «Lecturas.com - ROMANCE, PODER Y REDENCIÓN: la pedida de mano que Madrid necesitaba».

—Y esta —Camille levanta su móvil con dramatismo—: @VenenoReal: Yo lo siento pero aquí hay o AMOR o contrato con tres copias y firma notarial».

Maravilloso.

—¿Queréis otra? —pregunta Marcos, encantado con el tema—. «Semana.es: La historia más esperada: Ada y Hugo, la reconciliación definitiva».

—Definitiva, dice —susurro—. España tiene más fe que mi abuela Pura en la Semana Santa y eso que mi abuela era beata beatísima.

Otra notificación.

Camille se lleva la mano al pecho.

—Ay, esta duele: «@EliteWatchES: Yo confío… pero si esto es actuación, que Netflix los fiche YA».

Yo miro por la ventanilla y observo a Madrid moverse.

—Hostia… —masculla Hugo—, tía: hemos petado Instagram.

Y, por primera vez, soy consciente de lo que hemos hecho.

Que comience la función.

Eso dicen, ¿no?

Pero… PARA, PARA, PARA.

Déjame ponerte al día, mi niña, porque para entender todo esto, hay que volver atrás.

# 2
# Ada

***Dos meses atrás***

Barajas tiene esa cosa maravillosa de recordarte que la vida sigue aunque tú estés un poco hecha puré.

Emocionalmente hablando.

La gente corría, las maletas rodaban de forma estruendosa, los niños gritaban y yo caminaba con aire muy digno, como si no acabase de dejar una cama calentita en París… y a un francés muy convencido de sí mismo preguntándome si «no quería quedarme un poquito más».

Porque, ¿qué tardó el vuelo, un par de horas a lo sumo?

No sé, lo cierto es que suelo dormirme en los aviones y perdí un poquito la noción del tiempo.

Sonreí al recordar la habitación parisina de luz suave, sábanas caras y esa sensación de «esto no es amor, pero mira qué apañado para sobrevivir».

Me levanté, busqué mi ropa interior tirada por ahí (París y yo nunca hemos sido muy ordenados), y me la puse de nuevo, porque una podrá estar rota, pero mal conjuntada jamás.

Después me miré en el espejo del baño y me pasé los dedos por las comisuras de los labios para retocar el labial como quien ajusta el alma con puntos de terciopelo.

Típico kit básico pospolvo, ya sabes.

—¿Te marchas ya, entonces? —preguntó él, el francés, desde la cama, todo feliz, todo cómodo, muy en plan «esto ha sido fantástico, *chérie*».

—Sabes que sí —le contesté, porque Madrid no esperaba y la exposición de fotografía de mi vida y de mi carrera, tampoco.

Volví a poner la atención sobre mis pies caminando por el aeropuerto.

Ay que ver con ese lugar… Las luces no favorecen nada, el café de máquina que saqué me supo a castigo divino, y alguien arrastró a mi lado una maleta de ruedas chirriantes como si llevara en ella todo su pasado.

Me senté en una mesa alta, apoyé los codos y me di un segundo para ser esa persona que «ha rehecho su vida» aunque no tuviera claro si la había rehecho o solo la había reconstruido con celo.

Y entonces las vi, las revistas: esas preciosas criaturas del demonio con portadas brillantes, títulos gigantes y cero vergüenza.

Estaban en el escaparate de la librería que colindaba con las mesas y los taburetes altos en los que me había sentado.

Al principio solo miré por encima, porque era o soy (yo ya no sé) esa persona madura que ya no se enganchaba a la prensa rosa, más que nada porque había sido víctima de ella desde que nací, así que sería hipócrita si la consumiera como una cotorra a estas alturas.

Fue entonces cuando apareció su cara.

En grande.

JODER.

Mi cuerpo sufrió ese microsegundo absurdo entre orgullo, rabia, curiosidad y «no pienso mirar».

Spoiler: sí miré.

CLARO QUE MIRÉ.

Me acerqué para poder ver mejor las letras y leí: HUGO DE LA VEGA, EL PRÍNCIPE PERFECTO QUE YA NO LO ES.

Hijo de la grandísima…

Todo eso se traducía en fotos, opinión pública alimentándose y media España con palomitas.

Podría haber soltado un «no me importa» volver a saber de él tras dos años fuera del mapa de la alta sociedad madrileña.

Podría haber sido esa mujer evolucionada y espiritual que ya está por encima de estas cosas.

JA.

JA.

Y JA.

Compré la revista.

Porque fui débil, porque soy humana, porque lo nuestro fue un incendio y por mucho que me hubiera hartado a comer ratatouille en París y a beber champán, todavía notaba el olor a humo.

Hay personas que no deberían tener permiso para seguir existiendo en tu vida una vez que se han ido.

Deberían desaparecer del todo, borrarse y dejar de doler.

Sin embargo, a veces se convierten en algo así como el último cigarrillo del paquete que juras tirar porque vas a dejar de fumar.

Mentira.

Siempre es mentira, porque siempre vuelve el «por uno no pasa nada» que va ligado a un *gin-tonic* en copa de balón, que da más glamour.

Con Hugo de la Vega pasaba lo mismo.

Hugo de la Vega era la única persona que podría destrozarme y, al mismo tiempo, devolverme a la vida en el mismo segundo.

¿Predecible?

Obvio.

Siempre había sido así: brillante, magnético, inevitable.

Y lo peor es que durante mucho tiempo eso fue precioso.

Lo nuestro, quiero decir.

Éramos la pareja perfecta, ¿sabes?

Crecimos en la misma burbuja dorada de familias adineradas, fiestas elegantes, normas no escritas y expectativas silenciosas.

Éramos inseparables antes siquiera de saber qué significaba pertenecer a alguien, como si el hecho de que teníamos que terminar juntos hubiera estado escrito en las Tablas Sagradas.

Primero fue mi mejor amigo, luego todo lo demás, ya sabes a lo que me refiero…

Y cuando Hugo te quería, te quería de verdad, con ese tipo de energía que hace que el mundo parezca más vivo cuando está cerca y mortalmente aburrido cuando no.

Además, era una bestia en la cama, ¿por qué no decirlo?

Por eso dolió tanto cuando todo se fue a la mierda.

La gente cree que sabe lo que pasó.

Me refiero a la jet set madrileña, por supuesto: champán del caro, trajes de diseño y toda esa mierda de la que se rodea Hugo.

De la que me rodeaba yo también hasta que me fui.

Pero no tienen ni idea, porque solamente vieron el resultado: yo desapareciendo a París dejando un silencio que hacía más ruido que cualquier exclusiva que se morirían por publicar.

Él se quedó en Madrid, claro.

Impecable, como si nada, porque lo nuestro no terminó con un gran escándalo para consumo de terceros; se rompió donde duele de verdad: en lo que no se cuenta.

Así que me fui porque tenía que salvar algo de mí que no fueran solamente mis bragas.

Funcionó.

Más o menos.

Aprendí a vivir sin él, a respirar sin su nombre flotando dentro de mi pecho y a no mirar atrás.

Hasta que volví a leer su nombre en la revista.

Fui una idiota por pensar que podía volver sin remover fantasmas.

Error.

JODER.

Yo no estaba lista para volver a Madrid, ahora lo sé.

Y, definitivamente, tampoco estaba lista para volver a ver a Hugo.

Lo sabía porque cada vez que pensaba en él mi estómago hacía ese gesto horrible que odiaba admitir.

¿Sabes a lo que me refiero?

Esa triple mortal dentro del abdomen que revivía las mariposas que juraba haber matado.

# 3
# Hugo

La primera vez que vi la foto, no me sorprendió.

¿Soy asquerosamente honesto?

Puede ser, pero la realidad es que no me sorprendió, lo que sí que hizo fue cabrearme.

Hay un momento concreto, justo antes de que el mundo decida tirarse a tu garganta, en el que sabes perfectamente que te lo has buscado… pero aun así te indigna que gente *random* tenga la osadía de señalarte.

Marcos notó mi incomodidad, y no por estar frente a mí, tras la mesa de trabajo de mi despacho, sino porque es mi mejor amigo y me conoce de sobra.

Dejó el móvil sobre la mesa y dijo:

—Ya estás en todas partes.

Miré la pantalla y mordí una sonrisa amarga.

Yo, saliendo del Jardín de Cristal, en una de las fiestas privadas más exclusivas del año: la gala benéfica de la Fundación Vega & Sinclair.

Mi evento.

Mi noche.

Camisa abierta, mangas arremangadas, sonrisa peligrosa y botella en mano.

A ambos lados de mi cuerpo una modelo llorando y otra gritándome algún improperio.

Yo qué sé, la verdad no me acuerdo bien.

Un desastre con titular enorme, elegante y venenoso:

HUGO DE LA VEGA, EL PRÍNCIPE PERFECTO QUE YA NO LO ES.

¡Bravo!

Qué lírica tan inspirada.

—No sé si es buena idea que leas todo… —apuntó Marcos.

Pero yo no le hice ni puto caso.

**¡HOLA! DIGITAL**

***EL TROPIEZO DE UN HOMBRE PERFECTO:*** Hugo de la Vega, de icono intachable a polémica inesperada en una noche que Madrid no olvidará.

**Vanity Fair España**

***EL HOMBRE DEL MOMENTO EN SU PEOR NOCHE:*** Poder, presión y errores que pasan factura.

**Lecturas**

***LA NOCHE QUE LO CAMBIÓ TODO:*** Testigos aseguran que «Hugo perdió los papeles».

**Diez Minutos**

***¿QUÉ LE PASA A HUGO DE LA VEGA?***

El heredero perfecto, pillado en su peor momento.

—Hugo, tío, en serio, creo que…

—Calla, voy a ver Twitter.

Marcos chasqueó la lengua contra el paladar, contrariado, pero me dio exactamente lo mismo.

@MadridCotillea

Hugo de la Vega rompiendo su personaje de príncipe perfecto en directo. España está entretenidísima.

@EliteWatchES

Cuando el hombre perfecto demuestra que también sabe liarla. Yo solo digo: interesante.

@DramaDeLujo

Llevo toda la vida viendo telenovelas para este momento.

—Antes de que hables —añadió Marcos—: ya sé que no fue tan grave.

—No fue grave —solté tras un bufido.

—Pero parece que sí.

*Y eso es lo que importa*, maldije mientras me frotaba la barbilla con la palma de una de mis manos, porque internet no vive de la verdad, sino de lo que puede morder.

—La chica que llora… —empezó a decir Marcos.

—No estaba llorando por mí.

—Lo sé.

—La otra que grita…

—No gritaba por mí.

—Lo sé también, pero mira esto.

Deslizó y apareció un vídeo.

Eso me hizo cerrar los ojos con fuerza.

*Maravilloso*, pensé.

Aparecí yo, visiblemente ebrio.

Alguien me empujó, yo me giré y se me escapó la sonrisa de «no me toques los cojones».

Una mano al aire que parecía una amenaza y un guardia de seguridad separando mi cuerpo del del resto del mundo.

Luces.

Cámaras.

Voces.

El universo disfrutando y yo con cara de hombre que va a romperlo todo.

La imagen en movimiento se congeló justo ahí, en el peor segundo, pero también el más conveniente para hundirme.

—«Alterado», «fuera de sí», «una noche salvaje» —siguió leyendo Marcos—. Ah, mi favorita: «si así pierde el control en una fiesta, ¿cómo podemos confiarle acuerdos internacionales millonarios?»

Solté aire por la nariz, como si fuera un toro dentro de la arena.

—¿El consejo? —pregunté, y sentí cómo me martilleaba un dolor horrible en las sienes, y la náusea me subía por la garganta.

Marcos tardó en responder, y Marcos nunca tarda tanto, lo que hizo que me preocupara.

—Preocupados —dijo al fin—. Mucho. La fiesta benéfica se suponía que iba a ser algo elegante, impecable e intocable. Y ahora hay rumores de que hubo una discusión fuerte con Elena Vilar.

Ahí estaba la dinamita: Elena Vilar, hija de uno de los empresarios culturales más poderosos de Europa, la niña mimada del círculo social desde que… bueno, eso no importa.

—No fue una discusión —respondí—. Fue una conversación subida de tono.

Marcos sonrió despacio.

—Grabada.

Claro, porque si no está grabado, no pasó.

Y si está grabado, aunque no haya pasado, también pasó.

—Dijiste —continuó— que su proyecto artístico era una «performance aburrida para gente rica con complejo de profundidad».

—Era verdad.

—Era Elena Vilar y te la habías tirado antes porque no sabes tener la polla dentro de los pantalones.

Era cierto, no sé por qué me tiré a Elena Vilar.

El alcohol me hacía hacer gilipolleces.

Toqué la mesa con los dedos, algo nervioso, y entre Marcos y yo se coló esa clase de silencio que sonaba a bomba a punto de explotar.

Justo entonces la puerta se abrió y entró mi madre.

Bufé.

Mi madre, por supuesto, tan perfecta, elegante e inquietante como siempre.

Isabel Ladrón de Guevara nunca subía la voz ni perdía el control y, obviamente, jamás perdía la batalla.

—Hugo.

No hubo cariño en la forma en la que pronunció mi nombre, pero sí control.

Dejó una revista más encima de la mesa.

Mismo titular, distinta portada pero otra humillación exquisitamente editada.

—No voy a gritarte —dijo—. Sabes qué has hecho. Y sabes en qué momento lo has hecho.

—Era una fiesta —le dije a la defensiva—, relájate, ¿vale?

—Era TU fiesta.

—Una noche sin más… —intenté quitarle importancia, aunque sabía mejor que nadie que a mis veintiocho años me estaba comportando como si tuviera quince.

—Fue la noche en la que los socios europeos decidieron observarte con lupa.

Se acercó a mí pero no se sentó tras la mesa, ni tan siquiera hizo el amago.

Joder.

Tragué saliva.

Estaba harto de cagarla, en realidad, pero no sabía por qué lo seguía haciendo.

—Te quieren brillante —continuó—. Te quieren impecable y estable. Y ahora mismo, cariño, pareces justo lo contrario.

—Estoy bien —mentí como un cabrón.

—Estás ardiendo —corrigió—. Y lo peor no es que hayas encendido el fuego, lo peor es que el mundo está disfrutando viendo cómo te quemas.

No contesté, porque tenía razón.

—Hugo —dijo Marcos—, la firma con ellos depende de la confianza, de tu imagen, de la narrativa. Necesitan creerte, verte… seguro, tranquilo y, sobre todo, centrado.

Sonreí de forma amarga cuando Marcos pronunció esas últimas palabras.

*Tranquilo y centrado*, repetí en mi cabeza.

Claro que sí…

No lo estaba desde que ella se piró, así que…

—Madura —me recomendó Marcos.

Mi madre sonrió un poco, pero a mí no me estaba haciendo ni puta gracia la charlita.

—Y ahora mismo, hijo, el único relato que están viendo es este: un hombre brillante que no sabe dónde está su propio límite.

Marcos y yo guardamos silencio; él intentando averiguar cómo podía ayudarme a solucionar esta mierda y yo pensando en cuántos ibuprofenos iba a tomarme en cuanto se largaran de mi despacho.

Fue entonces cuando mi madre lo dejó caer con la elegancia de una sentencia:

—Y sabes perfectamente qué podría arreglarlo.

Marcos me miró y yo lo miré a él, pero la verdad es que no entendí a qué hostias se refería mi madre.

—¿A qué te refieres? —le pregunté achicando los ojos.

Si de verdad había una manera de arreglar aquello y no convertirme en el CEO arruinado más joven del mundo, quería saberlo.

—Tu solución ha aterrizado hoy desde París —dijo mi madre más bajito, como si elevar un poco la voz rompiera el tabú que se había formado a su alrededor, como si fuera un aura venenosa.

No hizo falta decir el nombre, porque lo llevaba grabado a fuego en mi interior y en cada una de las capas de mi piel.

—No —respondí sin pensar.

—No he dicho nada —dijo mi madre.

—No voy a usarla —añadí, pero omití que igualmente ella me mandaría al carajo.

Mi madre ladeó la cabeza.

—No la usarías —difirió—. La necesitarías, en todo caso.

Y eso era peor, maldita sea.

Marcos respiró hondo.

—Ada significa estabilidad. Una historia real, amor de verdad. La gente lo recuerda. Los socios también. Ada y tú erais seguridad. Si apareces otra vez a su lado… todo cambia.

Solté una carcajada amarga.

—¿Estáis sonados? —pregunté—. Sí, sí, sí… debe ser que os habéis vuelto locos —los señalé primero a una y luego al otro— los dos. No quiere verme ni en pintura.

—Bueno —dijo Marcos—. Eso ya lo descubriremos.

Mi madre terminó la función mirándome por última vez y diciendo:

—Haz algo, Hugo, o el mundo decidirá por ti.

Dicho esto se marchó y el silencio de mi despacho se quedó lleno de ella.

Marcos me miró y yo contuve el impulso de arrasar con todo lo que había en la mesa.

—¿Estás bien?

—Estoy harto.

Y era verdad.

Harto de aguantar titulares, soportar opiniones y seguir funcionando.

Harto de las empresas de las que mi padre había decidido no ocuparse y delegar en mí.

—No quiero tener que acudir a ella —dije—. No quiero volver a tocar algo que ya rompí.

—No puedes permitirte no hacerlo.

¿En serio?

Uff.

Ada Valverde.

La única que sabía quién era debajo de todo.

La única a la que no podía impresionar.

La única que podría salvarme.

La única que todavía podía hacerme daño de verdad.

Perfecto.

—Lo pensaré —murmuré.

Marcos inclinó la cabeza.

—Sabía que dirías eso —dijo, aunque su boca no esbozó ni un ápice de sonrisa—. ¿Quieres un consejo? No estropees la única cosa buena que de verdad has tenido en tu vida.

Asentí con la cabeza y Marcos se despidió de mí.

—Y tómate un café, tío, te estás durmiendo.

Luego me quedé solo e hice el recuento de toda la mierda que tenía encima.

Fue entonces cuando me vi a mí mismo al principio del túnel, en medio de mi imperio, un escándalo y el mundo esperando que fallara, y al final, como siempre, ofreciendo luz, ella: Ada.

La droga, la herida, la única puta brújula que todavía me dolía.

¿Sinceramente?

No sabía si iba a sobrevivir al intento de arreglarlo, pero quizá mi madre y Marcos tenían razón y me tocaba hacerlo igual si quería seguir luciendo mi título de CEO, aunque fuera solamente en mi cabeza.

Porque era Hugo de la Vega.

Y yo no retrocedía, aunque me costase la vida.

O los huevos, en este caso, porque no estaba muy seguro de cómo reaccionaría Ada cuando volviera a verme.

Ni cómo lo haría yo cuando volviera a verla a ella.

# 4
# Ada

Podría haberme ido a mi piso de Recoletos, ese apartamento precioso con balcones altos, vecinos que huelen a dinero antiguo y suficiente silencio como para oírte pensar (cosa peligrosa, por cierto), pero mis padres insistieron en que me quedara allí con ellos.

«Solo unos días, cariño, queremos tenerte cerca», dijeron.

Traducción: han pasado dos años sin poder vigilarme de cerca y ahora que había vuelto querían asegurarse de que seguía siendo su hija oficialmente funcional y mínimamente emocionalmente estable.

Y, a ver, tampoco podía culparlos.

Habían sido dos años de llamadas, visitas rápidas y cenas demasiado cortas en restaurantes donde fingíamos que nada estaba roto.

Ellos viajaron mucho para verme a París, pero no es lo mismo estar media tarde sonriendo que compartir cocina, desayunos, silencios incómodos y esa manera sutil que tienen de mirarme como si quisieran preguntarme «¿estás bien?», pero también «¿vas a volver a desaparecer?».

Así que allí estaba, en la casa familiar.

Con olor a flores caras, mármol brillante, cuadros que costaban más de lo que querrías saber y Rosa, la mujer de confianza de mis padres y quien me cuidó de bebé, porque todo aquello tenía mucho caché, ya sabes, diciéndome «niña» aunque ya no tuviera edad de serlo.

Era extraño, cómodo y raro al mismo tiempo después de dos años.

Era hogar… sí, pero también un recordatorio constante de que antes tenía una vida completamente distinta.

Antes de París.

Antes de él, podría añadir, pero la verdad era que él siempre había estado en mi vida desde que tenía uso de razón.

Y si soy sincera —aunque solo sea conmigo misma— había algo en estar allí que me calmaba y me agobiaba al mismo tiempo. Como si esa casa fuera un museo de la persona que fui… y yo la visitante que venía con audio guía y trauma incluido.

Rosa me dejó el café recién hecho en una taza sobre la mesa.

También había tostadas, mantequilla, mermelada y mucha fruta.

Le sonreí y me pellizcó cariñosamente el moflete, a riesgo de arrancarme por la fricción el pigmento del colorete que llevaba.

Rosa no era «la empleada doméstica», quiero dejarlo claro.

Al menos, no para mí.

Rosa era… bueno, Rosa era hogar.

Esa mujer de manos fuertes y cálidas, pelo gris con tintes blancos recogido siempre en un moño medio deshecho, ojos vivos con arrugas de reír mucho y una energía que, si la metieras en una botella, resolvería la crisis energética mundial.

Llevaba toda la vida en esa casa.

Me había visto gatear, caerme, vomitar, hacerme caca encima, mis encías sin dientes, tener fiebre, suspender exámenes, llorar por dramas adolescentes, decir que «jamás me enamoraría» (ja) y después romperme del todo.

Rosa me conocía… de verdad.

Y ahí estaba, poniendo un zumo de naranja delante de mí como si fuera un escudo protector.

—Toma, niña —dijo, con esa voz firme y cariñosa que olía a infancia —. Que vienes de París muy fina, pero aquí hay que desayunar como Dios manda.

Sonreí.

—Te echaba de menos.

—Normal —respondió sin pensarlo—. Todo el mundo me echa de menos cuando no me tiene cerca. Soy un amor.

Mis padres estaban ya enfrascados en correos, llamadas y cosas de gente importante.

Negativo.

Todavía no estaban jubilados.

Yo, mientras tanto, intentaba parecer tranquila, normal y completamente funcional.

Una mujer madura, estable y reconstruida que había estado viviendo dos años maravillosos en París y ahora había vuelto porque en un par de meses tiene una exposición de fotografía, por fin, en su ciudad natal.

Porque pertenecí a la jet set madrileña, pero en París no me conocía nadie, y mi éxito me lo labré yo solita.

Trabajé tanto, pero tanto… para olvidarme de él que a veces siento que debería hasta darle las gracias.

JA.

Casi.

Mordí la tostada tras untar mermelada de frambuesa casera (también la hacía Rosa) y pensé que quizá podía fingir normalidad un rato.

Error.

Mi móvil vibró.

Una vez.

Dos.

Tres.

Rosa alzó una ceja.

—Eso suena a telenovela.

Yo suspiré y desbloqueé el teléfono.

—Espero que no —dije.

Pero ahí estaba: una notificación de prensa digital brillante, sonriente y descarada.

La abrí y me encontré con mi cara en grande, en Barajas, con gafas de sol, maleta en mano y aire tipo «no estoy emocionalmente rota, gracias».

Y el titular:

ADA VALVERDE, LA PARISINA MADRILEÑA, VUELVE A CASA.

*Estupendo, ya me tienen en el punto de mira*, pensé.

Rosa se inclinó por encima de mi hombro y observé con sorna que casi se le salía un ojo con tal de cotillear mejor.

—Ay, hija… —dijo con ese tono de «te quiero, pero no te libras»—. Ya han empezado.

Mis padres levantaron la vista.

—¿La prensa? —preguntó mamá.

Yo respiré hondo y sonreí con dignidad al tiempo que asentía con la cabeza.

—Bueno —dije—. Supongo que Madrid se ha enterado de que sigo viva. Pero podrían haberme sacado algo más agraciada, parece que vengo a un entierro y para nada es así.

Rosa chasqueó la lengua.

—Esa gente no tiene piedad —dijo Rosa moviendo la cabeza de un lado a otro, negando.

—¿Verdad que no? Ya lo digo yo siempre —añadió mi padre.

—Hombre, solo hay que recordar cómo sacaron a Chenoa cuando Bisbal la dejó —dijo Rosa—. La pobre… con ese chándal… por Dios.

Compartí una mirada divertida con mis padres.

—Madrid nunca olvida a los suyos —continuó Rosa—. Y menos a alguien de la familia Valverde. Y menos todavía si fuiste protagonista de un culebrón con cierto caballero…

Le lancé una mirada y Rosa puso morritos.

—Rosa —la reprendí.

—Yo no he dicho nombres —rio.

La odiaba y la adoraba a partes iguales.

Por dentro, sin embargo, algo se movió: un pinchazo en el estómago, una especie de recordatorio.

Porque cuando Madrid te mira… ya no te suelta.

Y aunque aún no lo sabía, esa noticia no era un simple titular, sino la primera ficha cayendo.

# 5
# Hugo

Había algo profundamente humillante en tener que «planificar» cómo acercarte a la mujer que había sido el amor de tu vida.

Como si estuviera elaborando una estrategia militar y no intentando hablar con alguien que conocía hasta cómo respiraba cuando estaba nerviosa.

Pero ahí estaba yo, en el despacho, con Marcos sentado frente a mí, piernas abiertas, café en mano y aire de mejor amigo agotado pero comprometido con la causa (o sea yo), aunque seguramente hubiera preferido estar haciendo cualquier cosa menos eso.

Yo tenía las manos entrelazadas detrás de la cabeza, mirando al techo.

—Necesito que deje de ser tan complicado —resoplé—. Quiero hablar con ella. Solo eso. Mi madre me dijo que ya estaba aquí y hasta ha salido en la puta prensa…

Marcos me miró como si acabara de decir que quería conquistar Marte con una fregona.

—Hablar con ella —repitió Marcos—. Claro. Como si esto fuera bajar al súper por leche.

—No es tan dramático, yo nunca he bajado al súper a por leche.

Marcos soltó una risita, travieso.

—Es Ada, imbécil, me refería a eso.

Vale.

Eran dos palabras.

ES ADA.

Pero esas dos palabras se traducían en: la chica que me conocía por dentro, la chica junto a la que había crecido, la chica que me había visto romperme y… la chica a la que rompí yo.

Me masajeé el cuello.

—Tengo derecho a hablar con ella.

—Tienes derecho —asintió—. Lo que no tienes garantizado es que quiera escucharte, colega.

Genial.

Realista de mierda.

Marcos apoyó el café en la mesa, colocó los codos en las rodillas y me miró de frente.

—Escúchame bien —dijo—. Esto no puede ser impulsivo. No puedes aparecer, mirarla a los ojos y decirle: «Hola, me he metido en un lío mediático monumental y necesito que me salves. ¿Te casas conmigo aunque me odies?».

Me quedé quieto.

—No iba a decirlo así —mascullé.

—¿No? —preguntó Marcos, como si aquello fuera un puto interrogatorio.

—No —dictaminé sin dudar.

—¿Cómo ibas a decirlo, entonces?

Silencio.

—Vale —admití—. Quizá parecido.

Marcos se echó hacia atrás en la silla.

—Perfecto, vamos a empezar desde cero. Primero: ella no es una solución ni es una herramienta. Ni mucho menos un escaparate para los socios. Es Ada.

Me cabreó un poco que tuviera razón.

—Nunca ha sido nada de eso para mí —respondí.

—Lo sé —dijo—. Pero asegúrate de que ella también lo sepa, debe sentir que la vas a proteger.

Clavé la mirada en mis manos y, durante un segundo, recordé su risa, su olor, su forma de apoyarse en la puerta cuando estaba enfadada conmigo pero aún no quería admitirlo, la manera en la que se mordía el labio al correrse…

Quise beber.

Mucho.

Y fumar.

También.

Yo qué sé.

Quise hacer cualquier cosa que no fuera sentir.

—Entonces, ¿qué hago? —pregunté, para quitarme de la cabeza imágenes que no debería estar recordando en ese instante.

Marcos sonrió despacio.

—Bueno… puede que tengas menos margen de elección del que crees.

Fruncí el ceño.

—Define «menos margen».

Respiró hondo y soltó:

—Tus padres han movido ficha.

Sentí mi presión arterial bajar en picado por la espalda.

—¿Qué han hecho ahora?

—Cena.

Me quedé quieto.

¿Cena? ¿Cómo que cena? ¿Qué cena?

—¿Qué cena?

—Familias —respondió—. Tus padres. Los de Ada. Todos sentaditos. Vino caro, conversación elegante, tensión emocional exquisita.

Cerré los ojos.

—No —me llevé las manos a la cara.

—Sí.

—¿Por qué demonios…? ¿Y tú cómo lo sabes antes que yo?

—Porque se está cerrando el gran acuerdo cultural, Hugo —explicó —. Ese proyecto conjunto entre tu familia y los Valverde. Ese que os posiciona no solo como millonarios, sino como impulsores culturales. Imagen impecable. Estabilidad. Tradición. Prestigio. Y, joder, tío, porque tu madre me llamó por teléfono y me dijo literalmente, que confiaba en mí para asegurarme de que no la jodieses. Yo le dije que haría lo que pudiera. Ella contestó que esperaba resultados.

—Alucino —bufé—. No confía en mí.

—No confía una mierda en ti, Hugo.

La explicación perfecta, la trampa perfecta.

¿A esas alturas todavía no me había quedado claro que Isabel no daba puntada sin hilo?

—Joder, con mi madre, porque esto ha sido cosa de ella, lo tengo claro.

—Y, por supuesto —añadió Marcos—, ha considerado que sería «precioso», «natural» y «entrañable», veros… juntos otra vez. Dos familias unidas. Dos apellidos fuertes. Historia. Narrativa perfecta.

Reí sin humor.

—Magnífico.

—Volverás a ser titular —respondió—. Siempre lo has sido. El problema es que ahora Ada también vuelve a serlo. Y juntos… dais exactamente lo que todo el mundo quiere ver. Si lo piensas, tu madre está construyendo algo que, de decirte Ada que sí, se puede utilizar de cimiento para que lo que venga después, sea algo sólido.

—Por supuesto —dije algo exasperado—, algo sólidamente falso, Marcos.

—Ya, tío, pero… hay que intentarlo. Lo sabes, ¿verdad?

—Ella no va a querer ir a esa cena si sabe que voy yo —dije.

—No puede no ir —respondió Marcos—. Es educación, alta sociedad, familia, cortesía. Y tú tampoco.

Una cena.

Una mesa larga.

Dos padres orgullosos.

Dos madres expectantes.

La presión invisible de Madrid.

Y ella sentada a unos metros de distancia.

La idea era tan tentadora como peligrosa, pero, joder, aunque me costara admitirlo porque había sido idea de mi madre, también era el escenario perfecto para pedirle ayuda a Ada, a riesgo de que me mandara a tomar por culo, evidentemente.

—No quiero que parezca que la estoy usando —dije.

Marcos me sostuvo la mirada.

—Entonces no la uses —dijo de forma clara—. Ve a esa cena —añadió—. Sé impecable, honesto y valiente. Si tienes que pedir perdón, lo pides. Si tienes que callarte, te callas. Si tienes que aguantar, aguantas. Pero deja de ser el niño asustado que huye cuando algo duele.

Tragué saliva.

—Y recuerda algo más —continuó—: ella no te debe nada.

Eso fue certero y justo, así que asentí despacio con la cabeza.

—Lo intentaré.

Marcos sonrió, pero no como quien celebra una victoria, más bien como quien acepta ser la mano derecha del bando que seguramente salga perdedor en una guerra.

—Eso ya es más de lo que hiciste entonces.

Se levantó y me dio una palmada en el hombro.

—Venga, campeón. A ver si consigues no cagarla.

Entonces se marchó y yo me quedé mirando el cristal de la ventana, la ciudad extendiéndose bajo mí y el peso de todo cayéndome encima.

Quería hablar con Ada, verla, pedirle perdón de verdad.

Quería arreglarlo, pero no sabía si eso era posible.

Respiré hondo, solamente tenía una certeza, y es que si iba a meterme en el infierno, al menos esta vez lo haría con los ojos abiertos.

# 6
# Ada

Al día siguiente madrugué más de lo que una persona razonable debería madrugar estando de vuelta en su ciudad natal, pero tenía cita con una galería que podía ser el escenario de mi exposición. Así que respiré hondo, me recogí el pelo, me puse ropa cómoda y salí a enfrentarme a Madrid. Y fue extraño… porque seguía siendo la misma, pero también era otra.

Habían pasado solo dos años, pero yo sentía distinta la ciudad: más veloz, más consciente de su propia belleza, más ruidosa de una forma que hacía eco en mi pecho. O quizá era yo la que había cambiado y ahora todo se me clavaba de forma diferente.

Caminé por calles que conocía de memoria, pero ya no me pertenecían del todo. Lugares donde antes había reído, llorado, besado y vivido parecían versiones actualizadas de sí mismos: cafeterías nuevas donde antes había bares cutres, escaparates reformados, aceras que contaban historias que yo ya no había vivido.

A veces me sentía incluso una turista, observando una vida que ya no era exactamente la mía. Aun así, el espacio que visité fue… prometedor.

Luminoso, con aire y con silencio suficiente para que mis fotos respiraran.

Y mientras lo veía, pensé que quizá Madrid todavía podía ser escenario de algo bonito para mí.

Volví a casa agotada y con demasiadas emociones acumuladas bajo la piel.

Rosa ya estaba en la cocina, como si hubiera calculado mi regreso con precisión militar. Me puso una taza de café caliente delante, sin preguntarme nada, como si supiera que primero había que sostenerme por dentro antes de empezar a hablar. Y justo entonces,

cuando creí que ese café iba a ser lo más tranquilo de la mañana… ella abrió la boca.

—Esta noche verás al señorito Hugo, te lo digo para que te vayas mentalizando —dijo, removiendo la cazuela, como quien deja caer una servilleta, como si no acabara de invocar al demonio.

El señorito Hugo.

Fantástico.

*Ni Lucifer tiene ese trato*, pensé.

—¿Perdón? —pregunté, por si acaso me había quedado sorda selectiva de repente o algo, aunque en realidad se me había paralizado el corazón y sentía como si una brecha se me abriera en el centro del pecho.

Porque Rosa no mentía nunca.

Y mucho menos con ese tono de «te quiero, pero agárrate fuerte».

Ella ni siquiera se giró.

Siguió cocinando como si acabara de decir que ese día llovía, y no que el epicentro de mi trauma sentimental iba a aparecer en mi vida de nuevo esa misma noche.

—¿Hugo? ¿Qué Hugo? —Me hice la tonta.

—¿Qué Hugo va a ser? ¡Pues el señorito Hugo, el de siempre! ¿A cuántos Hugos conoces tú?

—A uno y es suficiente. ¿Lo dices en serio?

—Sí, niña —confirmó, con total tranquilidad—. Esta noche cenáis con sus padres. En un restaurante. Muy fino, muy privado, muy de gente que habla bajito y paga caro, lo de siempre. Tu madre lo sabe desde ayer. Yo desde esta mañana. Tú desde ahora mismo. No me mires así, yo no tengo la culpa.

La miré así, ¡claro que la miré así!

Muy así.

Y ella me miró por encima del hombro, cucharón en mano, con esa expresión de «yo solo trabajo aquí, pero me sé todas vuestras mierdas» que lleva practicando desde que tengo memoria.

—¿Quién ha decidido esto? Porque yo no.

Rosa suspiró como si yo fuera adorablemente ingenua y se rio por lo bajo.

Yo no.

Yo no me reí.

Joder, claro que no me reí, porque de repente la cocina de mis padres me pareció demasiado pequeña, el aire demasiado denso, y la decisión de volver a Madrid una de las mayores idioteces de mi carrera.

O de mi vida.

Y mira que yo en mi carrera había hecho cosas raras, como fotografiar a un tipo desnudo abrazado a un arpa para una campaña de perfume «conceptual», por ejemplo.

—Las familias, hija. Tu madre. Su madre. Los padres. Las coronas silenciosas que mandan más que el Rey. Ya sabes cómo funciona esto.

Perfecto.

Mis padres.

Sus padres.

Yo.

Él.

Una mesa.

Vino caro.

Y un escenario ideal para que Madrid pudiera oler sangre.

¿Por qué me quejaba si era lo que más deseaba en el mundo?

Espero que hayas notado la ironía.

—Además, ya sabes que tu madre le tiene un cariño muy especial, lo quiere como a un hijo —me recordó Rosa.

Claro.

Un hijo.

El favorito, el brillante, el que no se había ido de Madrid.

Yo, mientras tanto, era la que se largó a París a «encontrarse a sí misma», según la versión oficial, y a «no seguir dejando que me pisoteen» según la versión extraoficial que solo conocía Camille, mi mejor amiga en París.

Agarré la mesa con fuerza con tal de fingir que me daba bastante igual todo aquello.

Spoiler: no me daba igual.

—¿Y por qué tengo que cenar con él? —pregunté, todavía en shock —. ¿Se ha perdido la democracia mientras yo estaba en París?

Rosa apagó el fuego, se secó las manos en el delantal y por fin se giró hacia mí, observándome como quien mira a una niña a la que quiere, pero también a una mujer a la que la vida ya le ha explicado suficiente como para no hacerse la tonta.

—Porque sois las familias de siempre —respondió—. Porque hay un proyecto importante entre ambos apellidos, eso ya lo sabes, y necesitan que todo parezca… estable. Elegante. Civilizado. Y porque, cariño, en vuestro mundo, nadie quiere un drama público cuando puede tener una foto perfecta.

Tragué saliva.

—Pero es que yo no quiero verle, Rosa.

Y no era una frase, era una grieta.

Ella se acercó, me agarró la cara con sus manos calientes y fuertes y me obligó a mirarla.

—Lo sé —dijo de forma cariñosa—. Pero puedes hacerlo. Has sobrevivido a cosas peores. Entre ellas… él.

Y sonrió con ese amor que huele a hogar.

Yo respiré.

Una.

Dos.

Tres veces.

—¿Y él lo sabe? —pregunté al fin.

Rosa ladeó la cabeza.

—Créeme, criatura… él sabe perfectamente que va a verte. Y si no lo sabe, su madre ya se habrá encargado de que lo sepa.

Cerré los ojos un segundo.

Isabel Ladrón de Guevara.

Claro que sí.

Por supuesto que eso llevaba su firma.

—Y además… —añadió Rosa, subiendo las cejas—, esta noche tienes que ir preciosa. Ya tengo el vestido planchado. No discutas conmigo.

—Rosa…

—No. —Levantó el dedo—. Si vas a ir a enfrentarte a tus demonios, mínimo hacer que les tiemblen las rodillas por verte tan guapa.

No sabía si reír o llorar, así que hice las dos cosas por dentro.

Rosa besó mi frente y me dio un poco de rabia, porque parecía que estaba tratando el asunto como si Hugo fuera a revisar el gas de mi casa, no a reventarme el sistema nervioso.

Mi móvil vibró en el bolsillo de los vaqueros.

Lo miré y comprobé que era Camille.

Y menos mal.

—Voy a cogerlo arriba —murmuré saliendo de la cocina.

Rosa me siguió con la mirada, pero no dijo nada. Probablemente se quedaría pensando que esta casa necesitaba un poco de entretenimiento y que gracias al cielo que había vuelto de París.

Subí las escaleras demasiado deprisa para alguien que se supone que lo tiene todo superadísimo.

Llegué a mi antigua habitación, esa cápsula del tiempo cuidadosamente neutralizada por mi madre para que pareciera una «habitación de invitados» pero que, si me esforzaba un poco, todavía podía oler el aroma de Hugo en la almohada de mi cama, y cerré la puerta con más fuerza de la necesaria.

—*Je t'écoute* —respondí en francés automáticamente al descolgar.

—Ada Valverde, ¿por qué suenas como si estuvieras a punto de cometer un delito? —La voz de Camille llegó con ese tono medio divertido, medio preocupado que reservaba para cuando intuía un drama jugoso.

—Porque puedo.

—Oh, *mon dieu*. ¿Ya han criticado tu vestido para la inauguración? ¿Tu madre ha dicho que las fotos son «muy modernas»? ¿Has visto a algún ex…?

—Sí… eh… ¡No! ¿Qué narices significan estas preguntas?

—¿Cuál? —disparó—. ¿El imbécil del fotógrafo italiano? ¿El del vinilo? ¿El que lloraba después de follar?

Cerré los ojos, sonriendo, porque se había inventado a toda esa gente, lo juro.

Después de Hugo no volví a estar con nadie, sentimentalmente hablando, lo de echar un polvo es otra historia.

Además, con las únicas personas que me había acostado estaban en París.

En Madrid solo estaba Hugo.

Maldito sea.

—Camille… estás loca. No he visto a nadie todavía —suspiré.

—Ah, todavía, eso quiere decir que sí sabes cuándo vas a ver al impresentable.

—Pues sí. Y será esta noche, según me han dicho.

Silencio.

Ni la cobertura del móvil se atrevió a hacer ruido en ese momento.

—Repite eso —susurró.

—Hugo. De la Vega. El original. El desastre. El que ya conoces demasiado bien aunque nunca hayas tenido el placer de verlo en directo. Mi único ex de verdad. Lo veré esta noche.

—¿Dónde estás ahora mismo?

—En casa de mis padres.

—¿Y dónde está él?

Miré la ventana, como si fuera a aparecer colgado del marco.

Ojalá que no, por Dios, sería algo muy raro.

—No lo sé, pero Rosa me ha dicho que esta noche tengo una cena… familiar, o sea entre familias, ya sabes.

Camille soltó algo en francés que, si lo traducimos, probablemente equivalga a «mecagoenlaputa».

—Pensaba que ibas a Madrid para tu exposición, no para una terapia de choque —añadió.

—Yo también lo pensaba.

Me dejé caer en la cama, boca arriba, el móvil apoyado en el pecho.

La exposición.

Mi exposición.

La más importante de mi carrera.

Una retrospectiva de los últimos años, mi trabajo en París, mis proyectos personales, todo eso que había construido lejos de él.

Y, aun así, ahí estaba, tumbada en la misma cama donde una vez me quedé dormida con su camiseta puesta, intentando recordar cómo se respiraba antes de que su nombre volviera a ser una amenaza.

—Escúchame —dijo Camille, entrando en modo «amiga seria»—. No vas a dejar que esto te arruine nada. ¿Entendido? Has trabajado

demasiado, Ada. Esa exposición es tuya. Madrid es una etapa. No un viaje al pasado.

—Díselo a mi estómago, que acaba de invertir el sentido de la gravedad.

—Tu estómago está enamorado del drama —respondió—. Pero tú ya no. O no deberías.

Me reí, aunque no me hizo gracia del todo.

—No sé cómo voy a mirarlo a la cara, Cami.

—Con la misma cara con la que miraste a aquel crítico que dijo que tus fotos eran «correctas» y luego quiso invitarte a cenar. —Hizo una pausa—. Como si no te importara… hasta que decidas que sí.

Cerré los ojos, intentando pensar.

El problema era que con Hugo siempre me importaba antes de decidir nada.

—Solo va a ser una cena, ¿vale? —insistió—. No te vas a casar con él. No vas a acostarte con él. No vas a… Bueno, en teoría no vas a nada.

—Genial, ¿puedes venir tú a recordármelo en directo cada vez que abra la boca?

—Estaría allí si no fuera porque tengo una montaña de trabajo inmensa, cariño —respondió—. Pero confío en ti. Eres Ada Valverde. La increíble Ada Valverde que va a hacer una exposición exquisita. Allí estaré.

*La que todavía tiembla con solo oír su nombre*, pensé, pero eso no se lo dije.

—Si la cosa se pone fea, te llamo —prometí.

—Si la cosa se pone fea, me mandas la ubicación y contrato un francotirador.

Se me escapó una carcajada más auténtica.

—Te quiero.

—*Je t'aime aussi.* Y recuerda: él es parte de tu pasado y tú eres todo tu presente. No lo olvides.

Sonreí y, tras colgar, me quedé un segundo mirando el techo, respirando despacio, intentando convencerme de que podía con todo eso.

Con él.

De que esos años en París no habían sido solo un paréntesis entre dos actos del mismo desastre.

Aunque solo fuera para entretener mi cabeza y no pensar en la hora de cenar, que era cuando él, maldito sea, iba a volver a cruzarse en mi camino.

¿Por qué?, no paraba de preguntarme.

Pues para tocar los cojones, mi ciela, porque otra cosa…

Nah, en realidad, mi familia y la suya seguían siendo íntimas y tenían algunos negocios en común.

Realmente no era demasiado descabellado que apareciera tras dos años de nuestra separación justo cuando yo decidía volver a Madrid por lo de la expo.

¿O sí?

# 7
# Ada

Para mí esa cena era como ir al matadero.

Ya está.

Ya lo he dicho.

¿Era maleducada?

Pues me la traía completamente al pairo, porque no le había perdonado.

Vale, segunda confesión.

Todavía no había sido capaz de perdonarle a Hugo de la Vega lo que me había hecho.

Por lo tanto, para mí era como encontrarme con el mismísimo diablo y esa cena como pisar el infierno.

Y para mi madre, como era de esperar, mi angustia no pasó desapercibida.

Beatriz Montemayor tenía el don de adivinar absolutamente todo lo que me pasaba antes de que abriera la boca.

—Pasa —dije recolocándome el cabello una vez estuve ya preparada para la tortura.

Había decidido ir vestida como una mujer que no se tambaleaba aunque por dentro estuviera hecha un flan. Me puse un vestido negro de Saint Laurent, de esos que no necesitan enseñar demasiado para imponerlo todo, ceñido justo donde debía y con la espalda ligeramente descubierta, como un recordatorio silencioso de que había sobrevivido.

Llevaba tacones finos de Jimmy Choo, peligrosos como un arma homicida y perfectos para que el suelo del restaurante me respetara un poco.

Y Hugo también, ya de paso.

Me maquillé con calma, *eyeliner* negro controlado, resaltando el verde de mis ojos y labios en un rojo elegante que no gritaba, pero

dejaba claro que yo ya no era la niña que se había ido rota de Madrid.

El pelo oscuro suelto, con ondas suaves que parecían casuales pero no lo eran.

Y las joyas… sencillas, pero que decían «esta chica tiene linaje»: pendientes de diamantes pequeños, una pulsera fina de oro blanco y el anillo antiguo de mi madre, ese que pesaba más por historia que por material.

Cuando me mirara al espejo antes de salir, pensaría que quizá estaba asustada… pero al menos estaba preciosa para el desastre, estaba segura.

Mi madre asomó la cabeza y observé la perfección que rozaba su aspecto: pelo impecable, blusa de seda, perfume caro y ese halo de «en esta casa no pasa nada malo si no lo decido yo».

—¿Estás lista? —preguntó.

—¿Para qué exactamente? —respondí—. ¿Para cenar? ¿Para que me hagan una intervención? ¿Para reencontrarme con el hombre con el que rompí hace dos años?

—Ada… —suspiró—. No dramatices.

—No estoy dramatizando, mamá. Estoy haciendo una sinopsis.

Se cruzó de brazos.

—Hugo viene a la cena por trabajo, sabes que tenemos negocios con su familia, siempre los hemos tenido —dijo—. Está pasando por un momento complicado y tu padre y yo queremos apoyarle.

Claro.

Apoyarle.

Por supuesto.

—¿Y a mí quién me apoya? —pregunté, más suave de lo que esperaba, porque la realidad es que quería arrancarme los pelos—. Porque yo también estoy en un momento importante, por si no lo habías notado. Mi exposición…

—Lo sé —me interrumpió—. Y estamos orgullosos de ti. Mucho. Pero podemos estar ahí para los dos, Ada. Siempre ha sido como de la familia.

Me muerdo la lengua para no decir «ese es el problema».

—Solo te pido —añadió— que seas correcta esta noche. Que no haya escenas. Que no convirtamos esto en algo incómodo.

—Tranquila —respondí—. Las escenas las llevo por dentro.

Mi madre me sostuvo la mirada unos segundos más, como si quisiera decir algo que no se atrevía.

—Estás guapa —dijo al final, cediendo terreno—. París te ha sentado bien.

—París no me monta cenas sorpresa con mi ex —respondí.

No sonrió, pero casi.

—Baja cuando quieras, el chófer está esperando —hizo una pausa —. Y, Ada… sé educada.

Puse los ojos en blanco, pero ella no dijo nada más y se fue.

No tardé en bajar las escaleras y salir al exterior para subirme al coche que pondría rumbo al encuentro.

¡Dios! ¡Es que no me lo podía creer!

Pero ¿por qué a mí?

¿Qué era lo que había hecho tan malo en esta vida para merecer eso?

Seguro que fue por romperle la dentadura postiza a mi abuela Pura intentando que encajara en mi boca cuando era pequeña.

Es que otra opción… no sé.

Pero mientras nos dirigíamos al restaurante, pensé que había algo irónico en todo aquello, porque había pasado dos años huyendo de todo esto y nada más volver me impactaba de lleno la realidad de tener que verlo de nuevo, como si nunca pudiera escapar de él.

Ni de su boca.

Ni de su perfume.

Ni de esa puta cara de guapo que se gastaba, ¡joder!

No tardamos demasiado en llegar al barrio de Salamanca, nuestra ubicación para esa noche.

Lazarte Privé era uno de esos lugares que Madrid se sabía de memoria aunque fingiera no conocer. Desde fuera parecía discreto, casi humilde, con esa elegancia arrogante de las cosas que no necesitan demostrar nada.

Puerta alta de madera oscura, luz dorada filtrándose desde dentro y ese silencio caro que ya te avisaba de que allí dentro no entraba

cualquiera.

Cuando crucé el umbral, sentí que estaba entrando en un templo, pero no de fe… sino de reputación.

Olía a vino caro, a madera pulida y a conversación contenida.

La iluminación era cálida, perfecta, como si el sitio estuviera diseñado para que incluso el drama pareciera sofisticado.

Los camareros se movían como sombras educadas, las mesas brillaban y el reservado donde íbamos a cenar nos esperaba detrás de un cristal semitransparente, como si la ciudad pudiera vernos… pero no escucharnos.

Me dio la sensación de estar entrando en el escenario de una obra carísima y perfectamente ensayada, donde todos sabíamos el papel que teníamos que interpretar, aunque por dentro estuviéramos un poco rotos.

Mis padres caminaban delante.

Mi madre digna, impecable.

Mi padre con esa calma de hombre que sabe moverse en este mundo desde siempre.

Yo respiraba hondo intentando no parecer una bomba de relojería con pintalabios, pero realmente así es como me sentía.

Y entonces lo vi.

Hugo ya estaba allí.

Traje negro, camisa oscura, postura relajada… pero no tanto, porque le conocía demasiado, porque sabía leerle las manos, los hombros, la mandíbula.

Sabía cuándo estaba tranquilo y cuándo estaba sujetando algo para que no se le rompiera.

Él se levantó en cuanto aparecimos.

Sus padres también.

Mi corazón tuvo la desfachatez de recordarme que seguía funcionando.

Perfecto.

Muy oportuno todo.

—Ada —dijo su madre primero, impecable como siempre—. Qué alegría verte.

Isabel Ladrón de Guevara era una obra de arte fría. Elegante, perfecta, ligeramente intimidante. Podía sonreír y hacerte sentir halagada y observada por un microscopio al mismo tiempo.

Nos besamos en las mejillas.

Educación exquisita.

Celo invisible.

Luego su padre, correcto, amable.

Y entonces él.

Hugo.

Más adulto.

Más serio.

Más peligroso.

Levantó la mirada y nuestros ojos se cruzaron.

Ahí estaba: esa descarga, ese «mierda», ese «hola» sin pronunciar.

Y por un segundo muy concreto, odié a todas las versiones de mí que todavía sentían algo cuando lo miraban.

Estaba precioso, joder… con su cabello oscuro ensortijado y esos ojos almendrados del color de la miel.

—Hola, Ada —dijo él.

Como si no hubiera pasado nada.

Como si no hubiera pasado el tiempo.

Como si yo no hubiera tenido que irme a otra ciudad, a otro país, a otra vida, para dejar de quererle, para intentar arrancarlo de mi piel.

Le sostuve la mirada con toda la dignidad de la que fui capaz.

—Hola, Hugo.

Y en ese momento no supe quién de los dos iba a salir más herido de allí.

Nos sentamos.

Las madres a un lado y los padres a otro.

Ellos hablando de proyectos culturales, patrimonio, acuerdos, futuro, titulares elegantes, confianza internacional.

Todo calculado, precioso, importante.

Y en medio… nosotros, tal cual habíamos hecho siempre.

Yo evitaba mirarle demasiado y él procuraba hacer lo mismo, pero las miradas se escapaban, se rozaban, chocaban y dolían.

El Don Perignon flotaba en las copas, que tintineaban de cuando en cuando, de la misma manera que la conversación fluía.

Todo el mundo sonreía, pero yo solo quería salir corriendo de allí.

—Tu exposición, Ada —dijo de pronto la madre de Hugo, con esa voz suave que podía ser abrazo o arma según a ella le pareciera conveniente—. Nos alegra tanto que sea aquí, en Madrid. Le va a sentar muy bien a la ciudad que vuelvas.

Eso tenía filo, pero era elegante y por eso no se notaba tanto.

—Gracias —respondí—. A mí también me va a venir bien… creo.

Ella sonrió.

—Las cosas buenas siempre vuelven.

Y ahí estaba el mensaje oculto, envuelto en terciopelo.

# 8
# Hugo

Hay una palabra que nadie usa nunca cuando habla de mí, pero que en ese momento era la única que me encajaba: Incómodo.

Y no por estar ahí, en uno de los restaurantes favoritos de mis padres y los de Ada.

No por su padre, que me abrazó como si no existiera ninguna portada, ningún titular y ningún desastre social reciente.

No por su madre, que sonreía de forma perfecta mientras evaluaba mi grado de estabilidad emocional con la misma precisión con la que se evalúa el punto del wagyu.

No.

Estaba incómodo porque Ada estaba frente a mí y eso siempre había sido peligroso.

—¿Un poco de vino, Hugo? —preguntó su madre, amable, elegante, diplomática.

La mujer podría negociar tratados de paz entre países en guerra con un mantel y una cristalería de Bohemia.

—Gracias —sonreí.

Ada no sonrió. Por el contrario, me miró como si yo fuera una pieza de arte contemporáneo: interesante de lejos, peligrosa de cerca, incomprensible si te quedas demasiado tiempo.

Estaba guapa.

Joder, que si estaba guapa.

París la había hecho más afilada, más segura, más… ella. Tenía ese brillo de quien sabe que sobrevivió y lo llevaba como una medalla invisible.

Y yo, que siempre había sido particularmente masoca, decidí mirarla igual.

Si me iba a matar, que lo hiciera de frente.

En ese momento nos sirvieron los entrantes: *carpaccio* de gamba roja de Denia cortada casi transparente, aliñada con aceite de oliva virgen extra temprano, ralladura de lima kaffir y cristales de sal marina; huevo a baja temperatura con trufa negra con la yema perfecta, cremosa y cubierta de láminas de trufa recién rallada, sobre una base de *parmentier* de patata ahumada y *foie micuit* reinventado presentado en forma de lingote acompañado de pan brioche tostado, compota de manzana ácida e higos.

—He visto avances —dijo su padre, sonriendo de verdad, en cuanto al tema de la exposición—. Es un trabajo impresionante.

No esperaba menos admiración de parte de Jorge Valverde hacia su hija, siempre ha sido su princesa.

*Lo siento, Jorge, yo la rompí*, se me ocurrió pensar entonces.

Ada sonrió y entendí por qué todo el mundo la admiraba.

Y también por qué yo seguía jodidamente perdido con ella, a pesar del tiempo, de la distancia y de la herida.

—Sí, bueno —dijo, encogiéndose ligeramente de hombros—. Ha sido mucho trabajo, pero ha merecido la pena.

—París te ha sentado bien —añadió mi madre.

Ada se giró hacia ella.

—Madrid… ya veremos —respondió con una dulzura tan educada que casi suena amable.

Casi.

Sus ojos buscaron los míos y apareció el golpe silencioso, la corriente eléctrica que llevaba persiguiéndonos desde que nos conocemos, aunque en ese momento no quisiéramos reconocerla.

—He leído cosas sobre ti últimamente —dijo ella, como quien comenta el tiempo mirándome directamente a los ojos—. Debe ser divertido aparecer tanto en prensa.

Venga, mi turno.

Había llegado el momento de ponerme la máscara, hacer como que no me importaba aunque más tarde le pidiera el favor de mi vida y, lo más importante, tenía que intentar no mirarle la boca mientras trataba de olvidar que años atrás, en este mismo restaurante, le provoqué un orgasmo con mis dedos bajo el mantel.

Soy un descarado, ya lo sé, pero tengo mis cosas buenas.

—Depende de la foto —respondí, ladeando un poco la sonrisa—. Algunas son francamente favorecedoras.

Su boca se curvó apenas, como si le diera risa o como si me odiara.

Quizá ambas cosas sean compatibles, no lo sé.

El camarero dejó sobre la mesa el primer plato: pasta fresca rellena de bogavante y *ricotta* cítrica servida con caldo ligero de crustáceos clarificado, casi transparente.

—Las que he visto no parecían muy divertidas —añadió—. Pero supongo que el caos te sienta bien.

—Hay quien diría que me define —repliqué.

—Hay quien diría que te persigue —corrigió ella, sin apartar la mirada.

Nuestros padres hablaban entre ellos, intentando sostener una cena aparentemente normal mientras nosotros jugábamos a ver quién sangraba primero sin manchar el mantel.

Pasado un rato en el que estuvimos en silencio, escuchando conversaciones que me juego las pelotas a que ninguno de los dos nos interesaba demasiado, trajeron el segundo plato, aunque la tensión ya estaba servida: rodaballo salvaje asado con pilpil de sus colágenos, espárrago blanco confitado y aceite de perejil.

La conversación continuó como si aquello no fuera un campo minado.

Se habló de la ciudad, de arte, de cultura, de negocios…

De todo lo que no importaba, supongo.

Y, mientras tanto, yo notaba cada gesto suyo.

Cómo no miraba demasiado tiempo, cómo no cruzaba los brazos, pero tampoco se abría y cómo su mandíbula se tensaba cuando alguien decía mi nombre.

No me odiaba, eso sería lo fácil.

ME RECORDABA, que es peor.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó al final, cuando el mundo hizo una pausa y nuestras miradas volvieron a encontrarse—. Digo… más allá de portadas, fiestas y declaraciones desafortunadas.

Podría decir «bien», «perfecto» o soltar un «no te concierne» y ser un borde de mierda.

Pero sería mentira y no me convenía ser un borde de mierda, ¿verdad?

—Complicado —respondí.

Se sorprendió un poco, solo un segundo, pero yo lo noté, porque la conocía.

—Vaya —dijo, casi susurrando—. Qué novedad.

Me reí, pero de verdad, porque se lo había ganado.

—Tocado —admití.

—Deberías aprender —añadió suavemente—. No puedes ir por la vida rompiendo cosas y esperando que nadie te pida explicaciones.

Por supuesto, ya tardaba en lanzarme el dardo.

Me lo merecía, claro, porque no estaba hablando de fiestas, estaba hablando de nosotros.

Entonces su padre propuso un brindis por la exposición y mi madre añadió otro por el éxito de todos.

Se reían, hablaban, se querían.

Y nosotros… nos limitamos a existir en medio de toda aquella parafernalia.

Cuando apuramos el postre, esfera de limón y yuzu con corazón cremoso de bergamota, merengue italiano y sorbete de mandarina, mi madre y la suya desaparecieron hacia los servicios, su padre recibió una llamada y se excusó unos instantes, el mío salió a la puerta a fumar a solas y los camareros comenzaron a retirar platos.

Así que nos quedamos solos sentados en la mesa.

Sin ruido ni testigos, solamente ella y yo.

Asfixiante, si me preguntan.

No obstante, Ada no tardó en levantarse, supongo que se sentiría incómoda.

Normal.

Estaba radiante, maldita sea, y ese vestido me puso más cachondo de lo que me gustaría admitir; no quiero parecer un cerdo, pero… hostia, se trataba de Ada, mi Ada.

Era ella.

Siempre había sido ella y yo solo era un imbécil.

La imité y, por inercia, me levanté yo también.

—¿Qué quieres, Hugo? —preguntó al fin, sin rodeos, sin suavidad, sin anestesia.

Claro, es que la pregunta no era «por qué estás aquí», sino exactamente eso: ¿Qué quieres?

Y yo, que siempre había tenido respuesta para todo, me quedé callado un segundo más del que debería.

Respiré.

—Hablar contigo.

Rio.

—Claro que sí. Porque hablar siempre ha sido tu punto fuerte.

—Ada…

—No —levantó la mano—. No hagas eso. No uses ese tono. No me mires así. No me vengas con… —hizo un gesto difuso con la mano— …«Hugo de la Vega intensito pero vulnerable», porque no me funciona. YA NO.

La miré.

—Esto no es una escena —dije despacio—. No he venido a montarte un drama. No he venido a pedirte nada ahora.

Puto mentiroso de mierda.

—Menos mal —respondió—. Porque no pienso darte nada.

Silencio.

—Solo… —añadí, más bajo— quería volver a verte.

Me estaba saltando el plan, ya lo sé.

Ese no era el discurso, eso no era estratégico ni empresarial, ni lo más inteligente.

Pero era la verdad.

Ella me miró, por fin sin coraza durante un segundo.

Y ese segundo me mató, porque la herida seguía ahí, porque yo seguía ahí, porque éramos una historia sin epílogo.

—Pues ya me has visto —susurró, y la vi alejarse hacia el jardín interior con el que contaba el restaurante.

Acababa de perder una oportunidad, ya lo sé.

# 9
# Ada

No.

No.

Y no.

Era demasiado.

Necesitaba aire.

Lo único que quería era poner distancia entre Hugo y mi sistema nervioso, así que salí al jardín interior con el que contaba el restaurante.

Respiré.

Una.

Dos.

Tres.

No funcionó.

Claro que no funcionó, porque mi soledad duró exactamente treinta segundos, porque sus pasos llegaron detrás de mí.

—Siempre te ha gustado huir a un jardín cuando las cosas se complican —dijo.

Por el amor de Dios… ¿es que no iba a rendirse?

No me giré.

—Siempre te ha gustado seguirme cuando no te invito —respondí yo, poniendo los ojos en blanco, tratando en vano de seguir calmando mi sistema nervioso cuando estaba cerca de él.

Se acercó, lo noté porque el aroma de su perfume con notas amaderadas se acentuó.

Uff.

—No quería que te fueras —añadió—. Menudo reencuentro, ¿no?

—Pues acostúmbrate —repliqué—. Te sorprendería lo bien que se me da.

Entonces sí me giré y lo miré de frente.

Demasiado cerca, demasiado guapo, demasiado «no deberías seguir teniendo ese efecto sobre mí, cabrón».

Hugo me miró como si hubiera olvidado respirar.

Qué gracioso.

Yo también.

—Ada… —empezó.

—No —levanté la mano—. Ya hay gente mirando, por favor, no montemos ninguna escena. No nos conviene a ninguno de los dos. Además, no creo que tenga nada que hablar contigo.

Él sonrió, pero era dolor camuflado, la chulería parecía haberla dejado en la mesa.

—Estás en tu derecho —dijo—. Mereces poder enfadarte, hacerme reproches… todo.

—Qué bien que estemos de acuerdo.

Crucé los brazos.

No porque estuviera a la defensiva…

Bueno, sí, exactamente por eso.

—No he venido a pelearme contigo —continuó.

—Yo tampoco —contesté—. Pero tienes el extraño talento de convertir cualquier estancia en un campo de batalla. Enhorabuena.

Nos miramos en silencio, sabiendo que debajo de toda esa ironía había una herida que todavía respiraba.

—Te he echado de menos —dijo.

Y juro que durante un segundo me faltó el aire.

Me odiaba por creerle, por sentirlo, por recordar que yo también.

—No digas eso —susurré.

—¿Por qué? —preguntó suave.

—Porque no es justo —respondí—. Llegas tarde. Porque no sabes lo que cuesta reconstruirse cuando alguien que era casa te incendia.

Se le endureció el semblante.

—Lo sé —dijo.

—No —negué con la cabeza—. No lo sabes. Siempre fuiste el huracán y esperabas que yo sonriera mientras me sujetaba a lo que quedaba en pie.

Dio un paso hacia mí, pero yo retrocedí por instinto, por supervivencia.

Noté un flash impactar contra nosotros.

Pues genial, maldita sea.

—Tienes derecho a odiarme —añadió Hugo, haciendo como si nada.

—No te odio —dije, porque soy demasiado honesta para mentir con eso.

Su mirada se quebró solo un segundo.

—Eso es peor —respondió.

Y tenía razón.

Claro que tenía razón.

Lo fácil sería odiarlo.

Quizá lo más práctico, lo más sano, pero Hugo no era para mí un recuerdo negro, sino una cicatriz bonita que seguía doliendo si la presionabas.

—Entonces dime, Hugo —dije, cansada de rodeos—. Si no vienes a disculparte ni a hablar del pasado, ni tampoco a fingir cordialidad… ¿Qué quieres? No me trago el cuento de que son negocios familiares…

Él tragó saliva como si tuviera clavos en la garganta y luego metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

Conocía perfectamente ese gesto: se estaba preparando para decir algo que realmente no quería decir, igual que dos años atrás.

—Quiero… —empezó. Y se calló. Otro flash nos cegó y él levantó la mirada y posó sus pupilas sobre las mías antes de girarme y colocarme de espaldas a la dirección de donde había venido el flash, mientras yo trataba de ignorar la sensación de sentir sus dedos sobre mi piel, pero en ellas no vi ni chulería ni máscara, solo lo vi a él, el Hugo de verdad—. Quiero pedirte algo.

Sentí el golpe en el estómago antes de que lo dijera.

—No —respondí automáticamente.

Se rio de forma suave, aunque no parecía divertirse en absoluto.

—Aún no sabes qué es.

—No me importa. No.

—Ada…

—No —repetí bajando la voz—. Si vienes a por consejo, no. Si vienes a por compañía, no. Si vienes a por consuelo, no. Si vienes a

por… cualquier mierda emocional, no.

Él negó con la cabeza despacio.

—No es emocional.

—Entonces es peor.

Se acercó un paso y el flash llegó hasta nosotros otra vez.

En esta ocasión no di un paso hacia atrás; quería verlo, quería ver qué clase de desastre se traía entre manos.

—Necesito tu ayuda.

Las palabras flotaron entre nosotros.

Las detesté, porque seguían teniendo poder para mí a día de hoy, porque las dijo él, porque maldita sea, yo todavía era la persona que una vez habría cruzado el mundo si él me pedía ayuda.

Miré hacia otro lado: la señora del abrigo rojo que fumaba cual carretero, por ejemplo.

Cualquier cosa me valía con tal de que no fuera él.

—No soy tu salvación, Hugo —dije al fin.

—Nunca te pedí que lo fueras —respondió.

Me di la vuelta, dispuesta a huir otra vez de él, pero entonces añadió algo más:

—Esta vez es diferente.

Miré el jardín, respiré y entonces volví la cabeza hacia él.

—Está bien —dije despacio—. Tienes cinco minutos.

Debía haberme vuelto loca.

O eso, o alguien me echó burundanga en la copa.

No, no creo.

Si hubiera estado drogada, ya habría cometido la locura de comerle la boca.

Cinco minutos.

Cinco minutos para abrir una puerta que juré haber cerrado.

Cinco minutos para volver a mirar a los ojos al único hombre que podría volver a romperme.

Cinco minutos que iban a cambiarlo todo, solo que todavía no tenía ni idea.

# 10
# Hugo

Cinco minutos.

Vale.

Me los concedió como quien firma un permiso de explosivos.

Nunca había necesitado más para joder algo, así que esperaba que también me bastaran para intentar arreglarlo.

Ella guardaba silencio.

Postura defensiva.

Mirada letal.

Me estaba esperando, y sabía que lo más adecuado era no agotar su paciencia, así que respiré hondo como si eso sirviera para ordenar toda mi mierda dentro, cosa que sabemos que no iba a pasar.

—Habla —dijo.

—Estoy en problemas.

—Eso ya lo sabía. Felicidades por el diagnóstico. Dos minutos menos.

Sonreí, a pesar de todo.

—Los socios europeos… —proseguí—. El acuerdo del grupo… Bueno, la firma está cerca —continué como si fuera un maldito robot —. Todo depende de confianza, reputación, estabilidad…

—¿Y tú tienes…? —me cortó, levantando una ceja.

—Fotos saliendo de una fiesta con pinta de estúpido —terminé por ella y asintió con la cabeza.

—Bien. Al menos eres consciente.

—El consejo está nervioso. Mi madre también. Marcos… —hice una mueca— Marcos está siendo la única persona verdaderamente decente en todo esto.

Su expresión cambió un milímetro, porque sabía de sobra lo que era sostener algo que parecía demasiado grande.

—Quieren que parezca estable —añadí, y Ada arqueó una ceja.

—¿Y has probado con… serlo?

Me reí, no pude evitarlo.

—Estoy en ello.

—No lo parece.

—Es que se me da fatal demostrar cosas normales.

Se quedó en silencio y me miró.

—¿Dónde entro yo en este drama capitalista que te has montado?

—Ada… —empecé—. En nuestro mundo, la imagen no es solo imagen. Es capital, estabilidad y poder. Es… credibilidad. Y ahora mismo el mundo cree que soy brillante, sí, pero inestable. Creen que no sé sostener nada, ni siquiera a mí mismo.

Su mirada se ablandó un poco, solo un poco, lo justo para doler.

—Y tú —continué— siempre fuiste lo contrario de eso. Tú eras calma. Tú eras… certeza. Tú eras ese punto donde todo dejaba de moverse.

—Y aun así lo tiraste por la borda —respondió, mirándose las uñas.

Las llevaba perfectas, como siempre.

—Lo sé. No estoy aquí porque sea fácil —añadí—. Ni porque sea cómodo. No estoy aquí usando la carta Ada como estrategia maestra.

—Podrías, perfectamente —respondió—. Siempre has sabido usarme muy bien cuando te convenía.

No discutí, porque hay verdades que no necesitan eco.

—Estoy aquí porque necesito tu ayuda —repetí. Dios, cómo me estaba costando esa mierda—. Porque cuando la gente piensa en mí contigo, piensa en estabilidad. Piensa en compromiso. Piensa en un hombre que ama y se queda. Y ahora mismo eso… me salvaría.

Claro.

Directo.

Sin rodeos.

Su cara fue un poema.

*Me va a decir que no. Ya verás como me va a decir que no*, pensé.

Me pasé una mano por el pelo, histérico.

—Entonces quieres —dijo despacio— que vuelva a ser… tu escudo.

—Quiero —respondí— que seas mi ancla.

—Suena poético —replicó—. Tradúcelo al idioma Hugo, por favor.

Bufé.

Ya no había vuelta atrás.

—Quiero que finjas que vamos a casarnos.

La frase cayó pesada como una losa, innegociable y violenta.

*A tomar por culo, que sea lo que tenga que ser. Total… no puedo estar peor… ¿o sí?*

Ella parpadeó una vez, dos, tres.

Se rio, pero de una manera incorrecta, rota, peligrosa.

—No.

Perdido.

Estaba perdido.

—Ada…

—Ni de broma —me cortó—. ¿Te has golpeado la cabeza? ¿Has inhalado champán?

Eso último lo dijo bajando la voz y mirando a nuestro alrededor.

—Escúchame.

—No quiero escucharte.

—Ada…

—¿Quieres que finja que vamos a casarnos? —repitió, más alto y yo cerré los ojos con fuerza—. ¿Quieres que vuelva a meterme en tu órbita para limpiarte la imagen? ¿Que vuelva a ser el decorado perfecto de tu vida? ¿Quieres que vuelva a poner mi corazón cerca del tuyo como si no supiera que no sabes cuidar nada?

Me la merecía.

Cada palabra.

No dije nada.

La dejé, porque si alguien tenía derecho a romperme, era ella.

—Tú decidiste por los dos —dijo, bajando la voz—. Yo me tuve que recoger en París. Yo tuve que aprender a existir sin ti. Yo tuve que volver a ser yo sin ti. Y ahora… ahora apareces con toda tu jeta y me pides que te sostenga otra vez.

Sus ojos brillaban y eso… eso era lo que me jodía la defensa.

Y yo era el motivo.

*Que no llore, por favor*, pensé.

Nunca soporté verla llorar.

—No vengo a usar lo que fuimos —respondí, bajito—. Vengo porque, aun con todo… si hay una persona en el mundo que puede mirar conmigo al frente sin que se caiga todo, eres tú.

Se quedó quieta, respiró despacio y pareció dudar.

—¿Y qué gano yo? —preguntó entonces.

No sonaba interesada, sino digna y fuerte.

¿Quería negociar?

Negociaríamos.

—Control —respondí—. Sobre tu imagen. Sobre tu historia. La exposición. El ruido mediático va a ser enorme. Si apareces conmigo, el foco se parte. Si volvemos «como la pareja que sobrevivió», el mundo te mira también. Te escucha y te eleva.

—¿Quieres venderme esto como un *win-win* social? —ironiza.

—Quiero ser honesto —respondí—. Me beneficia. Sí. Mucho. Pero no solo a mí. ¡Piensa tu exposición, joder! Podemos ganar los dos.

La miré y decidí decir la verdad que no debería.

—Y… también quiero… —tragué saliva— …quiero arreglar algo contigo. No quiero que seamos un recuerdo roto. No quiero que mi último capítulo contigo sea el peor.

Ella me miró y, durante un segundo no hubo rabia, ni pasado ni noticias, ni trajes, ni consejo ni prensa…

Solo ella y yo.

Y todo lo que fuimos.

Y todo lo que dolía.

Inhaló aire muy despacio y lo soltó de la misma manera.

—No te prometo nada —dijo al fin. Y mi corazón reaccionó como un idiota—. Pero no te digo que sí —añadió.

Bueno, algo era algo.

De hecho, era más de lo que esperaba.

—Vale —respondí.

—Quiero pensarlo —continuó—. Además, este no me parece el lugar más idóneo para esta conversación.

Se giró hacia el interior del restaurante, ya había dado por concluida la conversación, pero antes de irse, se volvió hacia mí:

—Y no seas imbécil, Hugo.

—Lo intentaré.

—No —negó con la cabeza—. No lo intentes. Hazlo.

Se fue y me quedé en el jardín con cinco minutos convertidos en algo que ya no sabía si era una oportunidad o una condena.

# 11
# Ada

No dormí.

O mejor dicho: cerré los ojos, cambié de postura, conté ovejas, hice respiraciones conscientes, me masturbé por aburrimiento, intenté pensar en la exposición, en París, en cualquier otra cosa… pero mi cabeza resultó ser un reproductor automático con un único nombre en bucle:

Hugo.

Hugo.

Hugo.

Era agotador.

Bajé a la cocina porque, según la sabiduría universal de las madres españolas, todo se arreglaba con una manzanilla. No creía en esa teoría, pero tampoco tenía alternativas mejores a las tres de la mañana.

Era eso o abrir la mejor botella de whisky escocés de mi padre.

Elegí lo primero, claro, a mi hígado seguro que le venía mucho mejor.

La casa estaba en silencio.

Mis padres dormían y Rosa también, en su habitación, porque era interna.

Madrid respiraba fuera, pero yo hervía por dentro.

Puse agua a calentar y apoyé las manos sobre la encimera intentando no pensar en su voz pidiéndome ayuda.

En cómo lo dijo.

En cómo me miró.

En el peso real de esas palabras.

Le mandé un WhatsApp a Camille preguntándole si estaba despierta y el móvil vibró sobre la encimera casi al instante, así que la llamé.

—Si me dices que estás durmiendo, me ofendo —dije sin saludar, porque la conocía demasiado bien como para fingir educación a esas horas.

Se acostaba tarde pintando; era artista independiente y la culpable de que dentro de unos días yo fuera a colgar una exposición de fotografía que todavía me parecía demasiado grande para creérmela.

—Sabía que estabas despierta —respondió—. Te conozco, solo estaba esperando a que te saliera del chichi contármelo. ¿Y bien? ¿Qué pasó?

Quité la tetera del fuego y me serví agua caliente tras colocar la bolsita infusionada.

—No sé ni cómo decirte esto…

—Me estás asustando.

Respiré.

—Quiere… hacer un pacto o algo así. Eso implica casarme con él.

—Para, para, para… *Mon dieu.* ¿Te ha pedido matrimonio? Madre mía, qué rápido todo.

—No es matrimonio —dije, empezando a dar vueltas por la cocina para no explotar—. Es una farsa matrimonial con toque de tragedia griega.

—Ah, bueno. Entonces tranquila.

Rodé los ojos hacia arriba aunque no pudiera verme.

—Quiere que finjamos que vamos a casarnos. —Todavía me sonaba irreal al decirlo—. Que volvamos como «la pareja que sobrevivió». Imagen limpia. Estabilidad. Amor bonito. Todo eso.

—Es absurdo —dijo—. Y tentador —añadió.

Me detuve.

—No.

—Sí —insistió—. No en lo romántico, pero sí en el poder. En decirle al mundo: «sí, me fui rota, pero vuelvo por decisión propia, con control y con brillo». Ada, cariño… tú también ganarías.

Respiré despacio.

Eso ya lo había dicho él.

Y claro que lo había pensado.

¿Quién me creía, la reina de Inglaterra?

Había prensa.

Había exposición.

Había ruido.

Y si algo tenía Hugo… era foco.

Cuando me fui a París perdí el mío en España. Y lo agradecí. Porque vivir expuesta me había ahogado.

—Camille… —susurré—. No sé si puedo volver a meterme ahí. No sé si estoy preparada para sentir como sentía. No sé si podría sobrevivir a que volviera a…

No terminé.

No hizo falta.

—Lo sé —contestó ella, suave.

Yo apreté la taza con demasiada fuerza.

—No sé si quiero volver a quererle —mentí, porque la verdad era que no lo había dejado de hacer. Solo había aprendido a vivir con ello.

Ahora lo sabía, tras comprobar el efecto que seguía teniendo en mí aunque hubieran pasado dos años.

Camille habló con voz de amiga que había estado en la guerra conmigo:

—Quererle no fue el problema. El problema fue lo que él hizo con ese amor. Tú no te equivocaste queriéndolo. El que se equivocó fue él. Fin.

Tragué saliva.

—¿Y si ahora sí sabe? —pregunté sin querer hacerlo.

¿Y si había cambiado?

¿Y si esta vez no me rompía?

Ella suspiró.

—Entonces tendrás que decidir si te compensa descubrirlo. Pero prométeme algo.

—¿Qué?

—Que esta vez no lo eliges con el corazón roto. Que lo eliges con la cabeza también. Y que si entras… no vuelves a desaparecer tú. No vuelves a borrarte.

Cerré los ojos.

—Lo prometo.

—Y si decides decir que no —añadió—, será igual de valiente.

Asentí, aunque ella no pudiera verme.

—Te llamo mañana —dijo—. Intenta dormir aunque no puedas. Te quiero.

—Yo también.

Colgué.

No me moví durante un rato.

Solo respiré.

La cocina en silencio.

El vapor de la taza.

Y yo… mirándome por dentro como quien mira un espejo que no siempre quiere sostener.

No sabía qué respuesta darle, si era sincera.

Pero sabía algo peor: fuera cual fuera… ya estaba dentro del incendio.

# 12
# Hugo

Había una diferencia muy clara entre perder el control y saber que estabas a punto de perderlo.

Yo, en ese momento, estaba en la segunda.

Mi reflejo en el cristal del despacho parecía el de alguien que dormía bien, tomaba buenas decisiones y nunca dudaba.

Me llevaba bastante bien con esa ilusión, la verdad, porque esa versión de mí que veía reflejada era falsa.

—Van a retirar una parte de la inversión —dijo Marcos, sentado al otro lado de la mesa.

Ni preámbulo ni anestesia.

Cirugía directa.

—¿Quién? —pregunté sin levantar la voz.

—Los alemanes.

Fantástico.

Los alemanes eran precisión, estabilidad, palabra que valía oro… hasta que decidían que ya no estabas a la altura.

—Dicen que quieren «observar la evolución mediática» —añadió—. Lo cual, traducido al idioma humano, significa: «nos estás dando mala espina, príncipe caído».

Miré los documentos sobre la mesa: proyecto, orgullo, mi reputación, mi vida.

Todo comprimido en papel bonito, claro.

Y qué frágil podía ser el papel, si me descuidaba.

—Eso no es lo peor —continuó.

—Sorpréndeme —respondí, apoyando los codos en la mesa.

—Tu madre lo sabe.

Respiré.

Claro.

Por supuesto que lo sabía.

Mi madre no vivía la realidad, la administraba.

Como si la hubiera invocado, la puerta se abrió y entró.

—Marcos, cariño —dijo suavemente, impecable como siempre—, ¿nos dejas un segundo?

Marcos me miró como si estuviera entregándome a un interrogatorio del MI6, pero asintió.

Cuando salió de la estancia, mi madre caminó hacia mí despacio, como si estuviera midiendo el suelo.

—Lo de los alemanes —dijo simplemente.

—Lo sé.

—No podemos permitirlo.

—Estoy trabajando en ello.

—¿Ah, sí? —arqueó una ceja.

Yo solo bufé.

—Te dije —continuó— que eras brillante, pero que no bastaría si no aprendías a sostener lo que construyes. Y ahora, Hugo, estamos justo ahí.

—No lo estoy dejando caer.

—Todavía.

Su puntería era quirúrgica.

—¿Pudiste hablar con Ada el otro día?

—Te he dicho que estoy en ello… —intenté no parecer nervioso.

Fallé.

No me había respondido aún, ni dicho que sí. No había dicho nada.

Y eso estaba empezando a matarme.

—¿Se lo preguntaste o no? —insistió.

—Sí. Estoy en ello.

—No —negó ella, suave pero firme—. Estás sobreviviendo. Yo te pregunto si estás dispuesto a madurar.

La miré y pensé en Ada, porque esa pregunta iba de ella, no de empresas.

Asentí, de forma lenta.

—Entonces ve hasta el final —dijo—. Y no lo hagas a medias. No lo hagas por llenar portadas o salvar números. Hazlo porque vas a asumir consecuencias y porque, por primera vez en tu vida, vas a quedarte.

Me quedé quieto, porque la frase sonaba más grande que Ada, que el acuerdo, que todo.

—Si te acercas a ella —añadió—, no es para usarla como parche. Si te acercas a Ada Valverde otra vez… —me sostuvo la mirada— …es para demostrar que las personas cambian. Tu padre y yo hemos hecho mucho esfuerzo para que nuestra amistad con su familia no se fuese al garete después de lo que le hiciste a su hija.

Eso me dolió, porque esa parte dolía siempre.

Me sentía impotente; si algo había sabido hacer toda mi vida… era quererla.

Y aun así, la había roto.

Mi madre se levantó, lista para irse después de abrirme la herida.

Otra vez.

—Hazlo bien, Hugo.

Se fue y yo me quedé hecho mierda.

Por la tarde, Marcos y yo salimos de una reunión que no fue mal, pero tampoco lo suficientemente bien como para tranquilizarme.

Madrid estaba viva: risas, coches y voces.

Un mundo que seguía rodando aunque el mío temblara.

Encendí un cigarro.

—Ada aún no ha dicho nada —dije por primera vez en voz alta.

—¿Te preocupa?

—Si digo que no, miento.

Marcos me dedicó una sonrisa torcida.

—¿Te preocupa como empresario… o como hombre?

No contesté y seguía fumando, no quería enfrentarme a esa respuesta.

—Mira —añadió—. Si esto fuera solamente de negocios, habrías elegido cualquier otra opción conveniente. Una actriz, una heredera, una sonrisa pública… lo que fuera. Pero has acudido a ella.

—Porque es con la única que tiene sentido —respondí, encogiéndome de hombros.

Di una calada.

—Porque es la única que te importa —sentenció Marcos—. Nunca te ha importado otra mujer que no fuera Ada. Lo sabes.

Lo odié cuando tuvo razón.

Como siempre.

—Hugo —dijo de forma más suave—. Tú puedes conseguir casi todo con carisma, arrogancia y talento, pero esto no. Esto se consigue con verdad.

Me detuve.

—¿Y si no me cree?

Marcos se encogió de hombros.

—Entonces te lo habrás merecido. Pero si no lo intentas de verdad… te merecerás aún más perderla del todo.

Su móvil sonó.

—Joder, tengo que cogerlo. Nos vemos mañana —dijo, palmeándome la espalda antes de desaparecer calle abajo, porque su coche estaba aparcado más adelante.

Me quedé a solas caminando y fumando.

Podía volver a casa, hundirme en el trabajo o fingir que esto iba solamente de salvar un imperio.

Pero no.

Porque aquella idea pudo nacer como una estrategia de supervivencia empresarial, pero había terminado convirtiéndose en algo mucho más peligroso.

Ver a Ada había removido lo que nunca enterré del todo.

Ya no solo quería reputación.

Ni estabilidad mediática.

Ni firmas felices en contratos europeos.

Quería que me dijera que sí, porque quería verla mirarme sin esa armadura.

Y lo peor era que no sabía si eso podía conseguirse.

Así que hice lo que no me atreví a hacer en dos años…

LLAMARLA.

# 13
# Ada

Quedar con Hugo de la Vega fue como aceptar voluntariamente entrar en una casa en llamas confiando en que esta vez no me quemara.

Inteligente no era, para qué nos vamos a engañar.

Pero allí estaba tras recibir una llamada telefónica por su parte en la que me comunicó que necesitaba una respuesta.

Bien.

En ese caso, yo necesitaba más detalles.

El lugar de encuentro fue una cafetería pequeña, elegante y perfectamente anónima del centro de Madrid.

La eligió él, claro.

Privada, discreta, iluminación suave, mesas lo suficientemente separadas como para que nadie escuchara demasiado, pero lo bastante juntas como para que si hubiera chispas… prendieran.

Llegué dos minutos tarde, pero cuando lo busqué con la mirada, él ya estaba ahí.

Traje oscuro, camisa sin corbata, reloj caro y ese aire de hombre que siempre parecía tener la respuesta… excepto cuando la pregunta era yo.

Se levantó al verme, porque Hugo ha sido muchas cosas, pero maleducado no.

—Hola —dijo.

—Hola.

Nos sentamos y el silencio nos acompañó durante unos segundos.

Olía a café recién hecho y a pasado reciente.

—Gracias por venir —rompió el hielo.

—No me des las gracias —respondí—. No he venido por ti. He venido por mí.

Asintió y sonrió un poco; supe que me reconoció en mi respuesta.

—Eso me gusta —dijo.

Yo no sonreí, porque no habíamos venido a gustarnos, habíamos venido a hacer negocios, ¿no? Quería detalles, quería un plan para lo que me había ofrecido y, sobre todo, quería garantías de que aquello también iba a beneficiarme a mí.

—¿Tienes la respuesta? —preguntó de forma rápida.

¿Eso era desesperación?

Dije que no con la cabeza.

—Tengo dudas.

—Pregunta lo que quieras. —Se acomodó en la silla.

Acto seguido levantó la mano y, con un gesto de sus dedos, captó la atención del camarero que estaba en la barra.

—Dos cafés —susurró vocalizando mucho para que pudiera entenderlo.

Hasta para eso tenía clase, el muy capullo.

No pude evitar apretar mis muslos entre sí, no obstante, pronto me libré de la calentura y fui al fondo del asunto.

Lo odiaba, sí, pero no era de piedra, ¿vale?

—Tienes diez minutos para explicarme el plan y convencerme de que realmente esto no es solamente para salvar tu pellejo —le dije —. Porque tienes un plan, ¿no?

—Ada, por favor… —se tocó la chaqueta del traje y se movió, pareciendo incómodo, sobre su silla. Aunque la sonrisa torcida que me dedicó me confundió un poco—. Claro que tengo un plan.

—Y si en algún momento intentas manipularme emocionalmente, desaparezco.

—No voy a hacerlo.

—Lo intentarás.

—Probablemente —admitió—, pero voy a controlar el impulso.

Eso era nuevo, así que me sorprendió un poco, pero no lo suficiente como para bajarme la guardia.

Apoyó los codos suavemente sobre la mesa, pero no invadió mi espacio personal ni se acercó más de la cuenta, así que eso, de alguna manera, me desarmó más.

—La situación es peor ahora —dijo—. Los alemanes están dudando. La inversión puede caerse. Y no es solo dinero, Ada. Es mi

reputación. Es credibilidad. Es… demostrar que puedo sostener algo.

Lo miré y, como no dijo nada, él siguió hablando:

—Me estoy dando cuenta de muchas cosas que antes no veía —confesó—. Y una de ellas es que durante mucho tiempo he vivido creyendo que el talento, el apellido y la confianza absoluta en mí mismo bastaban para construir una vida. Y resulta que no.

Me recosté un poco hacia atrás.

—Te felicito por descubrir el mundo real —respondí y él sonrió.

—Me lo merezco.

Nos miramos y entonces él bajó la voz.

—Lo que te pedí… no fue una idea brillante lanzada al aire. Lo pensé antes de hacerlo, lo hablé, lo medí. No estoy pidiéndote que me salves. Te estoy pidiendo que caminemos juntos en algo que nos beneficia a los dos.

—No me vendas la moto.

—No te estoy vendiendo nada —me sostuvo la mirada—. Te estoy respe… —respiró—. Estoy intentando respetarte, que es algo que antes no siempre supe hacer.

Esas palabras me golpearon, porque no eran bonitas, eran honestas y por eso dolían.

—No quiero que seas un accesorio de mi vida —continuó—. Ni una pieza bonita que puedo colocar donde quiera cuando me conviene. No quiero que el mundo te vea como «la novia perfecta del niño problemático». Yo… no quiero volver a hacerte pequeña.

Tragué saliva, nada más, porque responder a eso sería demasiado.

—Si aceptas —añadió—, quiero que sea contigo de verdad ahí. Opinando. Decidiendo. Mandando a la mierda a quien haga falta. Si aceptas, quiero… —se detuvo un segundo— …una alianza. Contigo. Con la mujer que eres ahora, no con la que se fue a París por mi culpa.

Me quedé quieta y le dije:

—Tengo condiciones.

Él asintió con la cabeza sin ningún ápice de duda.

—Dime.

El camarero dejó sobre la mesa nuestros cafés.

—Primero: esto no va a ser infinito. Si hago esto, tendrá fecha de caducidad. Nada de «ya veremos».

—Tiempo.

—Tres meses —respondí—. Ni un día más.

Asentí con la cabeza.

—Hecho.

No dudó al concederme el primer deseo y eso me desconcertó un poco.

¿Se había convertido en el genio de la lámpara y no me había dado cuenta?

—Segundo: no soy tu sombra. Ni tu trofeo. Ni tu control de daños. Si entramos en esto, entro como figura central, no como nota a pie de página. Me escucharás, me tendrás en cuenta y si algo no me parece bien… se para.

—Hecho.

Otra vez sin dudar, mirándome como si todas mis palabras fueran obvias.

—Tercero: no vas a mentirme —dije despacio—. Ni con la prensa. Ni con el consejo. Ni conmigo. Y no quiero juegos ni cosas.

Hugo asintió de forma lenta y con el semblante serio.

—Hecho —repitió.

—Y cuarto: si volvemos a cruzarnos emocionalmente… si esto empieza a parecer otra cosa… tú no desapareces. Si algo de esto… —cogí aire— …vuelve a ser nosotros, tú te quedas.

Hugo me miró, pero no como antes, sino como un hombre que comprendía de verdad lo que le estaba pidiendo.

—No voy a sobrevivir una segunda guerra.

Él apoyó las manos despacio sobre la mesa.

—Yo no voy a desaparecer, Ada —dijo despacio, clavándome los ojos.

Lo dijo de manera responsable, y eso me jodió más que cualquier promesa romántica.

De algún modo lo creí.

—Bien —respondí, sorprendentemente aliviada—. Entonces, ¿cuál es el plan?

# 14
# Hugo

Cuando salieron por sus perfectos labios las palabras mágicas algo dentro de mí se activó.

¿Cuál es el plan?

BIEN.

Había llegado el momento de desvelarle la única salida que estaba casi seguro de que podría funcionar, aunque eso implicara darle la razón a Isabel y Marcos.

—Solo quiero que entiendas una cosa —dije jugando con el borde de la taza—. El principal beneficiado de este pacto soy yo, no voy a disfrazarlo.

—Vaya, qué sorpresa —respondió ella—. Un hombre poderoso admitiendo que piensa en sí mismo. *Breaking news.*

—Déjame terminar —añadí, conteniendo una sonrisa—. Sí, necesito limpiar mi imagen. Sí, necesito estabilidad. Sí, tu nombre al lado del mío hará que los inversores dejen de verme como una bomba de relojería. Hasta ahí, estamos de acuerdo.

—Perfecto, entonces. Tú sales ganando. ¿Y yo? —Alzó las cejas.

—Tú ganas algo que no te apetece admitir que necesitas: control sobre cómo te ve Madrid —respondí, más serio—. No me mires así, déjame explicarlo.

—Te quedan treinta segundos antes de que te llame ego desmedido.

—Cuando te fuiste a París —empecé—, todo el mundo aquí se montó su propia película. Nadie sabía nada, así que rellenaron los huecos. Que si estabas rota. Que si no lo superabas. Que si te habías ido huyendo. Te convirtieron en un rumor con piernas.

—Qué poético —murmuró—. Me encanta ser una leyenda urbana.

—Ahora vuelves —continué, ignorando el comentario— con una exposición importante y con una carrera que has levantado tú sola.

Pero ya sabes cómo funciona esto: al principio van a mirar tu arte… y en cuanto pillen confianza, van a mirar tu vida. Y tu pasado. Y nuestra mierda.

No dijo nada porque sabía que tenía razón y le irritaba profundamente que tuviera razón.

—Si aceptas este pacto —proseguí—, la narrativa cambia. No eres «la ex que vuelve del exilio sentimental». Eres «la prometida del CEO que ha vuelto triunfadora de París». No eres un drama, sino un activo. Y en este mundo, Ada, ser activo es mucho más seguro que ser una historia triste.

—¿Me estás vendiendo que ser tu decorado me protege? —preguntó, entornando los ojos.

—Te estoy diciendo —contesté yo— que mientras los focos estén sobre «la pareja perfecta que se ha reencontrado y ahora es estable y responsable», nadie va a invertir energía en destrozar tu reputación. No les conviene. No al consejo ni a los socios, ni tampoco a las marcas que van a querer tenerte en sus eventos porque eres «la artista que ha vuelto con un relato bonito». Si yo limpio mi imagen, tú entras por la puerta grande… y el ruido se calma alrededor de tu trabajo.

Bebí un sorbo de café solo para tener algo que hacer con las manos después de mi verborrea.

Esperaba convencerla de verdad, lo juro.

—Dame ejemplos concretos —dijo—. Ya sabes, para no firmar un pacto con el diablo sin al menos leer las cláusulas pequeñas.

—Vale —asentí, me sudaban hasta los huevos—. Uno: tu exposición. Si soy «el Hugo estable y reformado» con una prometida que viene de París y que es artista, los patrocinadores culturales se matan por estar cerca. Eso significa más dinero, más difusión y más prensa hablando de tu obra. Dos: prensa generalista. En vez de dedicarte páginas de «la ex de Hugo que reaparece», estarías en suplementos culturales, en entrevistas sobre tu arte, no sobre tus lágrimas. Tres: contactos. Mi entorno —el que tanto odias— es el mismo que compra, invierte, apoya, abre puertas. Además, también fue el tuyo antes de que te fueras. Y seamos sinceros: es más fácil

que te llamen para colaboraciones, encargos, viajes, residencias artísticas… si sienten que «estás dentro».

—Dentro de la selva —murmuró, poniendo los ojos en blanco.

—Dentro del mapa —la corregí—. Tú ya tienes talento. Esto no va de «darte algo que no tengas». Va de usar el circo a tu favor por una vez. De que si el mundo va a hablar… al menos te deje trabajar tranquila mientras lo hace.

Ella me miró en silencio unos segundos.

—Y todo eso a cambio de… sonreír, darnos la mano, aguantar titulares, aceptar casarme contigo cuando me lo pidas de la manera más increíble y fingir que te quiero delante de medio Madrid —resumió ella—. Ah, y vivir contigo, imagino. ¡Jesús!

—Y poner límites —añadí—. Los tuyos, quiero decir. Tus reglas, tu voz. No quiero que vuelvas a ser la sombra de nada ni de nadie. Si esto lo hacemos, quiero que también sea bueno para ti. Profesionalmente, socialmente… y, si me apuras, emocionalmente. Aunque ese último punto ya sé que no lo comprarás en el pack.

—No —respondió—. Ese último punto lo dejo en «pendiente de revisión».

Sonrió, pero no con suficiencia, sino con algo que se parecía demasiado a la esperanza.

—Míralo así —añadí—: tú me limpias la imagen para el consejo, los inversores y la prensa… y yo te hago de escudo humano y altavoz para tu carrera. Ganas accesos, contactos, tranquilidad mediática y margen para hacer tu trabajo como te dé la gana. No te estoy pidiendo que vuelvas a quererme. Te estoy proponiendo que hagamos negocio con lo que ya existe: tu nombre y el mío juntos.

—Es una propuesta bastante cabrona —dijo, dejando la taza sobre el plato—. Y bastante inteligente.

—Lo sé.

—Ya, ese es el problema.

Entonces suspiró y me tendió su mano de manicura y piel perfectas para sellar toda la conversación con un apretón.

Yo le hubiera dado el apretón en otro sitio, porque nadie se imaginaba lo que echaba de menos su cuerpo y su pelo…

Pero tendría que conformarme con lo que me ofrecía.

—Trato hecho.

—¿En serio? —pregunté, porque no terminaba de creérmelo.

Y ahí estaba diciéndome que sí.

No a mí, no del todo… pero lo bastante cerca como para que, por primera vez en mucho tiempo, sintiera que el suelo dejaba de moverse bajo mis pies.

Cogí su mano y no pude evitar recrearme en el tacto de su piel.

—Sí —me respondió con seguridad—. Trato hecho.

Su mano en la mía fue profesional; formal y civilizada.

Mentira, fue dinamita con buena educación.

# 15
# Ada

Hay decisiones que no se toman, sino que te van arañando por dentro hasta que aceptas que ya estaban tomadas antes de que te sentaras a pensarlas.

*Punch.*

Dije que sí.

Lo pensé después muchas veces, pero la verdad es que en el momento no lo medité tanto como debería. No lo analicé como una adulta responsable que toma decisiones importantes; lo hice como alguien que se conocía demasiado bien como para fingir que aún podía escapar de él para siempre.

Y después vino la resaca emocional, porque me sentí valiente, temeraria y también un poco imbécil.

Era como haber firmado un contrato con la vida sin leer del todo la letra pequeña.

No lo hice por amor —o eso me repetí—, lo hice por estrategia, supervivencia, por mantener bajo control una historia que siempre había tenido la fea costumbre de desbordarse.

Pero aun así… dolió, aunque también encontré en ello una forma de consuelo.

Las dos cosas a la vez, porque con Hugo siempre había sido así: devastación con cariño incluido.

Darle la mano fue peor que besarle.

Peor, lo juro.

Porque un beso podría haber sido impulsivo, teatral, algo que se justificaba con el contexto.

Pero la mano… eso fue íntimo, silencioso y elegido.

Cuando sus dedos rodearon los míos sentí exactamente lo que llevaba dos años fingiendo que no existía: electricidad, memoria y

algo parecido a hogar queriendo volver a instalarse donde ya no cabía.

Me sudaron las palmas y aun así no retiré la mano.

No pude.

Hubo un segundo en el que se me encogió el pecho, como si mi cuerpo recordara antes que mi cabeza la experiencia de pertenecer a Hugo de la Vega.

No a su mundo o a su apellido, sino a él, a esa manera de apretarme sin apretarme, de sostener sin retener, de prometer sin decir nada.

Había firmado un pacto con piel.

Y recordé —aunque no quise admitirlo en voz alta— que Hugo seguía siendo ese lugar al que me daba miedo volver… precisamente porque todavía sabía a casa.

Me temblaron las manos cuando salí de la cafetería y también el corazón mientras caminaba.

Como si hubiera hecho algo peligroso… pero también inevitable.

Aun así, sentí una calma extraña, como si, por una vez, me hubiera dejado de esconder.

Como si aceptar aquel pacto hubiese sido la única manera honesta de admitir que seguía importándome lo que él significaba.

Me dio miedo volver a ser la chica que un día se rompió por su culpa, es que no lo voy a negar.

Me dio miedo volver a quererle, porque claro, jamás admitiría en ese momento que nunca lo olvidé.

Pero me dio más miedo quedarme quieta, así que por eso dije que sí.

Consciente de que podía salir fatal o salirme caro a mí misma, pero también de que me merecía, al menos, descubrir qué quedaba de nosotros bajo todas esas capas de orgullo y daño.

Y si me equivocaba… bueno.

Ya sobreviví una vez.

Pasé el día intentando distraerme, porque ya has visto que el ambiente estaba intenso.

Spoiler: fracaso total, porque recibí tras dos años de silencio, algunos *links* en mi WhatsApp por parte de Hugo.

**Twitter**

@MadridCotillea

*Manos.*

*Miradas.*

*Risas.*

*Y esa tensión que NO se finge. Yo ya estoy dentro.*

@EliteWatchES

*O vuelven… o van a darnos el mejor culebrón del año.*

*Cualquiera de las dos opciones me sirve.*

**Gentle Society**

*Reconexión confirmada: Ada Valverde y Hugo de la Vega sellan con un gesto íntimo lo que parece más que una simple conversación.*

**Vanguardia Social**

*Sonrisas reales, complicidad evidente y manos entrelazadas: la pareja que Madrid nunca olvidó… vuelve a ocupar titulares.*

**Cultura & Estilo Madrid**

*Arte, poder y pasado compartido: la velada que puede cambiar la narrativa de Ada Valverde y del heredero de Grupo De la Vega.*

Bufé y reenvié esos mismos links a Camille, quien no tardó en hacerme una videollamada.

—¿QUE. SIGNIFICA. ESO? —preguntó prácticamente atragantándose con cada palabra.

—Le he dicho que sí.

—¿Perdona?—Camille parpadeó como si hubiera visto un fantasma en tacones y con unas bragas roídas en la cabeza—. ¿QUÉ?

—Que sí.

—¿Sí a qué? ¿Sí a una copa? ¿Sí a una secta? ¿Sí a volver a terapia? ¿Sí a que te rellene como un bollo suizo? Porque necesito contexto para reaccionar apropiadamente.

Puse los ojos en blanco, pero se trataba de Camille y su adorable acento francés, así que…

—Sí a… Hugo.

Silencio.

Ese silencio en el que notas cómo tu amiga reorganiza mentalmente su fe en ti.

—Voy a decirlo en francés para procesarlo mejor —dijo entonces—: *puta merde.* ¿En serio me hiciste caso? No estoy segura de si el consejo que te di era coherente, llevaba varias horas pintando.

Me tapé la cara con las manos.

—No me juzgues todavía —le pedí.

—No te juzgo, te abrazo y… sí, efectivamente, luego te juzgo con cariño —hizo una mueca—. Vale, venga. Háblame y justifica tu crimen sentimental.

—Es una buena idea —argumenté sin mucho éxito.

—Mentira.

—Es una buena idea, ¡tú me lo dijiste! —insistí—. Él gana una buena imagen, que es lo que necesita, yo gano control. Se apaga el ruido y todo el mundo contento. Fin.

—Sí, clarísimo —asintió—. Muy adulto todo. Muy racional.

Muy «esto no va a terminar contigo llorando en el baño con rímel en la barbilla y los mocos chorreando por la nariz mientras yo hago pis».

—Camille…

—A ver —levantó la mano—. Yo te quiero. Mucho. Hasta cuando eliges fatal. Pero necesito preguntarte algo importante: ¿firmaste el contrato con una pluma normal o con tu corazón haciendo el tonto por dentro?

Me quedé callada y eso fue respuesta suficiente.

—Genial —sonrió, pero con cariño—. Pues ya estamos. Bienvenida al circo.

Suspiré.

—No podía decir que no.

—Sí podías.

—No quería.

—Ahí lo tienes.

Me miró como solo miran las amigas que saben dónde te duele exactamente.

—Tengo miedo —admití en voz baja.

—Normal.

—Pero no de la prensa ni nada de eso, ¿eh? O de un escándalo o algo así.

—Lo sé.

—Tengo miedo de él.

—Escúchame bien —dijo—. Él puede dar miedo, sí. Pero tú no eres la misma chica que se rompió. Ahora sabes qué hacer cuando tiembla el suelo. Sabes levantarte. Sabes marcharte si hace falta. Y, sobre todo, sabes quererte más que antes. Que es lo único realmente importante aquí.

Me mordí el labio.

—Y… cuando me agarró la mano… —tragué saliva—. Me sentí bien.

—Ajá.

—Y me cabreó sentirme bien.

—Ajá.

—Y me gustó. Mucho.

—Ajá.

—Y me dio rabia.

—Ajá.

—Y quise pegarle.

—Ajá.

—Y besarle.

—¡Lo sabía! —exclamó, sobresaltándome, me señaló con el dedo y sonrió triunfal—. Estábamos tardando.

Me recosté en el sofá.

—Pues nada, cariño. Ya tenemos trama. Tú finges, él también. El mundo mira y yo bebo. Hará falta vino. Mucho. *OUI*.

—¿Me odias?

—Te adoro —respondió—. Pero si esto sale mal, voy a ir personalmente a pegarle con un bolso. Uno caro. Para que duela más. Que en París también hay mucho lujo.

Me reí.

Y eso también fue peligroso, porque dolía menos, volvía a respirar y… mira, tía, yo qué sé, quizá la locura no era tan locura.

—Vamos a hacerlo bien, Camille.

—Claro que sí, *mon amour.* Y si sale mal, lloramos, bebemos vino y decimos que fue arte.

Más tarde colgamos y tuve la decencia de responder a Hugo.

*Gracias, ahora también soy trending topic contigo.*

*OTRA VEZ*, le escribí.

*Ha sido sin querer, ¡ni siquiera hemos dado el paso uno del plan!*, me respondió.

No pude evitar sonreír al leer eso.

*¿Paso uno?*, le pregunté.

*Tú querías un plan, ¿no?*

*Tus deseos son órdenes para mí, París,* me dijo.

*¡No me llames así!*, respondí.

Mierda, ¿qué hacía hablando con él así?

¿Y por qué… estaba disfrutándolo?

# 16
# Hugo

Hay momentos en los que sientes, literalmente, cómo algo dentro de ti se recoloca, como cuando has tenido una presión en el pecho tanto tiempo que ya la das por parte del cuerpo… y, de repente, desaparece.

Algo parecido fue escuchar que Ada estaba en mi mismo barco, como también el poder contarle la noticia a mi madre.

Que no desperdiciase la oportunidad, que menos mal, que todo se iba a arreglar, que ojalá esta vez fuera casa realmente para ella…

Todas esas frases que realmente lo que hacían era ponerme más presión encima, pero bueno, supongo que era lo que había.

Y, honestamente hablando, no tenía del todo claro que todo lo que tenía que hacer saliera perfecto, pero debía intentarlo.

Por mí.

Por la empresa.

Por cambiar la maldita reputación que me había creado yo solito.

Por arreglar las cosas y volver a esa normalidad que no sabía que echaría tanto de menos a esas alturas.

Y si conseguir todo eso me acercaba de nuevo a Ada, aunque no contase con ello, pues bienvenido era.

Debía intentarlo, debía intentarlo con todas mis fuerzas.

Ser perseverante y fuerte.

Debía intentar ser para ella lo que no había sido dos años atrás, reconstruir cada pedacito de ese corazón tan puro que acabé corrompiendo.

Tenía un plan, claro.

Y no tardaría en llevarlo a cabo.

*Me alegro de que te haya dicho que sí, tío,* me escribió Marcos como respuesta a mi mensaje contándole la noticia.

*Ada marca las condiciones. Esto no va a ser mi espectáculo. Quiero decir… no es mi vida y ella dentro. Esto es algo que vamos a hacer juntos. Y si en algún momento siento que la estoy usando… seré honesto y pararé*, respondí.

Mi amigo me envió muchos emoticonos de pulgares hacia arriba.

Y a continuación añadió: *Eso es lo primero que me has dicho que suena a adulto en los últimos meses.*

*Gracias por la hostia cariñosa,* respondí al tiempo que hacía una mueca.

Entonces decidió llamarme por teléfono y dejarnos de WhatsApp.

—¿La estrategia? —preguntó.

—Anuncio controlado —respondí—. Nada improvisado. Alguna pillada misteriosa que ellos crean que han descubierto, pero nada de rumores incompletos. Vamos a contarlo nosotros.

—Me gusta.

—Creo que puede salir bien, aunque… reconozco que tengo miedo…

—¿Miedo?

—Como alguien que quiere cuidar lo que tiene —me rasqué la nuca —, no sé cómo explicarlo.

Marcos bufó al otro lado de la línea.

—Ojalá esta vez no le hagas daño —me dijo mi amigo en un susurro.

No le contesté a eso, porque me rompería un poco y necesitaba estar entero.

—Nos vemos mañana en la reunión con los alemanes.

Y colgué.

*

Al día siguiente, me senté a la mesa de reuniones junto a Marcos; frente a nosotros los alemanes.

Trajes, sonrisas educadas y esa cordialidad que parecía amable pero, en realidad, era una pistola envuelta en terciopelo.

Hablaban, preguntaban y observaban, sobre todo, observaban todos y cada uno de mis movimientos.

Intenté mantenerme todo lo tranquilo que pude.

No exageré ni vendí humo, me limité a explicarles avances, cifras y estructuras.

Y, al final, cuando llegó el momento que todos sabíamos que iba a llegar, uno de ellos dijo:

—Necesitamos señales claras de estabilidad, señor de la Vega. Hechos.

Y no sé qué reflejó mi cara exactamente, pero me escuché responder:

—Lo sé. Las tendrán, pero no porque me lo exijan ustedes, sino porque ya es hora.

Guardaron silencio, asintieron con la cabeza y, aunque yo sabía que no confiaban del todo en mí por muchas cosas que les dijera, me dio la sensación de que ya no me miraban como si fuera un niño jugando a ser un hombre.

Era un avance.

Cuando la reunión terminó y tanto los alemanes como Marcos me dejaron solo en la sala de juntas, solo me quedaba una cosa por hacer: llamar a Ada.

Yo había querido jugar este juego, así que me tocaba apostar.

Saqué el móvil y miré su nombre en la pantalla.

Ada Valverde.

París.

Pasado.

Casa.

Explosión emocional que nunca dejé de oler del todo.

Marqué el botoncito del teléfono verde.

Ella tardó en responder justo el tiempo suficiente para que recordarme que no era mía.

Genial.

Ada 1 - Hugo 0.

—¿Sí? —respondió.

Cerré los ojos un segundo.

Joder.

Me la ponía dura solo con su voz.

—Tenemos que empezar —dije.

Sin rodeos.

Sin adornos.

—Wow —respondió ella con un suspiro algo divertido—. Gracias por el romanticismo, Hugo. Casi me desmayo.

—Es que me esfuerzo —sonreí.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó.

—Paso 1 —respondí.

—¿Y eso significa? —canturreó ella.

—Quiero que el mundo nos vea —respondí—. Pero no quiero un escándalo. Quiero algo que parezca simple. Natural. Que dé la sensación de que esto no es un plan… aunque sea un plan.

—Traducción —dijo ella—: cita.

Sonreí.

—Cena.

—¿A solas?

—A solas —confirmé—. Tú y yo. Un sitio público, elegante, controlado. Lo suficientemente íntimo como para que parezca personal, pero lo bastante visible como para que huela a «esto va en serio».

Se quedó callada, pero yo había aprendido a leer sus silencios años atrás y ese era uno en plan: «Mierda, esto es real».

—Vale —accedió—. Cena. Encárgate de la reserva, sé un caballero.

—Te recojo —dije con premura.

—No tan caballero… puedo ir sola.

—Ada —interrumpí—, es Madrid. Es farándula, es… historia. Es: Hugo va a por ella. Hugo la trata como algo valioso. Hugo respeta. Hugo no repite errores.

Suspiró.

—No te acostumbres a tener razón —respondió ella—. Mañana a las nueve en casa de mis padres.

—Creía que estabas en tu piso.

—Negativo —respondió, para mi sorpresa.

—De acuerdo. Mañana a las nueve.

Colgó y me quedé mirando mi reflejo en el cristal.

Reconozco que no pensé como CEO ni como hombre que necesita limpiar su imagen.

Uff, me cago en la puta, pensé como el cabrón que la había perdido y que a partir de ese momento iba a intentar no volver a cagarla.

# 17
# Ada

Había salido a cenar muchas veces en mi vida, obviamente.

Con amigos, con desconocidos, con hombres que intentaban impresionarme, con algún que otro gilipollas encantador… pero nunca, NUNCA, había salido a cenar fingiendo que estaba volviendo con el hombre que más daño me había hecho mientras intentaba convencerme de que nada importaba.

Y eso, claro estaba, era una pequeña diferencia, un pequeño matiz, algo así como… un pequeño infierno personal.

Cuando Hugo me llamó y pronunció ese «tenemos que empezar», yo fingí que tenía el pulso estable.

Mentira.

Mi corazón hizo el mismo ruido que hace una lavadora vieja cuando centrifuga.

Pero dije que sí, porque soy valiente o imbécil, todavía no había decidido cuál de las dos opciones pesaba más.

Quedamos en que él se encargaba de hacer la reserva en un sitio idóneo para el paso uno y en que me recogía al día siguiente a las nueve de la noche en casa de mis padres.

Pues genial.

Eeeeeh, NO.

Pero obviamente llegó el día siguiente y con él el momento de acicalarme para esa cita no cita.

Tú ya me entiendes.

Intentar «arreglarme» para Hugo de la Vega era casi una disciplina olímpica, porque a ver… no quería parecer desesperada ni despechada, ni nada de eso, pero tampoco demasiado fría o demasiado entregada.

Quería parecer… no sé, inalcanzable, una mujer que no necesitaba nada, precisamente porque ya lo había perdido todo una vez.

Acabé eligiendo un vestido Loewe, el que decía algo así como: sé exactamente quién soy, me rompiste y aquí sigo.

Labios rojos.

Piel impecable.

Perfume caro.

Me miré al espejo para comprobar que todo estaba perfecto.

—No te derrumbes —me dije—. Derrúmbalo tú a él si hace falta.

Spoiler: no sabía si iba a poder.

Justo cuando cogí el bolso y bajé las escaleras para marcharme, porque él ya debía estar fuera, Rosa apareció en el umbral de la puerta como si hubiera sido invocada por el universo del cotilleo doméstico.

Se quedó mirándome, pero mirándome bien, de arriba abajo, vaya.

Esa mirada que empieza en el pelo y acaba en los zapatos pasando por un «ay, hija mía, como se entere tu padre».

—¿Y tú…? —dijo despacio—. ¿Dónde vas tan guapa?

Yo fingí tranquilidad mientras el corazón me hacía parkour dentro del pecho.

—A cenar.

—Ajá —asintió—. ¿Y desde cuándo «a cenar» implica ese vestido y esa cara de «me van a remover el alma»?

Me reí, un poquito muerta de la vergüenza.

—Rosa…

—No, no —me cortó levantando un dedo—. Yo no pregunto por cotilla, yo pregunto porque… es que luego las tarrinas de helado gigante no me dejan sitio en el congelador, es más supervivencia que otra cosa. Continúa.

Suspiré.

—He quedado con Hugo de la Vega.

Silencio.

Rosa parpadeó una vez.

Luego otra.

Cuando me esperaba un tercer parpadeo, reaccionó.

—¿Con quién? —cuestionó como si no me hubiera escuchado.

—Con Hugo de la Vega —repetí, como si no fuera suficientemente claro el terremoto.

—Hugo de la Vega —precisó muy despacio, como si fuera un robot —. ¿El mismo Hugo de la Vega por el que decías hace nada que preferías morder el mármol antes que sentarte a cenar con él y su familia?

—Ese —respondí azorada.

Rosa se llevó la mano al pecho, fingiendo… no sé qué, porque esta mujer a veces me desesperaba.

—Ay, Señor… —murmuró—. Yo sabía que este vestido no era para una cena normal.

—No es una cena normal —admití.

—Ya —me miró de arriba abajo—. Eso lo he deducido yo antes de que abrieras la boca.

Me acerqué a ella y bajé la voz.

—Es… estratégico.

Rosa arqueó una ceja con una elegancia que ya la quisieran muchas marquesas.

—Claro que sí, cariño. Estratégico como cuando te pillé con él en el sofá hace años diciendo que estabais «viendo un documental». ¿Quién se podía creer esa patraña?

Me atraganté de aire.

—Rosa.

—Tranquila —sonrió—. No voy a juzgarte. Solo voy a observar cómo el universo vuelve a ponerse creativo contigo.

Negué con la cabeza, riéndome.

—No es lo que piensas.

—Eso dicen siempre justo antes de que lo sea.

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja con una ternura que me desarmó.

—Estás preciosa —dijo—. Y no porque vayas con él. Estás preciosa porque has vuelto a mirarte sin miedo.

Tragué saliva.

—No me gusta que me vea de un modo que no sea este.

—Normal —respondió—. Hugo siempre supo verte cuando no querías que nadie lo hiciera.

Me acerqué a la puerta.

—No le voy a besar —solté, como si necesitara decírmelo en voz alta.

—Me parece estupendo —asintió—. Pero si lo haces, tampoco pasa nada. El mundo ya está bastante loco. Y total… nos vamos a morir.

Abrí la puerta y antes de salir, Rosa añadió:

—Y Ada…

—¿Sí?

—Si esta noche te tiemblan las piernas, que sea porque caminas hacia algo… no porque te estés perdiendo a ti misma.

Sonreí.

—Prometido.

—Y otra cosa —dijo, muy seria.

—¿Qué?

—Hazme un favor.

—Dime.

—Si te rompe el corazón otra vez… —sonrió dulce— …me avises antes. Así me pongo el bolso bueno para ir a buscarlo.

Me reí.

Y eso, curiosamente, me dio valor.

Salí tras darle un beso en la mejilla y Rosa me siguió.

Allí estaba él, esperándome, como si el tiempo no hubiera pasado o como si estuviéramos a punto de meternos en algo que ninguno de los dos sabía muy bien cómo iba a terminar… pero que, joder, tenía una pinta peligrosamente bonita.

Sentí ese pequeño terremoto traidor bajo las costillas, porque había cambiado.

O quizá no.

Quizá solo estaba mejor enfocado.

Camisa blanca impecable, americana negra, perfume que conocía demasiado bien.

Y esos ojos.

Siempre esos ojos.

Me miraron como si me recordaran y yo odié y amé esa sensación a partes iguales.

Rosa lo fulminó con una advertencia maternal que disfruté mucho más de la cuenta.

Luego él me abrió la puerta del coche.

*Mierda*, pensé, porque todavía me sabía querer bien en las formas.

Y ese era el problema.

—Compórtate —ordenó Rosa.

—Sí, señora —respondió él de forma respetuosa.

Temía y deseaba comprobar de igual forma si le haría caso o me decepcionaría de nuevo.

# 18
# Hugo

Elegir ropa para una cita con Ada Valverde nunca había sido una cuestión de estética, sino de mensaje.

Quería transmitir calma, querencia, control y quizá cierto tipo de devoción que no resultara obvia, pero sí evidente.

Camisa blanca perfectamente planchada porque tenía una asistenta de la hostia, y el primer botón desabrochado, lo justo para no parecer un cura ni un rompecamas.

Americana negra de Saint Laurent de corte impecable y clásica, pero con ese algo que decía: sigo siendo peligroso, pero no una bomba nuclear.

Reloj Cartier, de elegancia que susurra en vez de gritar.

Usé mi perfume de siempre, porque aunque suene macabro, la verdad es que quería recordarle cosas, quería que su memoria no tuviera escapatoria.

Dios.

Ahora mismo recuerdo la sensación y me siento como un mierda, porque parecía un ser trastornado.

Y quizá lo estaba.

Fui a por ella a las nueve en punto, tal y como habíamos acordado.

No toqué el claxon para avisar, pero sí que me bajé del coche en cuanto la vi, porque a Ada no se la esperaba, pero sí se la recibía.

Maldita era, qué belleza.

La puerta se abrió y Rosa salió detrás de ella, mirándome como solo una mujer que te ha visto cometer errores puede mirarte.

—Compórtate —ordenó.

—Sí, señora —respondí, porque con Rosa se obedecía, no se cuestionaba nada.

Me conoce desde niño, así que supongo que, aunque no trabajara para mis padres ni me hubiera cambiado los pañales como había

hecho con Ada, le debía una mínima muestra de respeto, ella a mí siempre me ha tratado bien a pesar de lo que le hice a Ada, a quien adora por encima de todo.

Fue entonces cuando me fijé en serio en Ada.

Y, vale, sí, el mundo podía arder.

Vestido Loewe, estaba casi seguro, con un escote peligroso que parecía decir algo tipo: *no te pertenezco, pero jódete por desearlo.*

Cabello suelto, labios rojos y esa mezcla entre diosa y mujer normal que siempre fue lo más letal de Ada Valverde.

Nos miramos y Madrid dejó de existir durante medio segundo.

Sonrió un poco y la polla dentro de mi ropa interior me dio un vuelco.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondí—. Estás…

No terminé la frase, porque nunca hubo palabras suficientes para ella, así que me sonrió de vuelta ante mi estúpido silencio y subió al coche.

Acto seguido me puse al volante y, por primera vez en mucho tiempo, no quise correr, sino llegar despacio.

Porque quizá eso era madurar: dejar de querer devorar las cosas y empezar a sostenerlas.

Eso fue lo primero que pensé.

Lo segundo fue que seguía oliendo exactamente igual.

No igual de perfume —eso habría sido fácil—, sino igual de ella.

Ese olor limpio, suave, peligrosamente íntimo que no pertenece a una marca, sino a una piel que conoces demasiado bien.

Arranqué sin mirarla de inmediato.

Error estratégico número uno, porque en cuanto lo hice, la vi de reojo.

Las piernas cruzadas, vestido corto que las dejaba completamente a mi vista, y la calma aparente de que está fingiendo no estar sintiendo nada.

Y yo… yo tuve que apretar el volante, no por nervios y esas mierdas, sino por memoria.

Mi cuerpo recordó antes que mi cabeza.

Recordó otros coches, otras noches, otros cristales empañados por joder sobre la tapicería fuera de control.

Recordó su risa bajita cuando pronunciaba mi nombre sin querer que parara, mis manos aprendiendo su cuerpo como si fuera un idioma que solo hablaba yo, y cómo siempre acabábamos perdiendo el tiempo, la dignidad y el aire.

Tragué saliva.

No era el momento, ni el contexto ni el plan ni nada, ya lo sabía, pero joder… qué fácil era volver ahí.

—¿Todo bien? —preguntó, mirándome por fin.

Asentí demasiado rápido.

—Sí. Perfecto.

Mentí como un cabrón; tenerla a mi lado era como conducir con fuego en el asiento del copiloto.

No quemaba todavía, pero estaba ahí.

Me concentré en la carretera, en Madrid, en las luces y en cualquier cosa que no fuera la forma en la que su muslo rozaba apenas el asiento cuando se movía.

—Estás muy callado —dijo.

Sonreí sin mirarla.

—Estoy intentando portarme bien.

Ella soltó una risa corta.

—Eso nunca se te dio especialmente bien conmigo.

Ahí me miró y yo también la miré a ella.

Y fue un segundo, solo uno, lo juro, pero me sobró tiempo para entender que no era el deseo lo que más me desarmaba, era lo fácil que seguía siendo estar con ella.

Aparté la vista y respiré hondo.

—Hemos quedado para cenar —dije para hacerme el chulo—. No para incendiar recuerdos.

—Qué pena —respondió, muy tranquila—. Se te daba mejor lo segundo.

Sonreí.

Porque sí, porque tenía razón y, aunque esa noche fuera una estrategia y un movimiento calculado, mi cuerpo ya sabía la verdad:

Ada Valverde seguía siendo el único lugar en el que siempre me había costado frenar.

# 19
# Ada

Saddle era ese tipo de lugar en el que nadie levantaba la voz, donde el lujo no necesitaba presentarse y donde las conversaciones parecían más importantes que las apariencias.

Hugo había elegido bien: era un sitio para hablar sin ser escuchados… y para sentir sin tener que explicarse.

Era curioso lo rápido que Madrid podía volver a tragarte si le dabas permiso.

Y yo, oficialmente, se lo había dado.

Durante un segundo, antes de que nadie más nos viera, antes de que Madrid recordara que podía opinar, fuimos solo nosotros dos mirándonos como si volvieran las coordenadas a su sitio.

Me dieron ganas de mandarlo a la mierda.

Y de abrazarlo también, lo cual era un poco molesto.

Habíamos entrado en terreno peligroso, podía notar la adrenalina correr por mis venas.

Me ofreció el brazo.

—¿Lista?

—Nunca.

Pero avanzó y entonces el mundo comenzó a mirarnos.

Había música elegante cuando entramos al restaurante, risas suaves, cristal, trajes, joyas que costaban más que el alquiler de tres pisos pequeños.

Y, entre todo eso… él.

Conocíamos a algunas personas que, maldita sea, estaban también cenando, y nos sonrieron como si la vida les fuera en ello, incluso cuchichearon entre ellos.

Mentira.

Todo mentira.

No estaban siendo amables cuando Hugo los saludó con una educación impoluta.

Yo sonreí sin abrir demasiado la herida.

En mitad de una conversación con una heredera que hablaba más de su perro que de su vida, me incliné un poco hacia él.

—Odio esto —susurró.

—Lo sé —respondió sin mirarme—. Yo también a veces.

—Pareces disfrutarlo.

—No es tan divertido si te das cuenta de que son decorados.

—¿Y qué somos nosotros? —pregunté.

Hugo se giró despacio y clavó la mirada en la mía.

No respondió, quizá él tampoco sabía lo que éramos, y nos sentamos en la mesa asignada tras él, ubicada en un lugar discreto con flores frescas.

Me apartó la silla para que me sentara y entonces empezó la verdadera cita.

Frente a frente, sin prisas, sin urgencias, como dos personas que fingían no conocerse el cuerpo de memoria.

—Así que… —dije para romper el hielo, porque lo cierto es que estaba un poco nerviosa, pero eso no se lo diría a él, claro—. Aquí estamos.

—Aquí estamos —respondió.

Yo le sostuve la mirada y él sonrió con esa forma tan suya de decirme: te conozco demasiado como para creerte, pero estoy aquí igual.

—Es raro —admití.

—Lo es.

—Y peligroso —añadí.

—También.

—Es una mala idea —dije llevándome una mano a la boca para ocultar una sonrisa, luego fingí que doblaba la servilleta.

—Posiblemente.

—Y, aun así, estamos haciéndolo —añadí mientras observaba cómo el jefe de sala se aproximaba a nosotros.

Hugo se inclinó un poco hacia mí para decir:

—Porque las malas ideas siempre fueron lo nuestro.

Me reí en el momento exacto en el que el jefe de sala llegó a nuestra mesa.

*Dios, estamos perdidos*, pensé.

—¡Hugo de la Vega! —exclamó el hombre—. ¡Cuánto tiempo sin verlo por aquí!

—Así es —soltó una sonrisa que me carbonizó las bragas.

—Señorita Valverde —me saludó con una inclinación de cabeza.

Le dediqué una sonrisa de vuelta, teniendo la certeza de cuál sería la procedencia de la noticia que alimentaría los titulares.

Vamos, ya te lo digo yo.

—¿Qué van a tomar? —preguntó.

Fue Hugo quien se encargó de la comanda y, gracias al cielo, ese señor no tardó en desaparecer de mi vista, aunque lo cierto es que no sabía si prefería la intimidad con Hugo o no.

Lo primero que nos trajeron fue agua en botella de cristal y champán.

—¿Quieres emborracharme? —le pregunté.

—Tranquila —Hugo hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia—. No vamos a emborracharnos —dijo, casi como una aclaración—. Prefiero acordarme de lo que digamos.

—Muy responsable, luego tienes que llevarme a casa —respondí.

—Contigo siempre lo intento.

*Touché.*

En lo que llegaba lo siguiente, hablamos como dos desconocidos que se conocían demasiado e hicimos un par de chistes velados, gracias al champán.

Las ostras llegaron primero.

Una para cada uno.

Yo arqueé una ceja, divertida.

—Empiezas fuerte —dije.

—Siempre fuiste de sabores intensos —respondió, sin sonreír del todo.

Fue absurdo pensar que algo tan pequeño pudiera tener tanta carga simbólica, pero la tuvo.

Las probé despacio, consciente de que Hugo me observaba sin disimular demasiado, como si necesitara confirmar que seguía

disfrutando de las mismas cosas.

Nos dijimos un par de verdades disfrazadas en lo que llegó el tartar de gamba roja.

Ligero, cítrico y perfecto para compartir aunque ninguno de los dos lo dijera en voz alta.

Hugo pidió un blanco francés, limpio y sin aspavientos.

Nada gritaba lujo, pero todo lo era.

Eso también me removió, pues gracias a él nos dimos caricias invisibles sin apenas tocarnos.

Manos cerca, rodillas casi rozándose bajo la mesa y sus ojos brillando como siempre que estaba a punto de sentir más de lo que quería admitir.

Mi vértice palpitando de placer, muy a mi pesar.

El muy cabronazo, qué bueno estaba.

Cuando llegaron los platos principales, yo pedí lenguado.

Clásico.

Seguro.

Él pidió solomillo.

Predecible en el mejor sentido.

Nos miramos cuando el camarero se fue, como si ambos supiéramos que aquella elección decía más de nosotros de lo que nos gustaría admitir.

—Sigues sin arriesgarte —le dije.

—Contigo nunca fue buena idea improvisar —contestó sirviéndose un vaso de agua.

Después hablamos de cosas aparentemente inofensivas.

París.

Trabajo.

Madrid.

Pero todo lo importante estaba ocurriendo en lo que no decíamos.

En cómo me miraba cuando yo hablaba o en cómo bajaba la voz cuando algo le importaba de verdad.

Y… ¿podemos hablar tú y yo de cómo el traidor de mi cuerpo se relajaba sin pedir permiso?

Cuando llegó el momento del postre dije que no quería nada.

No obstante, Hugo pidió dos cucharas y un milhojas de vainilla que compartimos.

Sin preguntarme ni nada de nada.

Puto, puto, puto.

Ese gesto fue peor que cualquier beso, ese postre lo pedíamos en los hoteles al servicio de habitaciones al acabar de hacer el amor.

Traidor.

Había intimidades que no necesitaban piel para ser devastadoras.

—Sigues teniendo razón con los postres —dije.

—Siempre la tuviste tú —respondió—. Yo solo aprendí a escucharte tarde.

Café para él.

Infusión para mí.

La noche no pedía azúcar.

Cuando nos levantamos para marcharnos, intentando prepararnos mentalmente, porque seguramente ya habría un paparazzi fuera, tuve la sensación absurda de que algo se había recolocado.

No arreglado ni resuelto, pero sí… alineado.

Salimos a la calle tras pagar la cuenta y Madrid seguía ahí, indiferente y preciosa, obvio.

Pensé que aquella cena no había sido una estrategia, sino un recordatorio tanto de lo que fuimos como de lo que no podíamos ser, y también de lo peligroso que era fingir que no me importaba.

JAJAJAJA.

Me sentía un poco patética.

Y mientras caminaba a su lado, reconocí que esa noche no habíamos cenado para convencernos de nada, sino para comprobar si todavía dolía.

Y sí.

Dolía.

Bien por nosotros, tremendos masoquistas.

# 20
# Hugo

En algún punto de esa cena, el mundo dejó de ser prensa, inversores, reputación y volvió a ser simplemente Ada, todo lo que fuimos, todo lo que todavía éramos aunque no quisiéramos decirlo y yo.

Y sí.

Hubo tensión, deseo y ese momento inevitable en el que nuestras miradas se bajaron a los labios del otro.

Incluso hubo un segundo en el que el universo pareció estar dispuesto a romperse para permitirnos caer otra vez.

No lo hicimos, joder.

No todavía, pero nos quedamos peligrosamente cerca, al menos eso pensó mi mente calenturienta cada vez que evitaba el impulso de asomarme bajo la mesa y observar de qué color podía llevar las bragas, como aquella vez que fue ella quien se ocultó bajo la madera porque la mesa tenía faldones y me la chupó hasta que me corrí.

Menudos piezas, colega.

Cuánto nos deseábamos, cómo de rico era besarnos y hacer un gurruño con su pelo en mi mano cada vez que se la metía desde atrás.

Y cuando salimos del restaurante, yo supe que no estábamos simplemente fingiendo una relación, estábamos metiéndonos, otra vez, en la única historia capaz de salvarnos.

O de terminar de destrozarnos del todo.

¿Qué sabía nadie?

Y, lo peor… era que me daba igual, porque esa noche, al verla caminar delante mí, dirigiéndose hacia la puerta, pensé algo que jamás admitiría en voz alta: si aquello era una mala idea… quería cometerla hasta el final.

—¿Crees que ha sido demasiado? —pregunté antes de salir al exterior.

—No todavía —respondió ella—. Dame diez minutos y tal vez entre en combustión espontánea.

Sonreí.

—Lo estás haciendo increíble.

—Lo estoy haciendo funcional.

—Eres… valiente.

Le lancé una mirada rápida.

—No me conviertas en heroína. Solo estoy cumpliendo un trato.

—No te convierto en nada —respondí asiendo el pomo de la puerta para salir—. Solo estoy mirando.

Y exactamente cuando la conversación amenazaba con volverse demasiado peligrosa emocionalmente… sucedió.

Un destello.

No.

Tres.

No.

Diez.

—Hugo… —susurró ella.

—Lo sé.

Giros rápidos de cámara.

Movimiento.

Un zoom visual invisible que apretaba el pecho.

Desde la calle, el edificio de al lado y el maldito cielo, si pudieran.

FLASH.

FLASH.

FLASH.

Los paparazzi.

Los putos paparazzi.

Madrid nunca decepcionaba.

Se empezaron a oír voces por todos lados.

—¡Hugo!

—¡Ada!

—¿Estáis juntos?

—¿Confirmáis reconciliación?

El mundo empezó a acelerar y mi corazón también.

Cogí a Ada de la mano y nos escabullimos de allí lo más rápido posible.

El plan estaba funcionando.

# 21
# Ada

Dormir fue una habilidad sobrevalorada aquella noche, al menos yo no la tuve.

No volví a casa demasiado tarde, nos pillaron los buitres rosas y ahora sabía que debía hacer todo lo posible por mentalizarme de que al día siguiente habría titulares que seguramente tendríamos que digerir.

Mis padres me miraron con esa sonrisa diplomática que mezclaba orgullo, curiosidad y miedo a preguntar demasiado pronto.

Pero tenía la sensación de que si en ese mismo momento les contaba que me iba al fin del mundo con Hugo, ellos nos regalaban los billetes de avión.

Lo amaban.

A pesar de lo que me hizo, lo amaban.

Todo el mundo amaba a Hugo de la Vega.

PIIIIII ERROR.

CUA, CUA, CUA.

No todo el mundo amaba a Hugo de la Vega, los inversores habían dado un pequeño aviso y por eso estaba sucediendo todo aquello.

Claro.

Es que si no, no hay historia, ¿verdad?

Rosa me siguió por el pasillo como si fuera un duendecillo con un cuerpo demasiado grande para unas piernas tan cortitas.

—¿Qué tal? —preguntó acercándose a mí para olfatearme.

—¿Qué haces, Rosa? —le pregunté sin poder evitar esbozar una sonrisa.

—Hueles un poco a alcohol. ¿Ha querido emborracharte? ¡Cuidado, que el señorito Hugo es un truhán!

—También un señor, y ama la vida y ama el amor, no te fastidia… —rezongué mientras llegaba a la puerta de mi habitación.

—Ya veo que ha funcionado ponerte Julio Iglesias de pequeña. ¡Oh! —exclamó levantando los brazos y moviendo las manos al mismo tiempo que la cabeza—. Qué fantasía.

Rodé los ojos hacia arriba y entré en mi habitación.

—Bueno, ¿entonces qué? —insistió.

—Bien —respondí de forma escueta, lo que sabía que, seguramente, iba a sacar a Rosa de sus casillas.

—¿Bien? ¿Solo bien? ¡No puede ser! ¡No me lo creo, nena!

—Pues te estoy diciendo la verdad —dije encogiéndome de hombros.

—Y una caca de pato —se indignó poniéndose en jarras.

—¿Acaso no confías en mí? —Enarqué las cejas.

—Lo hago, pero… ains, me cuesta, me cuesta… ¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Nada, Rosa. Solo hemos cenado juntos como dos personas educadas y civilizadas.

Ella me miró como si le estuviera diciendo cualquier locura.

—Madre mía… qué poca libido, hija… si yo me pongo en el Tinder y se me ponen los pezones como dos…

Cerré los ojos con fuerza y le hice un gesto con la mano para que no continuara hablando.

—¡Rosa, por Dios!

—¡Ale, me voy! ¡No se puede hablar de nada contigo! —exclamó marchándose hacia la puerta.

—Pero Rosa, no te enfades… —le pedí evitando reírme por todos los medios.

Esta mujer…

—¡Nada, nada!

Y se marchó.

Me quité los zapatos y me apoyé en la pared.

Cerré los ojos y pensé que había sido demasiado fácil.

Y me imaginé a Rosa contestándome algo tipo: con el amor pasa eso: cuando vuelve… siempre recuerda el camino.

No quise llorar, lo juro, así que me dejé caer en la cama sin desmaquillar ni nada, a sabiendas de que es un delito, y me quedé

mirando al techo, esforzándome por pensar en otra cosa, como en mi exposición, por ejemplo, para la que todavía no tenía local.

JEJE.

Y luego el desastre era Hugo de la Vega…

¡Dios!

Otra vez vino a mi cabeza.

Lo odiaba y lo quería al mismo tiempo; al igual que lo necesitaba lejos de mí, de mi cuerpo, de mi vida… pero también lo quería cerca, porque me gustaba su compañía, su cercanía, su olor, esa barba de dos días, el blanco de sus dientes…

Era agotador.

Cogí el móvil y comprobé que Camille me había mandado quince audios, pero la verdad es que no estaba demasiado preparada para tener una conversación acerca de que Hugo y yo habíamos estado a solas en uno de los mejores restaurantes de Madrid y habíamos experimentado de nuevo una intimidad tan extraña como nuestra al compartir un milhojas de vainilla.

Lo sentía, pero no, no estaba preparada, preferí guardarme en ese momento todas esas sensaciones para mí sola.

Así que le respondí un: *Estoy bien.*

Una mentira a medias, porque sí… estaba bien, pero también estaba en peligro, ya que esa noche había vuelto a sentir cosas que juraba haber enterrado en París.

Había sonreído de verdad, me había reído de verdad y había estado cómoda a pesar de esos aleteos nerviosos en el estómago.

Y eso, en nuestra historia, nunca había sido seguro.

Qué panorama, ¿verdad?

Cerré los ojos y me hice la promesa más estúpida del mundo.

No iba a caer.

Ok, mañana.

Evidentemente en cuanto lo pensé, supe que ya no estaba en condiciones de poder cumplirlo.

# 22
# Hugo

**Gentle Society**
REENCUENTRO DE ORO EN MADRID
*Hugo de la Vega y Ada Valverde cenan a solas en uno de los restaurantes más íntimos de la ciudad.*
*Miradas, calma… y una complicidad que no ha pasado desapercibida.*

**Vanity Fair España — Online**
NO ERA UN MITO
*La pareja más intensa del entorno de lujo madrileño reaparece junta en una velada elegante, madura y sorprendentemente serena.*
*¿Segunda oportunidad?*

**Lecturas**
HUGO Y ADA: LA CENA QUE HA DESATADO EL TERREMOTO
*Testigos aseguran que «no paraban de sonreírse». Ella, radiante. Él, atento. Madrid vibra… y se pregunta: ¿qué está pasando?*

Twitter

**@DramaDeLujo**
Si esto es teatro, que les den el Goya YA. Si es amor… lloro.

**@MadridCotillea**
No sé qué han cenado, pero había tensión hasta en las servilletas.

**@EliteWatchES**
Esa chica no sonríe así por marketing. Lo siento pero YO CREO.

**@VenenoReal**
He visto fotos borrosas y ya estoy emocionalmente implicado. O vuelven… o me voy yo a París a buscarles terapia.

Todo el mundo tenía una opinión sobre mi vida.
Era impresionante.
En menos de veinticuatro horas, había pasado de ser «el heredero inestable que se iba a cargar su propia empresa» a «el hombre que

ha recuperado el amor épico del siglo».

No sabía qué daba más risa.

Mentira.

Sí lo sabía.

Ninguna de las versiones era verdad completamente.

Y, por primera vez, me molestaba que el mundo se permitiera jugar con la historia de alguien que estaba intentando cuidar bien.

Estaba sentado en la mesa de juntas cuando revisé de nuevo los titulares, rodeado de mis consejeros y mi madre, obvio, Isabel no se perdía una.

Faltaba Marcos, que no tardaría en llegar.

Pantallas, dossier y prensa proyectada como si fueran informes de guerra.

Y, en el centro, las fotos.

Ada Valverde y Hugo de la Vega.

Yo a su lado y ella erguida, fuerte y preciosa.

Los flashes, el gesto… todo con lo que la gente quería hacer poesía barata.

—Esto es magnífico, joder —le dije a mi madre, quien estaba sentada frente a mí con una taza de café de Indonesia entre sus manos de manicura roja.

—Esta imagen —añadió ella— ha silenciado la mitad de las dudas. ¿Hay noticias de los alemanes?

Asentí con la cabeza.

—Han llamado hace un par de horas y quieren «continuar avanzando con confianza» —entrecomillé con los dedos en el aire la última frase.

Bien.

Me alegraba, cojones, claro que sí, pero no era mi victoria y todo eso tenía un precio.

—No olvidemos —añadió mi madre tranquilamente— que esto tiene un coste humano. Ada no es una campaña, es una persona.

Me quedé en silencio porque estaba de acuerdo, aunque me sorprendió que Isabel sacara a relucir que tenía un corazón que no era de piedra.

—Lo siguiente —dijo mi madre— es consolidar narrativa. Y para eso… necesitamos más, mucho más.

Lo dijo así, sin más, como si fuera una variable o un paso de esquema, como si no hubiera caído en la cuenta de que había mucho más en juego que mi empresa: mi corazón y, por supuesto, el de Ada.

—Lo tengo todo controlado —le dije.

—¿De verdad? —preguntó mi madre de una forma muy desagradable—. Déjame dudarlo.

—Deberías confiar más en mí —espeté un poco ofendido.

—Sorpréndeme —exigió.

—Una gala benéfica, un evento, una subasta cultural… qué cojones sé. Lo que sea, pero algo público. Juntos. Ada y yo.

Mi madre me mostró una sonrisa maliciosa y le dije que debía marcharme, a ver si tenía la decencia de levantarse y salir de MI despacho.

Así fue, así que le di un beso en la mejilla y salí al exterior. Sentía un sofoco horrible, como si fuera a ahogarme en cualquier momento.

Llamé a Marcos por teléfono, no debía estar demasiado lejos.

—Aparcando —me respondió a través del manos libres.

—Ahora nos vemos —respondí yo antes de colgar.

Madrid seguía funcionando con el mismo descaro de siempre, y agradecí no tener ningún buitre de prensa rosa esperándome en la puerta del edificio con la cámara lista para disparar.

Hice un poco de tiempo mirando mi móvil mientras lo esperaba y entonces… una mano palmeó mi espalda, provocándome un espasmo que por poco termina en infarto.

—Oh, joder… ¡qué susto, tío! —exclamé cuando me giré para ver quién era, aunque no miento si digo que ya estaba listo para soltar la primera en la tocha.

—He visto los titulares —dijo Marcos—. Enhorabuena. Sois oficialmente religión.

—No hay nada de «enhorabuena» todavía.

—No te hagas el serio ahora, que siempre te pedí esto —añadió—. Que te implicaras de verdad.

—Lo estoy haciendo.

—Lo sé —respondió, mirándome fijamente—. Tu madre estará contenta, ¿cómo estás tú?

Me reí.

Poco, pero lo hice.

—Estoy… intentando no cagarla.

—Buen objetivo vital —asintió con la cabeza y luego se inclinó hacia mí—. ¿Y ella?

Ahí no me hice el fuerte porque… no, joder, no podía.

—Expuesta —respondí—. Vulnerable. Valiente. Mucho más valiente que yo, a decir verdad. Se ha metido en esto sabiendo que la iban a mirar, diseccionar, evaluar, juzgar… y aun así ha entrado con la cabeza alta. A veces tengo miedo de no estar a su altura.

Marcos sonrió.

—Ese miedo es señal de que sí lo estás. ¿Próximo paso? —añadió.

—Aparición pública.

# 23
# Hugo

Cuando tienes que construir una narrativa perfecta, no basta con aparecer. Hay que elegir el escenario adecuado, y yo no quería ruido vulgar ni destellos baratos, mucho menos fiesta salvaje, Dios me librara, tenía que limpiar y borrar aquel altercado como fuera.

Buscaba elegancia, respeto… esa clase de imagen que no admite discusión al pensamiento de «esto es serio».

Así que era evidente: La Gala del Museo Thyssen.

Aunque me costó unos pocos días encontrar algo que encajara con todo lo que quería y que fuera perfecto.

La Gala del Museo Thyssen se trataba de un evento anual de arte y prestigio a la que acudían patrocinadores internacionales y gente que decide cosas mientras finge que solo bebe champán.

Luego, Ada y yo entrando cogidos del brazo.

Era perfecto, en serio.

Marcos fue el primero en saberlo.

—Lo tengo —le dije cuando entré en su despacho.

—Dios nos ampare —respondió—. A ver.

—Thyssen. Gala anual. Escaparate perfecto. Rodeados de gente que importa, cámaras suficientes, nivel justo de glamour. Ni discotecas ni nada de esas mierdas. Es… estabilidad.

Marcos se reclinó en la silla y sonrió.

—Te odio cuando eres brillante.

—Yo también —respondí.

Luego llamé a mi madre por teléfono, aunque reconozco que lo hice con dolor de estómago; nada de lo que hacía era suficiente para mi madre nunca.

No obstante, solamente me bastó una frase para que volviese a respirar:

—Bien jugado.

Eso, viniendo de Isabel Ladrón de Guevara, era básicamente un «estoy orgullosa de ti».

Un par de días más tarde tenía la invitación confirmada, la mesa confirmada y la presencia estratégica confirmada.

Todo estaba listo, sin embargo, solo faltaba una cosa:

ELLA.

Y ahí ya no había estrategia que me protegiera, porque llevar a Ada a esa gala no era solo una jugada impecable para mi negocio, sino un acto simbólico.

Era demostrarle a Madrid que no la había perdido del todo y decirle a ella que no pensaba esconderla nunca más.

Maldita sea, la idea de volver a verla me hacía ser más peligroso que cualquier titular, porque solo yo sabía lo mucho que la había extrañado desde nuestra cita ficticia.

# 24
# Ada

Seguía sin local para mi exposición, había visto un par más durante aquellos días, pero no me convencían.

No obstante, había llegado el momento de continuar hacia el paso número dos, y Hugo, cómo no, ya lo tenía todo planeado, así que quedamos en el lugar más improbable del mundo: una cafetería minúscula al lado de un lavado de coches, en una zona de Madrid donde nadie con apellidos compuestos se atrevería a entrar sin Google Maps y una bendición papal.

Aquello se había convertido en algo peor que estar en busca y captura.

¡Había cámaras acechándonos de forma continua!

Pero aquel lugar era perfecto y justo lo que necesitábamos, porque tenía cero glamour y cero unidades de prensa, solo olor a café quemado, churros tristes y grasientos y un camarero que seguramente nos conocía, y parecía juzgarnos con la mirada simplemente por el mero hecho de existir.

¿Sabes a lo que me refiero?

Hugo ya estaba sentado cuando llegué, en una mesa de mármol falso que cojeaba cada vez que se movía.

Dios, era horrible.

La mesa, no Hugo.

Maldita sea, a estas alturas todos sabemos que Hugo era muchas cosas, entre ellas irresistible.

Ese día, por cierto, llevaba vaqueros, sudadera y una gorra.

Todo de marca, claramente, pero… ¿gorra?

Ay, señor.

Siempre odié las gorras.

Ya está, ya lo he dicho.

Señaladme con el dedo, si os place.

Me reí por dentro cuando lo vi, pero la realidad es que Hugo de la Vega siempre parecía el protagonista de un anuncio de Dior o algo así, incluso en un sitio donde la leche sabía un poco a nevera.

—Pensé que te habías perdido —dijo cuando me senté frente a él.

Uff, la silla era bastante incómoda.

—Pensé que esto era una cámara oculta —le respondí—. ¿Desde cuándo vienes a cafés donde los dedos se te quedan pegados al servilletero?

Sonrió, ladeando la cabeza, como si le hiciera gracia que yo estuviera incómoda.

Maldito idiota.

—Precisamente desde que no quiero que nadie nos vea —me dijo, y tenía razón.

El camarero vino a tomarnos nota.

—Dos cafés con leche —se adelantó Hugo antes de que yo abriera la boca.

—Yo quería un…

—No quieres un té ahora mismo —me interrumpió—. Llevo quince años viéndote pedir café cuando estás nerviosa. Bueno, no sé si en París… No importa, los dos cafés, por favor.

El camarero se fue y yo puse los ojos en blanco y me crucé de brazos, fingiendo que no me afectaba.

—Bueno —dije—, ¿cuál es el paso dos de tu gran plan maestro? ¿Casarnos por Zoom? ¿Hacer un TikTok? ¿Firmar contratos de sangre?

Sonreí.

—Muy graciosa —respondió él, dejando el móvil boca abajo en la mesa—. Una aparición pública en… una gala, de repente.

Alcé una de mis cejas.

—¿Qué gala? —pregunté, aunque lo cierto es que tenía una ligera idea.

—La gala del Thyssen —contestó, directo—. La que concentra a todo el puto círculo cultural y empresarial que quiero recuperar. La que patrocina Grupo De la Vega. Y la que tú no deberías perderte porque habría muchos patrocinadores que, lo más seguro, estén

muy interesados en tu exposición. Elegí esto también pensando en ti, yo siempre cumplo mis promesas.

Sonreí de forma amarga.

—Eso no es verdad —le espeté—. Cumples solamente las que te interesan, y lo sabes.

Hizo una mueca, porque le acababa de dar un golpe bajo y yo resoplé.

El camarero dejó los cafés sobre la mesa, pero yo el mío no lo toqué.

No, me negaba.

Él no respondió, aunque se quedó un poco chafado con mi respuesta, pero continué hablando:

—Hugo, lo nuestro es un pacto, no un circo. No vamos a plantarnos en una alfombra roja de la mano como si fuéramos… no sé, la pareja perfecta del *Vanitatis*.

—Pues eso exactamente es lo que necesitamos —dijo él—. Una aparición pública impecable, elegante, estratégica. No una cena ni un titular robado. Algo grande.

Me quedé mirándolo.

Estaba convencido.

No, estaba convencidísimo.

—Algo grande sería que me pidieras matrimonio el día más importante de mi vida.

Sonrió, el cabrón.

—Todo se andará, nena.

Rodé los ojos hacia arriba y chasqueé la lengua contra el paladar.

—¿Y si no quiero ir? —pregunté en voz baja.

Él no contestó al instante, lo que hizo fue inclinarse hacia delante, apoyar los antebrazos sobre la mesa y mirarme como si todavía recordara exactamente cómo se desmontaba mi coraza.

Me recordó a cuando éramos bastante más jóvenes y quería convencerme de cualquier cosa loca.

—Ada… si quieres que esto te beneficie de verdad, la gala es clave. No te estoy pidiendo que sonrías como una idiota. Te pido que vengas conmigo, que caminemos juntos por una puta alfombra roja y que Madrid crea lo que queremos que crea.

—¿Y qué es lo que queremos que crean? —pregunté, aunque también lo sabía, ¿de no saberlo qué mierda estaba haciendo?

Él tragó saliva muy despacio y a mí se me fueron los ojos al movimiento que hizo su nuez de Adán al subir y bajar en su garganta.

Tragué saliva yo.

Dios mío, qué calor…

—Que estamos juntos —dijo— y que estamos bien. Debemos transmitir paz.

La palabra «paz» me pinchó, porque nosotros nunca habíamos sido paz, pero sí huracán, incendio y, por último, cuando me destrozó el alma, explosión.

—No sé si puedo fingir eso —susurré.

Hugo sonrió, pero no de forma arrogante, fue una sonrisita pequeña, casi dolida.

—No te estoy pidiendo que finjas —dijo—. Solo que no huyas.

Me mordí el labio y fingí mirar la calle por aquel sucio ventanal, aunque en realidad estaba huyendo de sus ojos.

—Tendrás el posicionamiento que te prometí —continuó sin pestañear—. Contactos. Prensa buena. El tipo exacto de atención que tu exposición necesita. Y un relato limpio detrás de tu nombre. No «Ada Valverde, la ex rota que volvió». Sino «Ada Valverde, la artista que regresa fuerte al centro de todo».

Bufé.

Ahí estaba la verdad.

Cruda, estratégica y seductora a su puta manera.

Estúpido Hugo.

Le di un sorbo al café y no me gustó nada, pero tampoco hice ningún comentario al respecto.

—¿Y si la gente se da cuenta? —pregunté al fin, porque, ¿y si todo esto comenzaba a venirnos grande?

Él se encogió de hombros.

—La gente no quiere la verdad. Quiere una historia que le haga sentir que entiende algo de tu vida. Vamos a dársela y vamos a hacer que juegue a nuestro favor.

Suspiré.

Miré mi vaso, sus manos sobre la mesa y el sitio cutre donde estábamos escondiéndonos de Madrid entera.

—¿Qué me pongo? —pregunté de golpe.

Él levantó la vista y sus ojos hicieron ese mínimo destello que conocía demasiado bien.

Estaba contento porque, de algún modo, había ganado esa partida.

Y la anterior también, porque… menudos titulares.

—Algo que no sea discreto —dijo—. Algo que haga que todo el mundo recuerde por qué te miraban incluso cuando no querías. Estoy seguro de que sabrás acertar, siempre lo haces.

Y entonces lo entendí: no se trataba ni de la gala ni de la prensa, ni siquiera de su maldita empresa.

Era él intentando reconstruir algo que jamás admitiría en voz alta: todavía le importaba que yo brillara.

Y eso, precisamente eso, fue lo más peligroso.

—Vale —dije al fin—. Iré contigo.

Hugo no sonrió mucho, solo lo suficiente como para que me ardieran las manos.

—Perfecto —dijo—. Paso dos completado.

# 25
# Ada

Nunca había visto la palabra *confirmada* dar tanto miedo.

Porque la vi ahí, en el *email* del museo que me reenvió Hugo, en las miradas nerviosas de mis padres cuando les conté que acudiría a la gala acompañada de Hugo y en el brillo satisfecho —y ligeramente diabólico— de Rosa.

Gala del Museo Thyssen.

Hugo.

Yo.

Del brazo.

En público.

El mundo mirando.

¡Qué guay!

Y también qué terror.

Lo peor fue decírselo a Camille.

—¿QUÉ? —gritó por videollamada, dramatizando en tres idiomas a la vez: español, francés e indignado—. ¿UNA GALA? ¿DE LAS DE ALTA SOCIEDAD? ¿CON TU EXNOVIO FINGIENDO SER TU NOVIO? Ada, esto no es un pacto. ¡Madre mía!

—Sí —respondí, apretando los labios.

—Es que te odio. O sea, te amo. Pero te odio. Escúchame: tienes que ir como si fueras una aparición divina caída del cielo. Una epifanía. La reencarnación del poder femenino con trauma superado. ¿Me estás entendiendo? Ah, y aprieta el culo, nada de pedos en esos sitios, ¿no?

—Camille… —puse los ojos en blanco.

—NO TE ESCUCHO, ESTOY INSPIRADA.

Caminé por la habitación mientras ella seguía parloteando cual cacatúa, y pensé al tiempo que ojalá yo hablase francés con la misma fluidez que ella hablaba español.

—¡Hazlo temblar! Y haz temblar al museo también.

Aquello me hizo sonreír, porque en el fondo —muy en el fondo— la idea me apetecía.

Llegó la estilista y me tocaba colgar.

—Tengo que dejarte, acaba de llegar la estilista.

—Uy, la estilista, es que no veas el…

—Adiós, te quiero, te quiero, te…

—Ni se te ocurra colgarme, ¿eh, tía? Ni se te ocu…

—*Ciao, ciao.*

Uff, respiré hondo.

La amaba, lo juro, pero su intensidad en ese momento me estaba crispando los nervios.

Eran las cuatro de la tarde y Clara, una maquilladora de renombre, de esas que están siempre en backstage de editoriales de *Vogue* y desfiles de Parçis Fashion Week debía hacer magia.

Llevaba el pelo rosa pastel, el *eyeliner* perfecto y se podía notar a distancia la firmeza de sus manos.

—Vale, cariño —dijo al entrar—, ¿qué te apetece hoy? ¿Elegancia, venganza o seducción?

—Un poco de todo —respondí sonriendo.

—Me encanta, vamos a empezar.

Rosa se cruzó de brazos, orgullosa como si hubiera parido el momento.

Mientras Clara montaba su altar de maquillaje, me hizo las preguntas pertinentes para acertar con la paleta de colores.

—¿Vestido? —preguntó.

—Bottega Veneta —respondí, sacándolo del protector—. Satén color vino, caída limpia. Espalda baja.

Clara jadeó como si acabara de ver a Dios.

—Ese vestido es un arma. ¿Quién te crees? ¿Mónaco personificado? —apuntó Rosa.

—Quiero fuerza —dije, en voz más baja—. Quiero no esconderme.

El vestido era…

BRUTAL.

Satinado, vino oscuro casi negro en ciertos ángulos, con un brillo suave que no competía con nada y lo ganaba todo.

La espalda baja llegaba hasta casi el final de la columna y la falda caía como un suspiro caro.

Era elegante sin pedir permiso, sin gritar, sin parecer que quería impresionar a nadie.

Era… yo, la YO que me había costado dos años construir.

—¿Peinado? —preguntó Clara.

—Un recogido bajo, la peluquera vendrá en un rato.

Asintió con la cabeza y empezó el maquillaje.

—Te voy a poner piel jugosa —dijo—. *Glow* sin parecer sudor. Ojos rasgados, *eyeliner* no muy marcado, marrones cálidos. Boca en *nude* caramelo. Frío y cálido al mismo tiempo. «Soy peligrosa pero educada». ¿Te va bien?

—Perfecto.

Fui cerrando los ojos mientras sentía las brochas bailar en mi piel.

Rosa observaba como una guardiana de templos.

—Niña —dijo de pronto—, te vas a llevar un rosario en el bolso por si acaso.

—¿Para qué? —pregunté sorprendida.

—Por si acaso —repitió.

Me reí, porque no tenía remedio.

Pasado un rato no demasiado largo, porque Clara tenía manos rápidas y precisas, mi maquillaje se veía increíble y me despedí de ella tras pagarle para recibir a Mariana, la peluquera, otra artista del estilismo.

Me hizo un recogido bajo con mechones sueltos a los lados.

Quedó elegante, relajado y aparentemente fácil… el tipo de peinado que lleva una hora y media de trabajo y tres espráis distintos de fijación.

Cuando Mariana se marchó tras decirme lo guapa que estaba unas cuantas veces, me centré en elegir los complementos.

Esa era mi parte favorita de elegir el atuendo de un evento importante.

Algo extraño me recorrió por dentro, porque en París no hacía nada de todo aquello y fue como un *déjà vu* que no me resultó del todo desagradable, puesto que acabé de estar perseguida por la prensa hasta las narices.

Algo de París que me vino increíblemente bien fue el anonimato.

Elegí pendientes de diamantes pequeños en forma de aro fino.

Nada ostentoso, todo impecable.

Una pulsera Cartier que fue regalo de mis padres y un anillo sencillo de oro blanco.

Baccarat Rouge 540 sobre la piel de los hombros, detrás de las orejas y en las muñecas, porque no era una noche para pasar desapercibida.

En los pies, unos salones Silvia Navarro.

Le envié una foto a Camille cuando estuve completamente lista y escribió: *Cariño… Hugo va a llorar.*

Le envié algunos emoticonos y me miré en el espejo.

Durante un segundo muy pequeño pero real, me reconocí y vi a la mujer que París me había obligado a crear, a la que había aprendido a sostenerse sola y había querido reconstruirse sin odio.

Y justo ahí, Rosa me tocó el brazo.

—Estás preciosa —dijo, con voz suave—. Y estás asustada.

—Sí.

—Perfecto —sonrió—. El valor no existe sin miedo.

Estaba acostumbrada a ese tipo de frases por su parte, era como sacarle el lado bueno a absolutamente todo.

—Gracias —le respondí con una sonrisa sincera.

A continuación cogí el *clutch* de Dior y respiré hondo.

Estaba a punto de aventurarme hacia la noche en la que tendría que caminar del brazo del hombre que una vez me rompió… y que ahora quería que pareciera que me había vuelto a elegir.

# 26
# Hugo

No voy a mentir: me había preparado.

Traje Tom Ford, negro noche; camisa blanca Brunello Cucinelli, cuello impecable, recién planchada; gemelos de Cartier que había heredado de mi padre; reloj Audemars Piguet Royal Oak, mi favorito para noches en las que tenía que parecer que tenía control de absolutamente todo y zapatos Santoni negros y brillantes.

Era un equilibrio perfecto entre «matadme si no parezco estable» y «no tengo que esforzarme para ser impecable».

Y aun así… AUN ASÍ, nada, absolutamente nada, me preparó para verla cuando entré en su casa.

Rosa apareció primero, claro, y me sonrió como si acabara de traerle flores y no fuera la causa principal del peor corazón roto que había visto en su cocina.

—Pase, señorito Hugo —dijo, apartándose—. No tardará.

Tuvo razón, Ada no tardó prácticamente nada en aparecer, pero cuando lo hizo, el mundo se me fue a la mierda.

El primer impacto fue visual: el vestido vino oscuro y satinado, cayéndole por el cuerpo como si París lo hubiera diseñado exclusivamente para tocar su piel.

La espalda al aire, una línea infinita que me dejó sin respiración, las clavículas brillando como armas y ese recogido bajo, con mechones que parecían puestos a propósito para que yo recordara exactamente dónde solía enredar los dedos cuando la besaba contra la pared.

El segundo impacto fue olfativo: Baccarat Rouge 540, mi puto talón de Aquiles desde que tengo grabado el tacto de su piel.

El tercero fue emocional, y ese sí que no lo vi venir, porque cuando nuestros ojos se encontraron, algo en mi pecho hizo un movimiento extraño.

Algo así como un… clic.

Un ajuste.

Un «estás jodido, hermano».

Ella se acercó a mí y cada uno de sus pasos se me antojó como el recordatorio de quién era, quién había sido conmigo y todo lo que había perdido cuando se fue.

Y yo, que siempre he sabido hablar, que podía seducir a un consejo entero con una sonrisa, que podía improvisar discursos ante inversores multimillonarios… me quedé tan callado que hasta Rosa se volvió a mirarme para comprobar si seguía vivo.

—Hugo —dijo Ada, con una voz suave pero tensa.

Joder.

Tragué saliva, pero nadie lo notó, creo.

—Estás… —carraspeé para limpiar mi garganta, intentando no sonar como un adolescente viendo a su primer amor en una fiesta—. Estás increíble.

Me quedé corto.

Muy corto.

Pero no tenía palabras suficientes para describir lo que me estaba haciendo esa visión por dentro.

Ella llegó por fin hasta mí y, por un instante, tuve que resistir la urgencia física —puramente instintiva— de alargar la mano y tocarle la espalda.

Su bella cara.

Las manos.

Joder, lo que fuera.

Solo un segundo, en serio, solo para comprobar que no me estaba imaginando que era real.

Pero no lo hice, porque había demasiado en juego.

—Y tú estás muy… CEO —respondió ella, mirando mi traje con una ceja alzada.

—Es mi especialidad —respondí—. Ser CEO e… intentar que no parezca que estoy perdiendo la cabeza.

Ella sonrió apenas, como si entendiera la parte que no estaba diciendo.

Rosa nos miró a los dos como si estuviera viendo el tráiler de su telenovela favorita.

—Bueno —dijo, dándome un toque en el brazo como si yo tuviera doce años—, pórtate bien, ¿eh? Si vuelves a romperle algo a esta niña, te coso a cucharazos.

—Rosa… —protestó Ada.

—No, no, déjala —dije yo—. Siento que me lo he ganado.

Rosa sonrió satisfecha y se marchó como si acabara de bendecirnos.

Cuando salimos por la puerta, el aire cambió.

Literalmente.

El perfume se mezcló con mi colonia, con la electricidad de los dos y ella pasó delante de mí.

Fue entonces cuando le vi la espalda.

Esa espalda.

Esa maldita espalda.

*No me acordaba de que esto dolía*, pensé.

Y tampoco me acordaba de lo que representaba ese dolor: era un aviso de que algo seguía vivo aunque no debería.

Caminamos hacia el coche, le abrí la puerta como si fuera lo más normal del mundo no temblar por dentro, ella se subió con una elegancia que me jodió entero y, cuando rodeé el coche para sentarme a su lado, pensé: *Paso dos: gala del Thyssen.*

Necesitaba concentrarme, pero el paso dos había coincidido con el día en el que la volvía a ver de verdad.

Y eso me aterraba más que cualquier alfombra roja.

# 27
# Ada

Había algo profundamente injusto en cómo el mundo podía seguir girando con normalidad mientras yo estaba metida en el coche de Hugo con las uñas clavadas en la palma y un perfume caro intentando convencerme de que tenía el control.

Spoiler: pues no tanto.

El trayecto al Thyssen fue largo, o al menos eso me pareció a mí. Hugo conducía con una calma irritante, como si no hubiera un millón de capas de historia respirando entre nosotros.

El coche olía a cuero caro y a su colonia, que se me pegaba en la piel como si fuera una telaraña.

Esa mezcla que siempre había sido peligrosa, no voy a mentir.

La música sonaba bajito. Una pieza instrumental claramente elegida para parecer neutro y no despertar recuerdos.

Error.

Todo despertaba recuerdos con él.

—¿Estás bien? —preguntó sin apartar la vista de la carretera.

Mentira, sí la apartó, lo justo para mirarme las piernas.

A Hugo siempre le encantaron mis piernas, decía que se podía acabar el mundo fuera, que su hogar estaba en mis piernas.

Lo noté, claro, ese microsegundo en el que sus ojos bajaron y luego subieron como si no hubiera pasado nada.

—Estoy… —me aclaré la garganta—. Estoy.

—Eso no significa nada —respondió él, y pude sentir su sonrisa aunque no la mirara.

Me giré un poco para observarle.

Tom Ford le sentaba en su cuerpo como un pecado capital, el reloj brillaba con cada giro del volante, la mandíbula apretada y las manos… joder, esas manos podían haber sido armas diplomáticas en la ONU.

No te haces una idea de las virguerías que Hugo de la Vega podía hacer con las manos.

Y yo… yo era una idiota.

Una idiota con vestido satinado y perfume prohibido, camino de la gala más importante del año del brazo del hombre que me había enseñado que cualquier persona te puede traicionar.

—¿Qué? —preguntó, porque me había quedado mirándolo más tiempo del que era legal.

—Nada. Pensaba que ojalá hubiera un manual para esto.

—Lo hay —respondió él—. No nos odiamos, no nos gritamos, no nos besamos en público si no toca, caminamos juntos y hacemos que todos piensen que somos la pareja más sólida desde Letizia y Felipe.

—Me estás comparando con la reina de España —respondí con una ceja arqueada.

—Bueno… —se encogió de hombros—, tú eres más guapa, París.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar soltar una carcajada.

Acto seguido apareció de nuevo el aleteo en mi estómago.

Maldito Hugo.

Maldita Madrid.

Maldito el traicionero de mi corazón.

Qué peligro, tía, reírme con él me recordaba demasiado a lo que habíamos sido.

Llegamos al Thyssen, por fin, y ahí cambió todo.

El museo brillaba como si lo hubieran pulido para esa noche, luces cálidas bañaban la fachada, había flores, coches alineados, vestidos que parecían obras de arte caminando hacia la entrada… y flashes.

Muchos flashes.

Hugo se metió en la zona de acceso privado, el aparcacoches abrió mi puerta y, tras ayudarme a bajar del coche, cogió las llaves que Hugo le tendió.

—Cuídalo —le pidió Hugo.

—Descuide.

Y entonces escuché a Hugo soltar un suspiro bajísimo detrás de mí.

No quise girarme inmediatamente.

Quise… no sé, respirar un segundo, tan solo uno, porque la noche auguraba algo grande y yo… al verme rodeada de toda esa parafernalia, de pronto me sentí pequeña.

Pero él se acercó de forma rápida y lo suficientemente cerca como para que mi perfume y su colonia se declararan la guerra.

—Ada… —dijo, casi en un murmullo.

Su mirada recorrió mi cuerpo con un respeto feroz.

Feroz, sí, como si me estuviera viendo por primera vez.

O por última.

—Estás… —se detuvo—. Eres…

Luego negó con la cabeza y no dijo nada más, pero no hizo falta.

Le había entendido, yo pensaba igual de él.

Me ofreció el brazo, me agarré a él y ahí, justo ahí, empezó la parte más surrealista de mi vida.

La alfombra roja no era una alfombra, sino un escenario; una línea recta en la que el mundo entero pretendía que camináramos con elegancia, dignidad y absoluta estabilidad emocional.

JA.

Qué gracia.

Los flashes explotaban.

Pronunciaban mi nombre y el suyo.

Íbamos juntos.

Otra vez.

Podía sentir cómo nos miraban y murmuraban acerca de nosotros, y también cómo las cámaras buscaban cada microgesto para analizarlo.

Era agotador.

—Respira —me dijo él en voz bajita, sin mover apenas los labios.

—Estoy respirando.

—No lo parece.

—¿Y tú? —pregunté.

—Yo estoy intentando no romper el personaje y besar tu espalda cuando gires la cabeza.

Me atraganté con mi propia saliva.

Él sonrió.

Yo no.

Bueno, sí.

Un poco.

Pero lo disimulé como pude.

Es que… ¿qué acababa de decir?

¿Qué había dicho ese ser?

DIOS.

*No me lo digas dos veces,* pensó el traidor de mi cerebro.

No.

No.

No.

Cancelar.

Cancelar.

Cancelar.

Caminamos despacio y elegantes, perfectamente coordinados, como si nuestras piernas recordaran lo que nuestras cabezas no querían asumir: que habíamos crecido juntos, que habíamos bailado, corrido, escapado… que habíamos sido uno antes de ser dos.

Cuando entramos al vestíbulo, la temperatura subió, o al menos, eso sentí yo, porque la gente nos miraba, nos miraba mucho.

Y observé también mi alrededor: hombres con trajes impecables, mujeres preciosas, empresarios, curadores, artistas, patrocinadores, políticos, socialités…

Cada uno con una copa de champán y una opinión lista para usar.

Y los hombres… bueno, los hombres me miraron demasiado rato.

Ese tipo de rato y de mirada.

Creo que nos estamos entendiendo, ¿verdad?

Y Hugo lo notó, obviamente, y además antes que yo.

Es un tío, ¿qué te esperabas?

Su mano en mi cintura —que estaba ahí solo para «dar estabilidad a la imagen pública», según él— se tensó ligeramente, apenas un milímetro, pero lo suficiente para que me recorriera un escalofrío.

—Parece que Madrid te ha echado de menos —susurró.

—Déjalos mirar —respondí, intentando sonar casual, pero la realidad es que estaba empezando a hacerme sentir cohibida tanta exposición y tantos ojos puestos sobre mí.

—No les estoy hablando a ellos —contestó.

Ah.

Me ardieron las mejillas.

Su mano, cálida, firme, presente, se ajustó un poco en mi cintura cuando un grupo de empresarios se acercó con sonrisas excesivamente encantadas.

Y entonces vi la mirada de Hugo hacia ellos, la cual se convirtió en una advertencia silenciosa casi territorial, casi animal, casi… mía.

Sentí un vuelco en el estómago, ese pequeño saltito de peligro agradable y familiar, porque por un momento, uno solo, me pareció que Hugo no estaba actuando.

Ni para ellos, ni para la prensa, ni para el pacto.

Me pareció que estaba cuidándome.

Y eso… madre mía, me aterraba, porque era el disolvente perfecto para ir deshaciendo poco a poco mi coraza.

# 28
# Hugo

Si alguien quiere saber cómo es estar en una gala del Thyssen con la mujer que sigue siendo el amor de tu vida, pero no te hace ni puto caso porque la cagaste y que además tienes que fingir estar enamorado de ella, pero en realidad no tienes que fingir una mierda porque no la has olvidado…

Que me llame.

Doy cursos intensivos.

Plazas limitadas.

Precio de amigo.

El vestíbulo estaba lleno de gente, ya sabes, trajes hechos a medida, tacones imposibles, joyas familiares que podrían pagar la deuda externa de un país pequeño y nosotros dos ahí, caminando como si el suelo fuese nuestro.

Ada parecía… no sé, un incendio elegante, una obra de arte peligrosa, la clase de mujer que hace que los demás hombres olviden cómo se vocaliza.

Y yo… bueno, yo estaba jugando a que no me importaba.

Spoiler: me importaba.

¿Qué cojones?

Mucho.

Demasiado.

Pero iba a quedar muy feo reconocerlo delante del equipo de restauración del museo.

—Respira —le dije sin mirarla, con la boca apenas moviéndose.

—Estoy respirando.

—No lo parece.

Ella apretó mi brazo un poco.

No sé si para disimular o para hacerme daño.

No funcionó ninguna de las dos.

Avanzamos entre la multitud y empezó la parte que más detestaba de estos eventos: saludar a muertos sociales.

Los primeros fueron Victoriano y Carmen Rutia de Haro.

Por el amor de Dios…

—Huguito, querido —dijo Carmen, acercándose con dos besos y olor a perfume de señora-de-las-buenas-antiguas—. ¿Cómo estás, hijo?

—Sobreviviendo, Carmen —respondí—. Ya sabes que la prensa me quiere más de lo que debería.

Rio como si hubiera contado un monólogo.

Falsa.

Victoriano, su marido, se inclinó levemente hacia Ada.

—Ada, hija, estás espléndida. París te ha sentado de maravilla.

Ada sonrió con elegancia diplomática inaguantablemente sexy, por cierto.

—Gracias, señor Rutia. Me alegra verle.

—Bueno, bueno, no queremos entreteneros —dijo Carmen—. Pero qué ilusión volver a veros juntos. Siempre fuisteis tan… complementarios.

Perfecto.

Primer comentario pasivo-agresivo-nostálgico del evento.

Bingo.

El siguiente fue Álvaro Dolcet-Lacruz, crítico de arte. Un tío alto, gafas redondas, barba cuidada, camisa de lino blanco. Muy «me hago el intelectual pero vivo en un ático heredado en Lista».

—Hugo —saludó, dándome la mano como si fuera un pacto de sangre—. Qué gusto verte.

Luego la vio a ella y sus cejas subieron mucho, quizá demasiado para mi gusto.

—Ada Valverde… —dijo, con esa voz de profesor de… yo qué sé—. Esto sí que es una sorpresa grata.

Le extendió la mano y, cuando Ada le tendió la suya, la sostuvo un segundo más de lo socialmente aceptado.

Me mordí el carrillo por dentro y me hirvió la sangre lo suficiente como para querer arrancarle las gafas.

—He seguido tu trabajo en París —añadió él, sonriendo como quien quiere comerse una pera a mordiscos. Spoiler: la pera era Ada—. Brutal. Necesitas exponer aquí.

—Gracias —respondió Ada, soltando su mano con diplomacia—. Estoy trabajando en ello, en cuanto tenga local.

Yo puse mi mano en la cintura de Ada de manera ligera y natural, pero también con un ápice de territorialidad.

Todo puramente estratégico, por supuesto, ¿por quién me tomas?

—Tenemos algo en mente —dije.

Dolcet me miró con una ceja levantada, como si hubiera oído una declaración de guerra.

No insistió, pero sí se apartó lentamente.

*Me alegro que lo hayas pillado, capullo*, pensé cuando al despedirnos, nos alejamos de él.

Menudo personaje.

A continuación nos topamos con Claudia Escrivá-Tamayo, artista conceptual.

Vestido rojo chillón, pendientes que parecían antenas parabólicas y ojos delineados hasta la nuca.

—Ada, cariño, no te veía desde aquella exposición alternativa en Montmartre donde coincidimos —dijo—. ¿Sigues haciendo fotografía de memorias fracturadas?

Ada sonrió, paciente.

—Sigo haciendo muchas cosas. Lo verás pronto.

—Ah, me encantará —respondió ella—. Por cierto, Hugo, estás más guapo desde tu caída en desgracia. Los hombres mejoran con polémicas.

—¿Puedo usar eso como cita para mi próxima entrevista? —pregunté.

—Claro. Solo pon «Claudia Escrivá, artista conceptual y bruja oficial del amor».

Se fue antes de que pudiera contestar, aunque lo cierto es que no sabría muy bien qué decirle.

Cogimos un par de copas de Moët & Chandon y seguimos saludando a todo tipo de fauna variopinta de Madrid hasta que llegamos a él, al importante, Don Lorenzo Ribas de Montellano.

El hombre clave.

Rico.

Muy rico.

Nada vulgar ni ostentoso, con poder auténtico, de ese que no necesita en absoluto hablar alto.

Llevaba puesto un traje de color azul medianoche, llevaba el pelo blanco de tanta cana, un bastón discreto y una mirada que podía hundirte o salvarte.

Estupendo, justo lo que necesitábamos.

—De la Vega —dijo, estrechando mi mano con firmeza—. Buenas noches.

Ada inclinó la cabeza con suavidad cuando la mirada de él se posó en la suya.

—Señor Ribas —saludó ella.

Y ahí… ahí fue cuando la miró, y no como hombre, sino como profesional y cazador de talentos.

Como alguien que sabía exactamente lo que vale un artista cuando lo tiene delante.

—He visto tu proyecto parisino —dijo—. Interesante enfoque. Madrid está necesitando algo así. ¿Tienes ya espacio para tu exposición?

¡Bien!

El fruto del pacto, una de las dos razones por las que estábamos allí.

Ada pestañeó, sorprendida, y yo apreté su cintura para darle valor y recordarle que todo lo que estábamos haciendo estaba funcionando.

Ella respondió:

—Todavía no. Estoy mirando opciones.

—Déjame ayudarte —dijo Ribas, directo—. Tengo dos locales disponibles en el Barrio de las Letras. Espacios diáfanos, techos altos, historia. Te los enseño cuando quieras. Sin compromiso.

Ada abrió un poco la boca y a mí el pecho se me llenó de un orgullo puro, limpio y jodidamente real.

—Sería maravilloso —contestó ella.

—Te contactaré mañana —añadió él.

Nos dio la mano a ambos, serio y elegante, y acto seguido hizo la del humo.

Y yo sonreí.

Sonreí como un idiota, pero no me disculpé.

—¿Ves? —le dije bajito a Ada—. Esto es lo que quería para ti.

Entonces ella me miró con algo que dolía: gratitud sincera.

—Gracias —susurró.

Y fue ese segundo cuando el evento me golpeó con la verdad más peligrosa: seguía enamorado de ella, o lo que fuera esa cosa parecida a tirarme por un precipicio sin red.

Terrible, fantástico e inevitable al mismo tiempo.

Qué jodido estaba.

Y justo entonces Dolcet —el imbécil del principio— volvió a mirar en nuestra dirección.

Miró a Ada y luego posó la vista en mi mano, que seguía en su cintura.

Después se giró con una leve sonrisa.

Me estaba tocando los cojones, ¿o era cosa mía?

No sé qué cara puse, pero Ada me dio un toque con el dedo en el brazo.

—Compórtate —susurró con las manos apoyadas en mi pecho.

*PUM, PUM, PUM*, sonó mi corazón ante su contacto.

—Estoy perfectamente comportado —mentí.

Ella sonrió y yo pensé que quería perderme dentro de ella otra vez.

# 29
# Ada

El problema de esa gala no fue la gente, ni el ruido, ni las cámaras, ni los vestidos, ni los canapés imposibles con palabras en francés que nadie pronunciaba bien y que me ponían de los nervios.

El problema fue él.

Hugo.

Siempre Hugo.

Después del saludo con Ribas —y de esa sensación absurda de orgullo que me atravesó como un latido fuerte— sentí que necesitaba aire.

Necesitaba respirar lejos de él, de su mano en mi cintura y de la forma en la que me miraba, como si se lo hubiera tragado un incendio.

—Voy a beber agua —le dije, porque no se me ocurrió ninguna excusa mejor.

Asintió, pero me siguió, por supuesto, porque se había convertido en una especie de chicle de esos que pisas y se te quedan pegados a la suela de los zapatos.

En los pasillos interiores del museo había una especie de tregua silenciosa: luz tenue, cuadros custodiados, ecos suaves, pasos amortiguados.

La vida real quedaba a un metro y medio detrás de las paredes.

Justo lo que necesitaba: un poco de sosiego, soledad y silencio.

Tenía el sonido del tintineo de las copas y el murmullo de los invitados incrustado en el cerebro como si fuera una especie de parásito.

Me apoyé unos segundos en la barandilla del corredor y él se colocó a mi lado, pero sin tocarme.

Era peor así.

Muchísimo peor.

Porque de algún modo la piel de mi espalda anhelaba el contacto de sus manos, ansiando sentir de nuevo ese calor que procedía de sus palmas.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

Mentira pura, menuda bellaca.

—No te creo —respondió sin mirarme.

Apreté los labios.

¿Qué le respondía yo?

Madre mía, aquello se estaba volviendo muy complicado.

Hasta ese momento había sido llevadero, pero mi mente iba por un lado y mi corazón por otro.

Adivina cuál de los dos me estaba traicionando.

El segundo, claro, porque desde que había vuelto a Madrid susurraba su apellido justo antes de quedarme dormida.

—Claro, es que no tienes que creerme en todo —repuse—, puedo mentirte si quiero.

Él sonrió de lado, muy despacio.

—¿Y lo haces? ¿Me estás mintiendo?

Contuve la respiración.

—¿En qué, exactamente? —pregunté para ganar tiempo.

—Me importa tu bienestar, ¿sabes? Aunque pienses que soy tu mayor enemigo o algo así.

—No lo pienso —repuse, y fui sincera.

—Entonces dime qué te pasa. ¿He hecho algo mal?

—No, tú… es…

Fue entonces cuando me cogió de las manos y se colocó delante de mí, mirándome fijamente.

Me quería morir allí mismo, debajo de un Sorolla o un Monet, me daba igual cuál.

—¿Por qué me sigues? —pregunté, intentando mantener el control de mi voz, intentando hacer caso omiso a que sus manos estaban envolviendo las mías.

—Porque no quiero que te agobies —me contestó de forma sincera, para después dedicarme una de las sonrisas más bonitas que había visto nunca.

—No estoy agobiada.

—Ada… estabas temblando cuando te habló Ribas.

Vale.

Eso me cabreó.

O me excitó.

O ambas.

Yo qué sé.

—No estaba temblando —repliqué, alzando una ceja y alejando mis manos de las suyas.

No quería decirle que si temblaba no era por Ribas, sino por la cercanía de Hugo y su contacto.

—Ya. —Se inclinó un poco hacia mí—. Y yo no me he puesto verde cuando Dolcet te ha mirado las piernas.

—¿Qué? —Incluso zarandeé la cabeza.

—Que le habría roto las gafas —respondió Hugo con esa calma tan peligrosa— si hubiera tardado un segundo más en apartar la mirada.

Abrí la boca.

La cerré.

Volví a abrirla.

¿QUÉ?

—¿Estás… celoso? —pregunté.

—No —mintió—. Estoy observando.

—¿Observando qué?

—Cómo te mira la gente —dijo, dando un paso más, acercándose de nuevo como si estuviera a punto de estudiar mis huesos desde dentro—. Y cómo me jode.

Mi corazón se estrelló contra mis costillas.

—Esto no forma parte del pacto —susurré.

—No —admitió él, tan cerca que podía oír cómo respiraba—. Esto soy yo intentando no hacer idioteces. Yo qué sé, para mí tampoco es fácil, ¿sabes? —En su tono de voz y su lenguaje corporal pude adivinar que comenzaba a ponerse nervioso.

—¿Sí? ¿No me digas? Pues para mí tampoco —le espeté.

—No entiendo por qué, tú ya tienes lo que querías —respondió.

—¿Lo que yo quería? Te recuerdo que esto fue idea tuya. ¿Ahora te molesta que Ribas me ofrezca ayuda para mi exposición?

—¿Qué? ¿Qué dices, Ada? ¿Qué estás diciendo?

—¡Y yo qué sé! —estallé.

—Para —me pidió.

—¿Que pare yo? ¡Para tú! —mascullé.

El aire del pasillo era frío, pero mi piel ardía.

Un pequeño ruido de pasos al fondo del pasillo y algunas voces apagadas nos robó la atención.

Hugo me miró la boca.

Yo le miré la suya sin querer hacerlo.

¡Joder!

Era un maldito idiota.

Y yo también.

Me arrinconó contra la pared del corredor, colocando sus manos a ambos lados de mi cabeza y su cara cerca, muy cerca de la mía.

—No me gustaría hacer locuras, así que debemos guardar las formas y… —giró la cabeza de nuevo hacia el lado de donde provenían las voces.

—¿De qué locuras hablas?

—Las que siempre he hecho contigo —susurró sobre mis labios.

¡La madre que lo parió!

Me quedé muda.

—Hugo… —susurré.

—Ada.

Y él decidió, por supuesto, que la mejor manera de resolver una tensión que ya nos estaba comiendo por dentro era… besarme.

Un beso rápido, urgente, silencioso, casi un choque. Un roce de boca que dolió de lo real que lo sentí.

Su voz sabía a champán y tabaco, y todos nuestros recuerdos se atascaron tras los dientes.

Un «no puedo, pero sí puedo», un «no debo, pero quiero», un «me está matando no tocarte».

Me agarró la cintura casi sin pensar, como si fuese un reflejo purísimo, mi mano le rozó el pecho y un latido enorme me llenó la palma.

Los pasos se acercaron un poco más y nos pillaron de pleno.

—Perdón —murmuró, sin que su voz tiritara cuando se separó de mí, pero a mí me temblaba hasta el alma.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté, con la garganta cerrada.

Él tragó saliva.

—Porque no podía seguir discutiendo contigo en este pasillo —susurró—. Créeme, es más peligroso que besarte.

Dios.

Dios, Dios, Dios.

Uno de los vigilantes apareció al fondo.

—Señores, por favor, el salón está hacia la derecha —indicó.

Hugo dio un paso atrás, yo di otro y dejamos de parecer dos adolescentes robándose oxígeno.

—Tenemos que volver —dijo él, aunque no se movió.

—Sí —respondí, aunque tampoco moví un músculo.

Nos miramos un segundo más y entonces me dijo:

—Ada…

—¿Qué?

—Esto no estaba previsto.

Yo tragué saliva.

—Lo sé. Por eso no debe volver a pasar a no ser que sea estrictamente necesario.

Y ahí empezó el verdadero peligro, porque ya no estábamos fingiendo.

Y los dos lo sabíamos.

# 30
# Hugo

No sé en qué momento de mi vida pensé que besar a Ada Valverde en un pasillo del Thyssen era una buena idea.

Porque en cuanto nos alejamos, en cuanto retomamos algo parecido a la compostura y caminamos hacia el salón principal, me di cuenta de lo siguiente: no había sido un beso, había sido una declaración suicida, y ella lo había sentido tanto como yo.

Se reflejaba en ese rubor leve de su cuello, en la respiración alterada de su pecho y en su mirada entre «no debería» y «hazlo otra vez» que conocía de sobra.

Estaba jodido de verdad.

Y ya está.

Volvimos a la gala como si nada hubiera pasado.

Ella delante, yo detrás y la gente a nuestro alrededor moviéndose bajo las luces como si fuera una función de ballet.

Y yo solo podía pensar en su boca, en cómo había sido tocarla sin permiso del plan.

En lo poco que me arrepentía y en que, si el vigilante hubiera tardado diez segundos más en aparecer, la hubiera besado de verdad, como si me fuera la vida en ello, como aquella noche en mi cuarto hace años cuando empañamos los cristales del ventanal y casi incendiamos la existencia entera.

Pero claro, la realidad existe y la prensa también.

No pasaron ni diez minutos antes de ver los primeros móviles apuntándonos con ese brillo carroñero disfrazado de glamour.

Ella sonreía como si no se le produjera un incendio en la piel y yo actuaba como si no hubiese perdido la cabeza treinta minutos antes.

Pero Madrid… Madrid no perdona nada.

Intenté no prestarle atención al murmullo creciente a nuestro alrededor, pero lo oía igual:

—Se han apartado solos…
—Yo los he visto juntos en un pasillo…
—Estaban muy cerca… demasiado cerca…
—Se han besado, menudos modales…
Genial.
Perfecto.
El universo conspirando para que me desintegrara vivo.
Cuando por fin llegamos a casa —la dejé en la puerta porque no sabía si la podía mirar cinco segundos más sin hacer otra estupidez — intenté dormir.
JA.
JAJA.
Muy gracioso.
Lo intenté.
En serio.
Pero seguía teniendo su perfume en la camisa, su boca en la memoria, sus ojos en la garganta.
Hasta que mi móvil vibró.
Otra notificación.
Y otra.
Otra más.
Etiquetaciones, menciones, todo esto de Instagram… ya sabes.
—Vamos —murmuré al tiempo que abría la aplicación—. Dadme vuestra mejor mierda.
Y llegó.

**Gossip Madrid**
*ADA VALVERDE Y HUGO DE LA VEGA: DEMASIADO CERCA EN EL THYSSEN*
Fuentes afirman que se apartaron solos hacia una zona privada. ¿Reconciliación real?

**EliteWatchES**
Hugo no le quitó los ojos de encima en toda la noche.
Ella… tampoco.

**The Lux Social**
*PASILLOS, SUSURROS Y QUÍMICA INCÓMODA*
La pareja del año reaparece con más fuego del que esperábamos.
Se habla de «un momento íntimo» fuera del salón.

**The Art Daily**

*EL REGRESO DE ADA VALVERDE: ¿SU OBRA… O SU AMOR?*

La fotógrafa brilló en la gala, pero las miradas se centraron en su conexión con el CEO.

## Twitter

**@MadridCotillea**

No quiero decir que vi un beso en la sombra porque soy una periodista seria, pero… vi un beso en la sombra.

**@DramaDeLujo**

SEÑORES: EL CULEBRÓN OFICIALMENTE HA EMPEZADO.

**@EliteWatchES**

Si esto es fingido, quiero ver su serie. Si es real… estamos jodidos todos.

Cerré los ojos.

Quise maldecir, reír, correr, fumarme tres paquetes de cigarrillos.

Debajo de toda esa exposición, de tanta especulación… había una verdad que me perforó entero: no había sido un error.

Besarla, digo.

No había sido un error.

¿Algo inevitable para dejar de discutir?

Venga.

¿Explosivo, irresponsable y peligroso?

También.

Pero jamás un error.

Además, lo malo no era que lo hubiera hecho, lo malo era que quería volver a hacerlo.

Y no por el pacto, sino por ella.

Solo por ella.

Y eso —que era la verdad más vieja y más enterrada de todas— me dio un miedo que no sentía desde años atrás, cuando todavía creía que podía perderla del todo.

Spoiler: nunca la perdí.

Ahora lo sabía.

Y ahora… ahora el mundo lo había visto.

El pacto seguía en pie.

El paso dos era un éxito mediático.

Ada tenía a Ribas.

Yo tenía titulares que me favorecían.

Todo funcionaba.

Menos mi cabeza, mi cuerpo y mi jodido corazón, que esa noche volvió a latir como si nos perteneciera a los dos, porque la cuestión era que siempre había sido suyo.

*

Marcos llegó a mi despacho con un café, unas ojeras que parecían producto de tres temporadas de Dark y esa cara suya de «tengo preguntas y tú tienes respuestas aunque no quieras dármelas».

—Buenos días —dijo, cerrando la puerta con el pie—. ¿Has dormido?

—No.

Me dejó el café delante.

—Lo suponía. Además, se te nota en la cara que has tenido una noche… intensa.

—No empieces —resoplé, llevándome una mano a la nariz y apretando el puente—. Hemos conseguido el objetivo, que era lo que debíamos hacer. Además, he cumplido mi promesa de que a ella también le podía beneficiar toda esta movida.

—¿En serio?

—Como lo oyes, Lorenzo Ribas va a ayudarla a conseguir el local adecuado para su exposición —sonreí.

—Guau —añadió Marcos.

Mi amigo se sentó sin pedir permiso, estiró las piernas y cruzó los brazos como si fuera a interrogarme con luz blanca directa a la cara.

—Voy a ir al grano porque tengo reuniones —dijo—. ¿La besaste?

Me masajeé la frente.

—¿Por qué asumes que fui yo el que…?

—Porque te conozco desde los once años, Hugo —me interrumpió —. Si hay un beso cuestionable, impulsivo, dramático y con consecuencias mediáticas, el noventa y ocho por ciento de las veces eres tú.

Le lancé una mirada de advertencia que no sirvió para nada.

Suspiré, no me creía.

—No. No la besé.

Primer intento.

Marcos levantó las cejas.

—Oh.

—Ella tampoco me besó —añadí.

—¿Entonces por qué hay tres cuentas de cotilleo hablando de «momento íntimo en un pasillo oscuro»? ¿Qué hicisteis, firmar un tratado de paz con contacto visual prolongado?

Me pasé la mano por la nuca.

—Es… —hice una mueca— …complicado.

—Complicado —repitió él, degustando la palabra como si fuera una copa de vino caro—. Bien. Defíneme «complicado».

No quería decirlo.

No debería decirlo.

Pero si no lo decía, iba a reventar.

—Me acerqué.

—¿A cuánto? —preguntó Marcos, inclinándose hacia delante.

—Mucho.

—¿Mucho tipo «amigos que se hablan bajito»? ¿O mucho tipo «Netflix pone la pantalla negra por contenido sensible»?

Le lancé un bolígrafo y lo esquivó.

—Fue… —me detuve un segundo, tragando saliva— …cerca.

Marcos sonrió como si acabara de resolver un caso criminal.

—Te iba a preguntar si hubo tensión sexual, pero creo que la respuesta puede olerse desde aquí.

—No fue tensión sexual —corregí automáticamente—. Fue… fue algo que pasó y no debería haber pasado. Punto.

—Entonces sí pasó algo.

Cerré los ojos un momento.

El cabronazo me estaba haciendo el lío y yo estaba muy cansado.

—Vale, la besé, pero tío, créeme que era necesario.

Apretó los labios, como si intentara no gritar «LO SABÍA».

—¿Por qué?

—Estábamos a punto de ponernos a discutir en serio. Era mejor que nos pillaran enrollándonos que montando una escena.

—Vale, te creo.

—Marcos —dije con un tono que pretendía sonar firme, pero sonó a hombre derrotado—. No puedo volver a… eso.

—¿A qué? —preguntó tranquilo—. ¿A quererla?

—A cagarla —rectifiqué—. A liarlo todo. A mezclar lo que estamos haciendo con lo que ella y yo éramos.

Marcos soltó un suspiro suave, que era lo más parecido que tenía a la compasión.

—Hugo… —se frotó la barbilla—. Voy a decir algo que no te va a gustar.

—Qué novedad —mascullé poniendo los ojos en blanco.

—Si la besaste, aunque fuera porque el aire entre vosotros ardía… eso significa algo.

—No significa nada —lo corté, intentando disimular todo lo que podía.

—Claro que sí —insistió—. Significa que sigues colgado de ella.

Sentí un tirón incómodo dentro del pecho, como un cable viejo que chisporroteaba.

—Esto es un acuerdo, Marcos. Un pacto, una estrategia…

—Una polla —respondió él con toda la paciencia del mundo—. Un acuerdo no te enciende la mirada cuando te hablan de ella. Un pacto no te quita el sueño. Y una estrategia no te lleva a arrinconar a tu exnovia en un pasillo del Thyssen como si fueras el protagonista tóxico de una serie británica.

Me froté los ojos con las dos manos.

—Fue un beso sin más, no pasó nada.

—Eso díselo a quien se lo trague, a mí no.

Lo odiaba.

Odiaba que tuviera razón, odiaba que dijera en voz alta cosas que yo llevaba dos años enterrando.

—Marcos, ella no es… —quise decir «mía», pero no lo dije—. Ella no es parte del plan emocional. Está aquí porque me lo estoy jugando todo.

—Exacto —asintió—. Y si está aquí, si la has metido en tu mundo otra vez, más te vale no joderlo. Porque si te la cargas otra vez, no solo pierdes a Ada, pierdes algo de ti que tardaste años en reconstruir.

Me quedé quieto, pero Marcos se levantó, se colocó la americana y caminó hacia la puerta.

Antes de salir, añadió sin mirarme:

—Por cierto, Hugo… La próxima vez que la vayas a besar… —Hizo una pausa teatral—. BÉSALA. Pero hazlo bien, hazlo porque es ella, no porque forme parte del plan.

Después la puerta se cerró y me quedé ahí, sentado en mi sillón de cuero negro, con una verdad que me atravesó como un arpón: quería besarla.

Joder, quería besarla, pero no podía cagar nada de esto, y no tenía ni idea de si iba a ser capaz de conseguir las dos cosas a la vez.

# 31
# Ada

Desperté con resaca emocional, esa sensación pegajosa que no viene del alcohol, sino de los recuerdos que te muerden el estómago.

La habitación estaba medio en penumbra y yo tenía la ridícula sensación de que no había aire suficiente para tanta inquietud dentro de mí. Me incorporé despacio, como si un movimiento brusco pudiera activar el recuerdo del beso.

Madre mía.

Me pasé las manos por la cara, porque qué manera tan absurda de volver a sentirme viva.

Y tan estúpida.

Y tan… yo qué sé.

Toqué el móvil, lo desbloqueé y la pantalla explotó en titulares, a cada cuál más atrevido.

En ese momento, Camille me llamó por videollamada.

¿Lo dudabas?

Ya tardaba.

Ni un hola.

Cero introducción.

¿Para qué?

—VA. VA. VA. VA-MOS-A-VER —soltó moviendo la mano como si dirigiera una orquesta—. ¿QUÉ HA PASADO? ¿POR QUÉ PONE ESPAÑA ENTERA QUE TÚ Y EL CEO MÁS SEXY DEL PAÍS OS MIRABAIS COMO SI FUERAIS A LIAROS EN DIRECTO?

—Buenos días.

—BUENOS DÍAS MIS OVARIOS, *MON DIEU* —replicó—. ¡Explícate!

Suspiré.

A ver por dónde empezaba yo a contar aquello…

—Nada, no pasó nada.

—Ada, cariño, he visto menos tensión en un enchufe húmedo, ¿vale? Cuéntamelo ya.

Me levanté y fui a esa parte de mi habitación en la que estaba la Nespresso.

—Estuvimos hablando un momento de algo íntimo. Ya está.

—¿A cuántos centímetros?

No respondí, metí la cápsula en la cafetera y esperé.

Camille abrió los ojos como un búho dramático.

—¡OH!. *MON*. *DIEU*.

—No fue nada, en serio. Fíjate si no fue nada, que no volverá a pasar otra vez —repetí, aunque la frase me quedó tan creíble como un anuncio de perfume de TikTok.

—¡JA! —gritó ella—. ¡Eso es PEOR! No te lo crees ni tú.

Me atraganté con un sorbo de café.

Maldita sea, estaba demasiado caliente.

*Como tu chirla en el corredor del museo*, me dijo mi subconsciente.

Puto.

Puto.

Puto.

—Camille… —reprendí a mi amiga. ¿Es que no iba a dejarme tranquila?

—¿Y qué sentiste? —preguntó, entrecerrando los ojos—. Quiero detalles, Ada. Quiero literatura erótica en verso libre.

Me senté en la cama.

—Que estaba metiéndome en un incendio con un vestido de gasolina.

Ella suspiró dramáticamente.

—Ay, nena… entonces estás jodida. ¡Pero me encanta! Es que es brutal, esto es contenido de un *best seller* romántico.

Me reí, porque tenía razón.

¿A quién demonios se le podía ocurrir hacer lo que estábamos haciendo nosotros?

A nadie cuerdo, claro.

Así que solo pude llegar a la conclusión de que el problema mental lo teníamos nosotros.

Me quedé callada un par de segundos, moviendo el café con la cucharilla.

—Tengo otra cosa que contarte —dije.

Camille ladeó la cabeza.

—Si me dices que te lo tiraste, me rapo.

—No. Peor.

—¿PEOR? ¿Qué hay peor?

Respiré hondo.

—Lorenzo Ribas.

Camille parpadeó tres veces.

—¿Quién?

—Mi salvador.

—No entiendo.

—Hugo me dijo que mi recompensa por hacer de novia ejemplar sería que conseguiría reconocimiento en mi trabajo y de cara a la exposición.

—Ajá, hasta ahí todo correcto.

—Bueno pues hoy tengo una cita con él para hacer… ¿negocios? Lo cierto es que no estoy muy segura.

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Eso es genial!

—Sí, por esa parte sí. Hugo ha cumplido su promesa esta vez.

—Qué fuerte. Eso se merece una botella de vino.

—En cuanto salga mañana de la reunión con Ribas, te llamo.

—Ada, ese señor es el Thanos del mundo artístico español, lo acabo de buscar en Google.

Sonreí.

—Lo sé.

—¿Y a qué hora y dónde habéis quedado?

—Espera, voy a reenviarte el correo electrónico que me ha enviado.

Le enseñé el *email* y observé cómo Camille se acercaba a la pantalla como si fuera a olerla.

—«Querida Ada Valverde, como te dije, me gustaría verte para hablar de un nuevo espacio expositivo que creo que encaja con tu nueva etapa». —Camille leyó en voz alta—. «Nuevo espacio expositivo». «Nueva etapa». —Este lenguaje huele a oportunidad

gorda—. «Quedamos mañana sobre las seis de la tarde. Si me facilitas tu número de teléfono te mandaré allí la dirección».

—Tengo cita con él al final a las siete en el Barrio de las Letras.

—¿SOLA? —se horrorizó.

—No voy a llevar un séquito.

—Pues llévate UN HUGO.

—¿Qué?

—Ada, si ese señor percibe debilidad, te come. Si percibe fuerza, te compra. Y nada da más fuerza que llegar con tu recién reconquistado CEO, con apellido aristocrático y mirada de «a esta mujer ni la toques porque es mía». Aprovecha el privilegio, cariño. Este es EL MOMENTO.

Me quedé pensativa.

—¿En serio crees que debería pedirle que venga?

—Creo —dijo Camille mientras se pintaba el ojo frente a la cámara. Mi amiga es polifacética, lo que yo te diga— que ahora mismo, en este tablero de ajedrez, él es tu reina para hacer jaque mate. No sé si me pillas.

—No sé si quiero deberle nada.

—Pues no se lo debas —respondió ella—. Que solo te acompañe. No le entregues el alma, solo la presencia estratégica. Además, ¡te lo debe él a ti! Recuérdalo, qué menos que pedirle que te devuelva el favor, ¿no? Él se beneficia, y tú también.

Mi estómago dio una voltereta complicada, pero Camille tenía razón.

—Llámale —ordenó Camille—. Y si te dice que no, le parto la cara.

Sonreí sin querer.

—Vale. Le llamo luego.

—HAZLO.

—Camille…

—CORRE ANTES DE ARREPENTIRTE.

Colgó.

Respiré hondo y miré la pantalla del móvil.

Antes de siquiera pensarlo otra vez, ya le estaba llamando.

Hugo respondió en el segundo tono.

—Ada —dijo, con esa voz grave que tenía la mala costumbre de colarse debajo de mi piel—. Justo iba a escribirte.

Genial.

Perfecto.

Nuestra compenetración seguía intacta.

*Y la penetración también, ¿por qué no lo compruebas un día de estos?*, un pensamiento intrusivo se coló por la banda izquierda, la del corazón.

—Necesito pedirte algo —dije.

—Dime.

—Tengo la reunión hoy con Ribas, ¿te acuerdas? A las siete en el Barrio de las Letras.

Hubo un silencio cortante al otro lado.

—Sí que ha tardado poco… —masculló al otro lado de la línea.

—¿Algún problema?

—Ninguno, nena. Pero ¿ocurre algo?

El «nena» me encendió la sangre, pero en el buen sentido.

Por Dios, ¿cuándo iba a dejar de tener ese efecto en mí?

—Pues… —dudé un instante.

—No vas a ir sola, si es lo que te estás preguntando.

—No te he preguntado aún si…

—No vas sola, Ada —repitió, interrumpiéndome, con un tono que me atravesó más de lo debido—. Dime a qué hora te recojo.

Y ahí estaba yo, apoyada en mi cama, con la sensación inequívoca de que acababa de activar otra placa tectónica entre nosotros.

—Gracias —musité.

—No me las des. Esto también es parte del plan, ¿recuerdas?

Sí.

Claro.

El plan.

El maldito plan.

—Claro. Recógeme a las seis.

—Ahí estaré.

Colgué y me dejé caer en la cama.

Joder.

¿Qué estaba haciendo?

# 32
# Ada

Había llegado al punto exacto en el que una persona empieza a plantearse seriamente si puede fingir su propia muerte para librarse de una cita.

Tía, que no sé por qué estaba tan nerviosa por hablar de negocios con ese señor.

Eran las 18:58 y yo estaba frente a la cristalera del local donde Ribas había elegido «charlar», que en su lenguaje significaba: evaluarte como si fueras un frutero decidiendo si la manzana está demasiado madura.

El sitio no ayudaba.

Demasiado blanco, demasiado minimalista, demasiado «soy tan moderno que no necesito sillas cómodas».

Esa clase de lugar que huele a café caro y ego artístico.

Me sudaban las manos, tenía la boca seca y el corazón haciendo cardio sin avisar.

Paseaba de un lado para otro, intentando no cagarme encima.

—¿Puedes parar? ¡Me estás poniendo nervioso!

Fue Hugo, claro. Me había recogido en mi casa para acompañarme, tal y como le pedí.

Con su traje gris oscuro de Brioni, camisa negra impecable, abrigo a juego y esa expresión sobria que solo llevaba cuando estaba a punto de conquistar algo o a alguien, ejem, me miraba con esa estúpida sonrisa que hacía parecer que tenía todo controlado.

Iba guapísimo.

Que alguien lo multase.

Mis pulmones hicieron un pequeño colapso interno, pero fingí que respiraba normal.

—Estoy bien.

—Ya —dijo él rodando los ojos hacia arriba—. En serio, Ada, ese tío no debe imponerte, recuerda que es él quien va a ofrecerte algo a ti.

Asentí con la cabeza y Hugo me tendió la mano para bajar el bordillo de nuestra acera y cruzar a la siguiente, donde estaba el local.

No la cogí y él sonrió como si me llevara ventaja en un juego que yo no sabía que estaba jugando.

Pasó su mano por mi espalda de forma suave, apenas un roce, pero suficiente para que mi cuerpo hiciera un *reboot* completo.

Entramos tras tocar la puerta y encontramos a Ribas.

Hice una mueca al comprobar en su rostro ese gesto que tienen algunos hombres de cultura cuando huelen debilidad: se relamen por dentro.

Ese hombre no daba un paso sin calcular tres beneficios, estaba segura.

Era famoso por eso en el mundillo: el hombre que siempre caía de pie… aunque cayeran los demás.

—Ada Valverde —dijo, acercándose con una sonrisa estudiada—. Bienvenida.

—Gracias —respondí con otra sonrisa estudiada.

Su mirada bajó a mis manos.

Luego llegó hasta Hugo y arqueó una ceja.

Ahí pude ver en él el interés puro, brillante y matemático.

No por mí, sino por lo que yo significaba en ese momento: ruido mediático + apellido conocido + vínculo directo con el Grupo De la Vega.

Un combo que en el arte contemporáneo era como abrir la puerta del oro.

—Hugo de la Vega —lo saludó—. Qué curioso, las dos últimas veces que me he cruzado contigo, haces de sombra de la señorita Valverde.

Hugo le ofreció una sonrisa ladeada.

—No debería sorprenderte, creo que está a la orden del día nuestra reconciliación. Es… —Hugo se lamió de forma rápida el labio inferior y a mí me dio un infarto— mi futura prometida, si ella quiere, claro.

Luego me miró a los ojos y juro por lo más sagrado, que si no supiera que aquello formaba parte del plan me lo hubiera creído.

¿Prometida?

Casi me atraganto con mi propia saliva.

Se me cayeron las bragas.

Sí lo digo.

Pero traté de fingir que no me había rozado en absoluto esa palabra al salir de su boca.

Ribas abrió los ojos, fascinado.

Perfecto.

*Bien hecho, Hugo, aunque… he carbonizado mi ropa interior, así que vete a la mierda, Hugo.*

—¡Ah! Eso es maravilloso, entonces. Esperemos que diga que sí cuando llegue el momento, ¿verdad? —dijo Ribas, encantado con la información.

Nos invitó a sentarnos en una mesita absurda donde tres cafés parecían una instalación de arte.

Luego abrió su carpeta.

—He estado siguiendo tu trabajo, Ada.

Se me tensó el estómago.

—Tus fotografías en París han sido… interesantes.

El «interesantes» era el mayor insulto del mundo artístico.

Pero vale.

—Y cuando supe que regresabas —siguió— pensé que quizá había un espacio idóneo para ti. Un proyecto nuevo y ambicioso.

Aquí venía la parte bonita.

Y la parte venenosa al mismo tiempo.

—¿Qué tipo de proyecto? —pregunté.

Él sonrió.

Mucho.

Demasiado.

—Un espacio expositivo permanente del ayuntamiento. Una galería urbana. Algo fresco. Joven.

—¿Qué pasa con los dos locales de los que me hablaste?

Ahí estaba el anzuelo, y el anzuelo tenía espinas.

—Como te digo, son del ayuntamiento. Necesitamos artistas con perspectiva, con historia… —y aquí me clavó la mirada—. Y tú, querida, tienes historia.

Nota mental: nunca más permitir que alguien diga «tienes historia» como si yo fuera un cuadro del Prado que sobrevivió a una guerra.

Coño.

—Me interesa —dije, tragando mis inseguridades.

—Claro que te interesa —replicó él, apoyando los codos en la mesa —. Pero necesito seguridad, compromiso y estabilidad por tu parte.

Sonreí, porque ahí, suavemente y sin esfuerzo, sacó su verdadera carta:

—Y, por supuesto, una red sólida alrededor.

Apoyo.

Conexiones.

Patrocinio.

Patrocinio.

P A T R O C I N I O.

Traducción: Ribas quería acceso al imperio De la Vega y yo era su llave.

¡Y yo era su llave!

Sentí cómo Hugo se tensaba a mi lado.

No lo miré, porque no quería perder ni un solo detalle de los gestos de Ribas, pero lo sentí.

Ribas continuó:

—Los ayuntamientos, Ada, ya sabes cómo son. Les encanta apostar por artistas… cuando están bien acompañados.

El machismo institucional, pero con diplomacia europea.

JEJE.

Qué fantasía.

—Ada es estable —dijo Hugo, con voz baja y cortante—. Y está aquí para quedarse. Puede contar con ella.

Yo parpadeé y él siguió controlado pero ardiendo por dentro:

—Y si necesita respaldo, lo tendrá.

Ribas asintió, satisfecho, claro, porque tenía justo lo que quería: una artista con historia mediatizable, una pareja jugosa y la

oportunidad de colarse en el círculo institucional de los De la Vega a través de la artista por la que estaba a punto de apostar.

Yo respiré muy despacio, intentando no parecer nerviosa.

—Entonces —dijo—, me gustaría que vieras el local. Este sábado. A puerta cerrada. Solo tú… y si tu acompañante quiere venir.

«Acompañante».

Sonó a residencia de ancianos, pero asentí.

—Acepto.

Ribas cerró la carpeta y dijo sonriendo:

—Perfecto. Me alegra que hayas vuelto, Ada.

JA.

Sonreí porque yo era muy educada, pero lo cierto es que no me lo creí ni medio segundo.

Ese hombre no se alegraba por mi arte, se alegraba por el beneficio mutuo futuro que estaba oliendo como un perro sabueso.

Nos despedimos de él y Hugo y yo salimos al exterior.

Por fin pude respirar y volver a ser humana, porque ahí dentro solo había sido un ser que parecía tener insertado un rabanito por el orto de lo tiesa que estaba.

—Lo has hecho muy bien —dijo Hugo, caminando a mi lado.

—Estoy temblando.

—Es normal. Has aguantado a Ribas sin golpearlo con una silla. Eso consume energía.

Sonreí, pero él añadió en voz bajita:

—Aunque no me ha gustado una mierda cómo te ha hablado.

Me detuve.

—¿Qué dices? Habla así con todo el mundo.

—No con todo el mundo —corrigió él.

—¿Estás celoso otra vez? —pregunté sin pensar.

Hugo me miró.

—No —se encogió de hombros—, pero no pienso permitir que nadie crea que puede usarte. ¿Ese tío se cree que somos idiotas?

¡Boom!

Rodillas temblando, cerebro desconectado, sistema nervioso en huelga general.

—Pero nos conviene seguir con el plan incluso para esto —le recordé.

—Obviamente —dijo metiendo la mano en su bolsillo para sacar un cigarrillo.

—Por eso. Además…

—¿Qué? —preguntó él mirándome con el pitillo entre los labios.

Uff, quién fuera pitillo.

—Gracias por venir conmigo.

Él asintió, apenas un gesto.

—Siempre que lo necesites, Ada.

# 33
# Hugo

Cuando llegué al despacho, tras dejar a Ada de nuevo en su casa, Marcos ya estaba sentado en mi sillón, como si fuera el dueño del edificio y yo un pobre becario.

Será cabrón.

—Sigues arrasando Internet —informó sin levantar la vista del móvil.

—Qué novedad —respondí, dejándome caer en la silla—. Me dan ganas de arrancarme los ojos con una cucharilla con algunos titulares, la verdad.

Suspiré.

—Pues sujétatelos bien, porque esto no ha hecho más que empezar.

Dejó el móvil sobre la mesa y me miró como solo Marcos sabe mirar: con esa mezcla de «eres brillante» y «eres idiota» que había perfeccionado durante los últimos quince años.

—Cuéntamelo todo —ordenó—. El encuentro con Ribas. Qué dijo. Si intentó intimidarte. Si te dieron ganas de estamparle un cuadro conceptual en la cabeza…

Me pasé la mano por el pelo.

—Ribas en toda su esencia, así que sí a casi todo —dije—. Provocador, elitista, muy encantado de conocerse. Pero valoró el trabajo de Ada y le ofreció ver un local este sábado.

—Bien —asintió—. Eso es bueno.

—Sí y no.

—¿Qué significa ese «no»?

Inspiré despacio.

—Quiere estabilidad. Un entorno sólido. Básicamente… quiere que Ada esté blindada mediáticamente para jugársela como apuesta cultural.

Marcos abrió la boca un segundo.

—¿Blindada… por ti?

—Por nosotros —corregí.

—Ya —dijo él, juntando las manos—. ¿Y tú qué le has dicho?

—Que podía estar tranquilo y que pronto sería mi prometida si ella quería. ¡Yo qué sé! ¡Lo que se me ha ocurrido!

—Estás pirado, tío —me dijo Marcos con la boca abierta.

—Funcionó —me defendí, fulminándolo con la mirada—. ¿No se supone que el plan era casarme con ella aunque fuera una farsa?

—Hugo, tío… eso es como dispararte en el pie y alegrarte porque aún puedes andar.

Me apoyé en el respaldo y miré al techo.

—No sabía qué otra cosa decir. Él necesitaba escuchar esa palabra. Ada necesitaba que la tomaran en serio. Y yo… —me callé.

Marcos me observó, lento, paciente.

—¿Y tú? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Yo necesitaba que Ribas entendiera que ella no está sola —respondí al fin—. Que nadie puede usarla como pieza de su tablero.

Marcos se quedó quieto, pero luego sonrió.

—Joder —dijo—. Ahí está. Eso es lo que me preocupa.

—¿Qué?

—Que sueltas frases como esa y esperas que siga creyendo que esto es solo un negocio para ti.

No dije nada, porque no sabía qué cojones decir.

Marcos apoyó un codo en la mesa y me apuntó con el dedo.

—Es Ada. Siempre ha sido Ada. Desde que llevabas zapatos demasiado caros para tus pies de niño pijo.

—Marcos…

—No —me interrumpió—. Ya no estamos en el patio del colegio. Tienes un imperio, veinte juntas de inversores al mes, contratos millonarios, un escándalo reciente y ahora a medio Madrid esperando vuestra boda como si fuera la final de la Champions. ¿De verdad crees que puedes jugar con esto como si fuera ajedrez?

Tragué saliva.

—No estoy jugando.

—Ese es el problema —sentenció—, Hugo. —Siguió—: Profesionalmente te está saliendo redondo. Ribas es un pez gordo, su apoyo limpia tu imagen y tu cercanía a Ada está enamorando a todos los medios generalistas. A nivel de empresa es un milagro. Punto para mamá.

—¿Pero? —añadí.

—Pero emocionalmente… —Marcos entrecerró los ojos— estás hasta el cuello otra vez.

Esa frase me cayó encima como una losa.

Y era verdad.

Y qué rabia daba que lo fuera.

—¿Quieres saber lo peor? —pregunté.

—Sorpréndeme.

—Cuando Ribas la miró como si fuera un archivo que podía manipular… me dieron ganas de romperle la mesa en la cabeza.

—Eso no es lo peor —dijo Marcos.

—¿Ah, no?

—Lo peor es que te gustó decir «prometida».

Cerré los ojos.

Porque sí.

Me había gustado.

Más de lo que debería.

Más de lo que tenía derecho.

Marcos se levantó, dio una vuelta por el despacho, cogió un dossier al azar y lo soltó otra vez.

—Tu madre va a flipar —comentó.

—Ya lo sabe. —Era cierto, la había llamado en el coche de vuelta al despacho porque estaba arañándose la cara ella sola a falta de noticias.

—¿Y?

—Dice que voy tarde.

—¿Y tú qué crees?

Lo pensé.

No debería haberlo pensado, pero lo pensé igual.

—Creo que voy… justo a tiempo —confesé.

Marcos me miró como si estuviera viendo un incendio empezando detrás de mis ojos.

—Pues prepárate —dijo al fin—. Si esto sigue así… ninguno va a salir ileso.

# 34
# Ada

Había pasado la tarde entera intentando parecer una persona funcional.

Spoiler: no lo conseguí.

Hice fotos y las borré.

Hice más y también las borré.

Intenté leer y no pasé de la primera página.

Me preparé un té y lo dejé enfriar.

Me preparé otro y se me olvidó bebérmelo.

¿Qué narices me estaba pasando?

Mi cabeza llevaba el volumen tan alto que cualquier pensamiento nuevo era como intentar meter otra maleta en un avión ya cerrado.

Y entonces vibró mi móvil.

Era un mensaje de Camille en el que ponía: «¿Hacemos una video?»

*Perfecto*, pensé.

Ideal para que mi amiga me destripara emocionalmente con su amor y sus gestos dramáticos.

Deslicé para aceptar.

Obvio, ¿por quién me tomas?

—*BONSOIR,* MI REINA DEL CAOS —saludó entrando en pantalla con una diadema de perlas y una copa enorme de vino. Pero ¿qué hora era?—. ¿Lista para que te analice como si fuera tu psicóloga pero sin cobrarte?

—Ni siquiera te he dicho hola —respondí.

—No hace falta, te he visto la cara. Estás en modo «dame un abrazo o un extintor para el… ¿cómo se decía en español… *lolo*? ¡No! *Toto*, eso».

Me apoyé en el respaldo del sillón.

—¿Es tan obvio?

—Cariño, llevo dos años leyendo tu lenguaje facial como si fuera un contrato matrimonial. Cuéntame. ¿Qué tal lo de Ribas?

Tragué saliva.

—Un poco intenso, la verdad.

Camille se acercó más a la cámara.

—Define intenso —dijo poniendo morritos sobre su cámara delantera.

—Ribas es… Ribas.

Su especialidad es juzgar, valorar y destruirte un poco para comprobar si te rompes o no. Además, a Hugo no se le ocurrió otra cosa mejor que pronunciar la palabra «prometida».

Camille abrió la boca dramáticamente.

—¿Prometida? ¿Eso consta en vuestro pacto de pirados? ¿No ibais a fingir sutilmente sin más? ¿Desde cuándo lo hacéis en modo telenovela turca?

—Hugo improvisó, pero sí que consta —expliqué.

—Hugo improvisó —repitió ella, llevándose una mano al pecho—. Ada, cariño, ¿quieres que pida cita para exorcizaros o te vale con un amuleto?

No pude evitar reírme.

—No es tan grave.

—Ah, no, claro. Imagínate. «Hola, señor cultural influyente, esta es Ada Valverde, mi prometida». NADA sospechoso. Totalmente normal. Así se ganan guerras.

Me tapé la cara.

—Camille, para. Fue horrible al principio, pero… también funcionó. Ribas quiere enseñarme un local este sábado, o sea, mañana.

Su expresión cambió; seguía siendo dramática, pero ahora con emoción real.

—¿Un local? ¿Un espacio propio? ¿Te estás refiriendo a… un sitio donde poner tus fotos sin que alguien te mande callar?

Asentí con la cabeza al tiempo que ella le daba un sorbo a su copa de vino.

En serio, ¿ya era la hora del vino?

—Sí, pero quiere estabilidad… y esas cosas que no entiendo de los inversores. Ya sabes.

—Claro —dijo Camille—. Quiere asegurarse de que no eres una artista que se evapora o algo así. Quizá le dé miedo que vuelvas a París, pero… ¿acaso importaría?

Sus palabras dolieron pero en el buen sentido, como cuando algo encaja.

—Y Hugo… —añadí.

Lo dije así, en un susurro tonto.

Camille ladeó la cabeza como una abuela con glamour.

—¿Qué pasa con el CEO?

—Me quiso proteger, digamos.

—¿Proteger? —repitió, poniendo la voz más aguda—. Proteger ¿cómo?

Me mordí el labio.

—Cuando Ribas me insinuó que necesitaba… «acompañante estable», Hugo dijo que estaba ahí para lo que necesitara, que me respaldaba y que podía contar con él. Luego en privado me confesó que no iba a dejar que me usaran.

Camille dejó la copa en la mesa con un golpe seco.

—Ada.

—Qué.

—¿Estás segura de que ese es el mismo hombre que te hizo llorar en mi sofá viendo Bridget Jones?

—Sí.

—¿Y ahora habla como si fueras patrimonio nacional?

—Parece que sí.

Hubo un silencio raro, hasta que Camille lo rompió.

—Te conozco —dijo ella más despacio—. Y estás temblando.

Miré mis manos.

Mierda.

Sí.

Un poco.

—No sé cómo sentirme —confesé—. Me está ayudando y me gusta volver a compartir tiempo con él. Pero también… es Hugo.

—El problema —dijo Camille, apoyándose en una mano— no es Hugo. Es lo que te hace sentir Hugo.

—Estoy intentando no caer —susurré.

—¿Y cómo te está yendo en esa misión imposible?

Me reí, pero la risa salió rota.

—Mal.

—Claro. Porque no estás hecha de mármol, Ada. Y porque, nos guste o no, siempre será el amor de tu vida.

Respiré hondo.

—Camille… cuando me miró en la reunión, solo un segundo… me acordé de todo, de cuando éramos nosotros, de cuando no dolía.

—Pero dolió después —me recordó.

—Sí.

—Y todavía te duele un poco.

No dije nada, ella ya sabía la respuesta.

—Escúchame bien —añadió, levantando el dedo—. Si vuelves a mirarlo con ese corazón tuyo tan bonito, que sea porque tú quieres. No porque el mundo os mira o sea útil para el dichoso plan. Si vuelves a él que sea porque tú lo elijas.

—No estoy volviendo —me defendí.

—Claro, claro —ironizó—. Solo estás aceptando proyectos con él, cenas, galas, reuniones de pareja, visitas a espacios expositivos, promesas de estabilidad… y ahora hablas de él como si fuera un incendio sexy.

Rodé los ojos hacia arriba, pero sonreí, porque me conocía demasiado.

—Ada —dijo de pronto, más seria—. ¿Tienes miedo?

—Sí.

—¿Y ganas?

Tragué con dificultad.

—Un poco.

—Pues ahí lo tienes —sentenció—. Estás viva. Y eso es bueno.

Cerré los ojos un segundo.

Porque sí.

Estaba viva.

Con miedo, sí, pero también con ese hormigueo tan traicionero… el que aparece cuando una parte de ti quiere creer otra vez.

—Camille.

—¿Qué?

—Estoy jodida, ¿verdad?

—Completamente —sonrió—. Pero también estás preciosa. Eso ayuda.

Se rio, yo también.

*

Si pensaba que los interrogatorios habían terminado, estaba muy equivocada, porque cuando llegó la hora de cenar, me esperaba otro y más duro de sostener: MIS PADRES.

Debo decir que mis padres iban bastante a su bola y yo a la mía. Ellos tenían cosas que hacer y yo… bueno, tú ya sabes mi panorama.

Además, no es que coincidiéramos demasiado; por lo que a decir verdad, podría haberme ido a mi piso en vez de quedarme allí, pero bueno, al menos estaba Rosa.

Siempre estaba Rosa, desde que tenía uso de razón, y lo agradecía mucho.

Aunque ninguno de ellos estaba al tanto del plan secreto que tenía con Hugo, claro.

Realmente, cuanta menos gente supiera que todo eso era una farsa, mejor.

Pero sí estaban al tanto de los titulares, obviamente, no eran ciegos ni sordos, aunque yo había evitado el tema siempre que había podido.

Ya estaba Isabel para irle con el chisme a mi madre de que Hugo y yo habíamos vuelto a vernos de nuevo.

Me jugaba todos los diamantes de mi joyero y no los perdía, te lo aseguro.

Así que cuando me senté en la mesa, en la que mis padres ya estaban acomodados, me sentí como si estuviera en el escenario de un crimen donde yo era sospechosa, víctima y testigo al mismo tiempo.

Nada más cruzar la puerta del salón, Rosa apareció desde la cocina con un delantal de flores y cara de «a ver qué me cuentas ahora, criatura».

Pero no me dio tiempo ni a respirar, porque ahí estaba mi madre, Beatriz Montemayor, plantada en medio del salón como si le

hubieran entregado una exclusiva mundial.

—Hija.

—Hola, mamá.

No volvió a contestarme, ni tampoco me sonrió.

¿Qué narices le pasaba ahora?

Mi madre a veces era un poco rarita, ¿sabes?

Me miró como miraría María Patiño una carpeta con documentos confidenciales a punto de estallar en Sálvame Deluxe.

—¿Cuándo pensabas contarnos lo de Ribas? Bueno, y ya que estamos… ¿qué se supone que pasó con Hugo en la gala del Thyssen? No te entiendo, hija, no te entiendo nada. Primero pones pegas cuando quedamos a cenar con la familia de la Vega, y luego… ¡¿Te besas con él en un pasillo?!

Le faltó arañarse la cara y sacarse sus propios ojos.

Eso sí, la laca que fijaba su pelo hacía muy bien su trabajo, porque no se le movió ni una hebra.

Pero una cosa, ¿tenía veintiséis años o tenía trece?

Vale.

Genial.

—Mamá… yo quería hacerlo después de cenar…

—¿Después de cenar? —Beatriz se llevó una mano al pecho, indignadísima—. ¿Tú te crees que soy idiota, Ada? ¿Que no tengo ojos? ¡Madrid está hablando! ¡Toda la jet set está hablando! ¿Tú sabes quién ha venido a contármelo?

Tragué saliva.

—¿La prensa? ¿Un reportero? ¡No lo sé!

—¡Ojalá! —se giró hacia mi padre—. ¿Se lo digo yo o se lo dices tú?

Mi padre, tranquilo como siempre, hojeando el periódico del día aunque ya lo había leído dos veces:

—Sé sutil, Bea.

—¡Yo no sé ser sutil! —rebatió ella—. ¡Se lo digo yo!

Volvió a encararme.

—ME LO HA DICHO ISABEL LADRÓN DE GUEVARA. ¡Tu futura suegra mediática! ¡O exsuegra o yo qué sé! Me ha mandado un audio de tres minutos explicándome, con voz de reina de Inglaterra,

que «Ribas está fascinado con Ada». ¡FASCINADO! ¿Cómo no me siento yo fascinada también, cariño? ¿EH?

—Mamá, estás gritando —dije bajito.

—NO ESTOY GRITANDO. Estoy proyectando. Es distinto.

Rosa tosió disimuladamente al fondo.

—Beatriz —intervino mi padre, doblando el periódico con calma—. Por favor, deja respirar a la niña. A ver si va a ser ilegal hablar en esta casa sin pasar un control de seguridad.

—¡Tu hija va a exponer! —soltó mi madre. Pero ¿por qué se ponía así si ya lo sabía de antes?—. ¡A EX-PO-NER con Ribas! —Oh, claro, ya lo entendí—. Y yo enterándome por audios de WhatsApp como una cualquiera. ¿Pero esto qué es?

Me llevé una mano a la frente.

—No me he confirmado nada aún —dije—. Ha sido una reunión, mañana veré el local.

—¿Con él? —preguntó mi madre, entornando los ojos.

—Sí —respondí.

—¿Y con Hugo? —añadió, ladeando la cabeza al estilo investigadora de crimen organizado.

—También —respondí.

Hubo un mini silencio nuclear, ese en el que sabes que tu madre está archivando información para usarla después como dinamita.

Mi padre intervino rápido, probablemente para evitar una tercera guerra mundial doméstica.

—Bueno, bueno, a ver… todos queremos a Hugo —dijo él, conciliador—. Es un buen chico. Brillante. Correcto. Ambicioso… independientemente de lo que pasara entre…

—Y guapo —añadió Rosa desde la cocina, asomando la cabeza.

—ROSAAA —gritó mi madre, indignada pero riéndose—. ¡No alimentes eso!

—¿Qué es «eso»? —pregunté yo, sintiéndome atacada por cuatro flancos distintos.

—Ese «eso» que tú y Hugo tenéis entre manos —respondió mi madre, con tono de periodista que huele sangre—. Porque yo ya he visto las fotos. LAS FOTOS. ¿Me quieres explicar por qué os estabais cogiendo la mano en una cafetería como dos enamorados que no

superan un capítulo de Netflix? ¿No lo odiabas? Ahora, que yo encantada, porque Huguito siempre ha sido como de la familia.

¿Entonces de qué se quejaba?

¡No entendía nada!

Me quedé congelada.

—Era… —tosí de forma nerviosa— era para el plan. No tiene nada que ver con estar enamorados, sabes de sobra que no lo soporto.

Mentí.

Bueno, a medias.

Lo del plan sí era cierto.

—¿Plan? ¿Qué plan? —preguntó mi madre.

—Eso, ¿qué plan? —añadió mi padre.

—Cielo, ¿qué plan? —Rosa llegó al salón con una olla de caldo de marisco que rebosaba calor.

—¿Plan? ¿Quién ha dicho nada de plan? —Era totalmente consciente de que había metido la pata hasta el fondo, vaya.

—¡Tú! Tú lo has dicho. ¿De qué plan estás hablando? Además, como si tú no temblaras cuando ese chico te mira desde que tienes doce años.

—No tiemblo —mentí, intentando desviar el tema del plan todo lo posible.

—Yo sí —dijo Rosa—. Es que es un chico que impone, coño.

—¡ROSAAA! —bramó mi madre de nuevo.

Pero Rosa siguió hablando igual:

—Y a la niña le gusta más que el pan caliente. Si es que se le nota en la piel. Si brilla. Si la he visto bajar las escaleras como si le hubieran puesto un foco del Teatro Real encima.

Mi madre asintió muy satisfecha, mi padre suspiró y yo solo quise morirme un poco de la vergüenza.

—Vale —dije, levantando las manos—. Basta. Sí, estuve con Ribas. Sí, Hugo vino conmigo. Sí, estamos… colaborando en una estrategia pública. Ya está, ya lo he dicho. Y una cosa más: esto no puede salir de aquí, ¿entendéis? Es algo que… nos beneficia a ambos. Y no significa nada de nada entre nosotros. Solo es trabajo y todo eso.

—Una estrategia pública —repitió mi madre, poniendo voz grave—. Me fascina cómo lo decís. Como si trabajarais en la ONU. ¿Y cuál es

el siguiente paso? ¿Un pacto de no agresión? ¿Fusiones empresariales? ¿O directamente boda?

—Mamáááá… —protesté.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¡La prensa ya os ha casado tres veces esta semana! ¡Tres! Y yo aquí como una tonta esperando que mi hija me diga algo en persona. Perdona si estoy un poco sensible.

Me pasé la mano por el pelo y respiré hondo.

—Solo estamos fingiendo —dije, despacio, como si me costara admitirlo—. No es real, mamá.

Mi madre me miró como si acabara de decirle que los Reyes Magos no existen.

—Ay, hija… —apoyó las manos en mi cara tras acercarse a mí—. Tú puedes fingir delante del mundo entero, pero no delante de tu familia.

Sentí un nudo en la garganta.

Mi padre, que lo veía todo pero nunca empujaba, añadió:

—Solo queremos que no vuelvas a sufrir, Ada. Ni por Ribas ni por la prensa… ni por él.

—Y que si vuelves con él… —añadió Rosa, cruzándose de brazos— lo hagas como una señora. Con la cabeza alta. Y que él se arrastre un poco, que falta le hace.

Me reí sin querer y ellos también.

Y ahí estaba la consecuencia familiar que no esperaba: no solo tenía que gestionar mi vida privada, la prensa y el pacto, sino también que mi familia había vuelto a incluir a Hugo en su mapa.

Como si nunca se hubiera ido, como si todavía fuera uno de los nuestros y todo aquello, por muy falso que fuera, removiera cosas que no se decían, pero que estaban ahí.

Aunque también tenía algo claro, y es que Hugo de la Vega nunca dejó de pertenecer a mi familia, por mucho que yo pusiera tiempo y tierra entre los dos.

Me daba miedo, pero también me daba cierta paz.

# 35
# Hugo

Había tenido un día relativamente tranquilo, que en mi vida significaba que solo dos personas habían intentado hundirme profesionalmente, una periodista me había escrito para «confirmar rumores» y Marcos me había mandado doce memes sobre Ribas.

Estaba revisando unos documentos en el despacho cuando vibró mi móvil con su nombre.

Ada.

La cogí al segundo tono.

—Ey.

—¿Estás ocupado? —preguntó ella, con esa voz que ya conocía demasiado bien: mezcla de nervios, culpa y algo que no sabía si quería o no quería identificar.

—Siempre lo estoy —respondí—. Pero para ti, no.

—Hugo… —dijo al fin—, creo que he metido la pata.

Me senté mejor en la silla, como si eso fuera a ayudar, pero la realidad es que me tensé un poco.

—¿Qué ha pasado?

—Se me ha escapado.

—¿El qué?

—El plan.

—¿Cómo que el plan? —pregunté, como si no supiera exactamente a qué se refería.

Suspiró.

—Se lo he dicho a mis padres.

Me quedé quieto, pero mi cerebro hizo un sprint digno de olimpíadas.

—¿Todo? —pregunté.

—Solo… que tú y yo estamos trabajando juntos. Que estamos fingiendo una relación. Que es parte de una estrategia. Y que… —

hizo una pausa que me tensó el estómago— que voy a verte más a menudo.

Apoyé los codos en la mesa, miré un punto fijo y me sorprendí sonriendo un poco.

—¿Y cómo se lo han tomado?

—Pues… —bufó—. Mi madre se ha puesto modo tertuliana de corazón, mi padre se ha vuelto diplomático de Naciones Unidas y Rosa me ha dicho que, si vuelvo contigo, al menos sea con glamour. Ha sido… intenso. Pero sabes que siempre te han adorado, así que…

Me reí un poco.

—Podría haber sido peor —dije.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Podrías haberles dicho que pensabas casarte conmigo mañana. Eso sí sería meter la pata.

Soltó una carcajada sincera y adorable.

Dios, me estaba volviendo loco.

—Hugo, va en serio —añadió—. Lo siento. No quería que se enteraran así.

—Ada —dije, modulando la voz como si caminara sobre hielo quebradizo—. Tus padres no son un problema. De hecho, son… previsibles. Te protegen. Me vigilan. Me odian un poco. Me quieren otro poco. Ya hemos bailado ese tango antes.

—No quiero que piensen mal —murmuró ella.

—¿De ti o de mí?

—De los dos.

—Escucha —añadí—, aunque les hayas dicho la verdad, no cambia nada. Ellos ya sabían que había… algo. Y no te preocupes por cómo lo procesan. Tú preocúpate por estar bien. Lo demás lo manejo yo.

—¿De verdad? —preguntó, bajito.

—De verdad.

—Gracias.

—Ada.

—¿Mm?

—No tienes que pedirme perdón por contarle cosas a tu familia. Tienes derecho a necesitar apoyo. Yo solo estoy… —tragué saliva, odiándome un poco— …intentando no estropear nada esta vez.

Hubo una pausa larga entre su línea de teléfono y la mía.

Y entonces dijo algo que me tocó en un sitio que preferiría mantener cerrado con llave:

—No lo estás estropeando.

Respiré hondo.

—Mañana vemos el local —le recordé para cambiar de tema—. Te paso a recoger.

—Vale.

—Duérmete ya.

—No puedo.

—Pues finge —dije—. Lo haces bastante bien.

Me colgó riéndose.

Y juro que esa risa se me quedó tatuada en la cabeza.

*

La recogí a las once.

Y voy a decir esto rápido para no sonar ridículo, pero estuve diez minutos en el coche respirando como un idiota antes de llamar al portero automático.

Porque estaba nervioso y el corazón me iba a mil.

Yo.

Nervioso.

No se lo conté ni a Marcos; bastante tenía el cabrón con lo pesado que se ponía cuando sospechaba que sentía algo.

Cuando Ada salió, llevaba un abrigo largo color camel, el pelo suelto y un pintalabios discreto que le quedaba insultantemente bien. Olía a coco y a algo floral que me hizo querer arrancarle el cuello del abrigo para encontrar el origen.

Pero me comporté, claro.

—¿Lista? —pregunté, apoyado en el coche como si no llevara minutos ensayando poses para parecer casual.

Me había vuelto un idiota desde que me dejó, ya lo sé.

—Contigo siempre —respondió ella—. Después se acercó y me dio un beso en la mejilla.

¿QUÉ?

Venga hasta luego.

Le abrí la puerta del coche, se subió y mientras conducía, juraría que me miró de reojo dos veces.

O tres.

Tal vez cuatro.

El local de Ribas estaba en una calle del Barrio de Las Letras que olía a dinero antiguo, café caro y ladrillos con historia.

Ribas nos esperaba en la puerta con un abrigo largo gris, bufanda de *cashmere* y ese aire de hombre que cree que respira más cultura que oxígeno.

—Qué puntualidad —dijo.

—Casi militar —respondí, con media sonrisa.

Entramos y fue entonces cuando pudimos comprobar que… era impresionante.

Altos ventanales, luz natural, paredes blancas listas para ser heridas por el arte de Ada, y un silencio que te hacía sentir pequeño.

Ella entró despacio, cogida a mi mano como si le fuera la vida en ello.

Buah, qué sensación aquella, volver a sentir su pequeña palma incrustada a la mía.

Tocó la pared, miró hacia arriba, respiró hondo.

Le gustaba, lo sabía.

—¿Te gusta? —le pregunté en voz bajita.

Ella me miró y sus ojos brillaron un poco.

—Es perfecto —susurró.

Sonreí, satisfecho.

Ribas señaló un espacio amplio en el fondo.

—Aquí iría tu serie principal. Grandes formatos. Queremos apostar fuerte contigo. Pero… —y aquí vino la parte que más odié— solo si tienes claro que te comprometes. No me gustaría lidiar… con una nueva partida a París.

Ella tragó saliva y supe que ese comentario la había pinchado.

Antes de que pudiera responder, hablé yo:

—Ada no se va a ninguna parte —dije—. Y si necesita algo, lo tendrá. Público, privado, mediático. Lo que haga falta.

Ribas sonrió satisfecho, como si acabara de colocar un peón en su tablero.

—Entonces creo que podemos trabajar juntos.

Ella lo agradeció con una sonrisa suave y un pequeño apretón en mi mano.

Después pasamos un rato hablando de cifras, fechas y condiciones.

No obstante, ambas partes quedamos satisfechas y el local era nuestro.

Pero cuando salimos al exterior tras despedirnos de Ribas, supe que algo del todo no iba bien.

—¿Estás bien?

—Sí.

Qué mentirosa.

—Ada —Me miró—. No me mientas, porfa.

Sus ojos estaban más frágiles de lo que quería admitir.

—Lo que ha dicho Ribas… —empezó—. Me ha dolido un poco.

Me acerqué un paso.

—No te va a volver a pasar eso —dije.

—No puedes prometerlo.

—No —admití—. Pero puedo hacer lo posible. Y lo imposible. Y lo que no debería.

Ella rio muy bajito.

—No digas cosas que suenan a… nosotros —susurró.

La miré.

—No lo puedo evitar.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Y luego ella dio un paso atrás, rompiendo algo invisible.

—Al final voy a tener que darte las gracias y todo —dijo haciendo una mueca graciosa.

—A mí se me ocurre una idea genial para agradecérmelo.

—¡No me digas! —exclamó vacilándome mientras se colgaba del palo de una señal y daba una vuelta sobre él. *BFFF* la adoraba—. ¿Cuál?

—Déjame que te invite a comer.

—¿Qué? ¿Otra aparición pública en un restaurante top?

—¡Nah! —Hice un gesto con la mano y luego agarré la suya—. Una cita de verdad. Déjame que te invite a comer, Ada.

# 36
# Ada

—¿Comer? —pregunté, un poco idiota.

—Sí —respondió él, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo —. No como desde las nueve. Y no quiero que te vayas a casa con la cabeza llena de mierda. Vamos a comer. Tú y yo. Sin plan.

—Sin plan —repetí.

Él levantó las cejitas repetidas veces, haciéndose el interesante.

Sonrió.

Yo también.

—¿Qué me dices? ¿Eso es un sí?

—Vale —respondí, porque ya no podía hacerme la fuerte delante de él.

Me agotaba mucho intentar dejar de sentir ese cosquilleo cuando su mano me rozaba, cuando el olor de su perfume se colaba por mis fosas nasales, cuando lo miraba a la cara y pensaba una y otra y otra vez lo bien que le sentaba el paso del tiempo, porque estaba jodidamente guapo…

¿Una cita de verdad?

Venga.

De acuerdo.

Total… ya no podía perder nada más.

Así que caminamos por Madrid como si tuviéramos dieciocho y veinte años otra vez.

Como si no nos hubiéramos roto por dentro.

Como si no hubiera pactos, ni prensa, ni promesas pendientes.

Pasamos por lo que desde fuera parecía una tiendecita pequeña que siempre olía a pan caliente y a romero, aunque el interior era un diminuto restaurante súper íntimo y acogedor.

No era la primera vez que íbamos.

—¿Confías en mí? —preguntó Hugo.

—No —le dije muy seria, aunque luego solté una carcajada estruendosa, la cual le contagié.

—Perfecto —sonrió—. Entonces esta cita tiene posibilidades de acabar bien.

Entramos.

Pidió queso manchego curado de Dehesa de Los Llanos, cortado en triángulos gruesos que brillaban bajo la luz cálida del local, acompañado de un cuenco pequeño de miel de romero con motas de oro que parecían flotar en la superficie, una cesta de pan artesano con costra crujiente, todavía tibio, y dos culines de sidra que el camarero nos sirvió con ese gesto torpe y encantador de quien intenta escanciar sin hacer el ridículo.

Nos sentamos en una mesita de madera envejecida, de esas que tienen cicatrices en los bordes y marcas que podrían contar mil historias.

Demasiado pequeña para todo lo que había entre nosotros, quizá.

Hugo se pasó la lengua por los labios con una lentitud quirúrgica mientras tecleaba algo en su teléfono móvil.

Yo intenté mirar cualquier otra cosa: el queso, la pared, el camarero, mis propias uñas… Spoiler: fracasé estrepitosamente.

Mis ojos volvieron a sus manos como si estuvieran atados con un hilo invisible.

—¿Pasa algo? —me atreví a preguntar.

—¿Qué? —respondió él distraído. Entonces se dio cuenta de que mis ojos estaban puestos en su teléfono—. ¡Oh! ¿Esto? No, estoy cancelando todas las reuniones de la tarde.

—¿Por qué haces eso? —Estaba sorprendida.

—Quiero estar contigo —respondió encogiéndose de hombros.

Luego sonrió.

—Vale —suspiré.

—¿Estás bien?

—Define «bien».

—Conmigo —aclaró, inclinándose ligeramente hacia adelante.

Le devolví la mirada como si estuviera sosteniendo un arma.

—Estoy… alerta.

Sonrió de forma afilada.

Conocía tan bien aquella sonrisa que me dio hasta rabia.

—Bien. Prefiero eso a indiferente —dijo al tiempo que nos servían lo que habíamos pedido.

Entonces cogió un trozo de queso cercano al borde, grueso y perfecto, lo sumergió en la miel muy despacio, dejando que un hilo dorado cayera en espiral y después lo acercó a mi plato.

Sin tocarme, pero tan, TAN cerca que podía sentir el calor de su mano.

Casi rozó mis dedos.

A un centímetro exacto, estuve a un centímetro de hacerlo, medida exactamente diseñada para torturarme.

Mi estómago dio un giro artístico digno de un oro olímpico en gimnasia rítmica.

—Esto te gustaba —dijo.

—Eso fue hace años, Hugo —dije fingiendo que no me importaban sus palabras.

—Sigues siendo la misma —murmuró.

—No lo soy.

Él ladeó la cabeza, estudiándome.

—Mejor —susurró—. Ahora eres más peligrosa.

Me mordí el labio porque, sinceramente, contestar en ese momento habría sido un suicidio.

—Bueno —logré decir al fin— tú sigues hablando como si nunca te hubieran metido un bofetón por listo.

Él rio de esa forma tan familiar que me perforó por dentro.

—Alguno me he llevado mientras estabas en París —respondió frotándose la cara.

—Menos mal que no estaba aquí…

—Pues yo te eché de menos hasta decir basta —dijo él.

Con dos cojones, claro que sí.

Que alguien me explique qué paso tenía que dar yo en ese momento. Gracias.

Carraspeó, levanté mi vasito de sidra y lo puse en alta, quería escapar de ese momento INMEDIATAMENTE.

—¿Por qué brindamos? —preguntó; y menos mal que me siguió el rollo.

—Por los buitres rosas —dije yo con una sonrisa pícara.

Su risa creció y me calentó la piel, porque fue de esas carcajadas que empujan contra memorias que creías muertas.

Esa risa me hizo olvidar dos años de silencio como si fueran humo.

Bebimos más culines de sidra.

La realidad es que bebimos bastantes más.

De hecho, salimos del pequeño restaurancito bastante contentos.

Después caminamos hasta el Parque del Oeste.

Sus manos en los bolsillos, las mías también, pero nuestros brazos se rozaban cada cierto número exacto de pasos, como si nuestros cuerpos hubieran memorizado una distancia antigua.

Una coreografía involuntaria, perfectamente sincronizada, perfectamente insoportable.

El cielo se había pintado de un rosa desgastado, casi malva, como si Madrid hubiera decidido ponerse romántica justo el día en el que menos margen emocional me quedaba.

Una estética preciosa para nuestra estupidez compartida.

—¿Te acuerdas? —preguntó él mientras subíamos la cuesta hacia el Templo de Debod.

Su voz sonó tranquila, pero la intención no era inocente.

—No —mentí con la facilidad de quien ha mentido sobre lo mismo mil veces.

Él se detuvo medio segundo, como si le hiciera gracia.

—Aquí te besé por primera vez —dijo casi indignado.

Y entonces fui yo la que se detuvo en seco, como si el suelo me hubiera tirado del alma.

Él también se paró un paso delante de mí, con las manos aún en los bolsillos, pero el pecho subiendo y bajando despacio.

—Hugo… —susurré.

No fue un reproche, sino un temblor.

No era el momento de recordar esas cosas.

—Tenías frío —continuó, sin prisa, sin pudor, sin anestesia—. Me dijiste que odiabas Madrid en invierno, así que te puse mi bufanda y luego me miraste como si me quisieras perdonar por existir. Y nos besamos.

—Fui yo quien te besó —repetí, intentando sonar ofendida, cuando en realidad lo único que sonaba era mi corazón contra mis costillas.

Él sonrió, como si estuviera recordando más mi piel que mis palabras.

—Siempre fuiste tú quien hizo todo primero —dijo—. Yo solo te seguía.

Me quedé mirándolo.

Me quedé mirando al hombre que era, a ese pasado que compartíamos, a aquel presente que no sabía manejar del todo bien, a ese Hugo que nunca me había dicho algo así…

Se acercó a mí y me cogió de las manos sin dejar de mirarme ni un instante a los ojos.

—No deberíamos… —empecé a decir.

Mentira.

Quería, pero me daba miedo.

Aunque no pude terminar la frase, porque él dio otro paso hacia mí.

El aire se rompió y mi respiración también.

—¿Quieres que no te bese? —preguntó.

Yo tragué saliva.

Podía oír mi propio pulso detrás de los dientes.

—¿Cuál será tu excusa si lo haces ahora? Estamos solos… no hay nadie a nuestro alrededor.

—¿Necesito una excusa para besarte, París? ¿No te vale que me muera por hacerlo?

—No quiero volver a romperme —susurré.

Hugo inspiró profundamente y miró al cielo.

—Ada… —dijo—. Yo ya estoy roto. Y… no tengo nada que perder salvo la empresa, pero sí tengo mucho que recuperar.

Cogí aire y lo solté suavemente por la boca.

Hugo no tardó en acercarse y susurrarme sobre los labios:

—Déjame besarte, Ada.

—Solo una vez más —me atreví a decir.

Fue prácticamente instantáneo.

Su boca encontró la mía con una precisión devastadora, hambre, memoria y una verdad que no había querido escuchar en dos años.

Me agarró la cara con las manos, esas manos que conocían mi piel como si la hubieran cartografiado.

Yo le agarré el abrigo, tirando de él hacia mí, como si pudiera romper la distancia que ya no existía.

Su pecho contra el mío, mi cuerpo contra el suyo y sus dedos en mi nuca, haciendo presión exacta, perfecta y peligrosa.

Madrid dejó de existir, el parque dejó de existir y el mundo entero se quedó fuera, quedando solamente él y yo, besándome como si quisiera coser lo que había roto y yo correspondiéndole como si quisiera creer que algo roto puede convertirse otra vez en hogar.

Y qué cruel y hermoso al mismo tiempo, porque dolió y curó.

Ambas cosas a la vez.

Cuando nos separamos —porque el aire se acabó, no porque el deseo se fuera— él apoyó su frente en mi frente.

Su respiración rozaba mi boca.

—No estaba en el plan —dijo.

Su voz estaba más rota que la mía.

—Lo sé —susurré.

—Me da igual.

—A mí también —confesé.

—Esto sigue sin significar absolutamente nada —aclaré.

—Por supuesto —dijo él.

Y ahí, justo ahí, con nuestras respiraciones mezclándose y nuestros miedos temblando igual… empezaron las tres semanas que lo cambiaron todo.

# 37
# Ada

Hay semanas que pasan sin pena ni gloria, supongo que como en la vida de todo el mundo, pero luego están las semanas que te cambian el eje, la brújula, la estabilidad emocional y, de paso, el filtro con el que miras a ciertas personas.

Estas últimas tres fueron las siguientes a aquella cita en la que nos besamos y prometimos en vano que sería la última vez.

Se suponía que Hugo y yo íbamos a vernos «lo justo y necesario», por el tema de no sucumbir a tentaciones y esas cosas.

Algo profesional, pura estrategia, distancia emocional y un comportamiento digno de un adulto funcional que simplemente está plantando semillas para su futuro laboral.

JA.

La palabra «distancia» murió el segundo día.

La primera semana fue la trampa.

Todo parecía impecablemente razonable.

Quedamos dos veces.

La primera, para revisar el local de nuevo y terminar de entender cómo funcionaría la parte legal del proyecto de Ribas.

Lo hicimos con café, papeles y un Hugo sorprendentemente educado, casi… dulce.

Lo odiaba y amaba a partes iguales.

Hablamos de «narrativa mediática» en su casa, pero acabó con él enseñándome fotos de un viaje que hicimos juntos a mis diecinueve.

Fotos que yo había olvidado, pero que él no.

En una salía yo con un helado, riéndome, y él me miraba como si fuera lo único que existía.

Sus padres se alegraron mucho de verme, por cierto. Es que lo visitaron por sorpresa.

Esa noche me fui a casa con un torbellino en el pecho y Rosa me dijo:

—Niña, tienes brillo. Eso es peligroso.

Traducción: estás jodida.

La segunda semana empezó de forma inocente, pero no paré de pensar en lo mucho que me gustaba perderme de nuevo en sus ojos.

Hugo me mandaba mensajes por la mañana: *Buenos días, París. ¿Has desayunado?*

Yo respondía: *Sí. ¡Deja de llamarme París!*

También me llamaba por las noches, supuestamente para actualizarme con «la estrategia», pero esos *updates* acababan en conversaciones de una hora sobre banalidades que nos sabían a todo.

Una noche hablamos de música.

Otra de cine.

Otra de cuál era nuestra forma favorita de romper un corazón.

Yo dije que con silencio y él dijo que con miedo.

No sé cuál me dolió más.

A mitad de semana fuimos a un evento pequeño y discreto de fotografía, por petición suya para que me vieran «como una figura emergente del círculo cultural».

Traducción: tenía recompensa para mí, pero estaba claro que él quería estar conmigo sin que pareciera que quería estar conmigo.

¿Me pillas?

La tercera semana, aunque no habíamos vuelto a tener ningún acercamiento, ya no fingíamos nada, porque nos salía solo.

Salíamos a comer.

A veces después de reuniones sobre nuestro «plan» y otras porque sí.

Jamás planeamos algo tan bien como aquello.

Una tarde fuimos a un museo y nos perdimos entre cuadros durante dos horas.

Él me escuchó hablar de luz, ruido, textura y dolor como si fuera la primera vez que oía el mundo.

Me miraba.

Me miraba como cuando analizaba un negocio millonario, solo que lo hacía también con ternura y brillo en los ojos.

En paralelo, la prensa rosa, por supuesto, seguía al pie del cañón con titulares como:

**Gentle Society**
«Valverde y De la Vega: complicidad que no se puede ensayar».

**El Diario Rosa**
«No son gestos de ex… son gestos de quien vuelve».

## Twitter

**@MadridCotillea**
No quiero *shippear* pero ME OBLIGAN.

Y entre titular y titular nos acostumbramos a vernos casi todos los días, a hablar prácticamente de la mañana a la noche, a tocarnos un poco más de lo necesario pero sin traspasar ninguna barrera, a mirarnos un poco más de lo permitido y a estar en la vida del otro como si nunca nos hubiéramos ido.

Hugo se había convertido en mi mejor amigo, como cuando éramos pequeños.

Y en medio de todo eso empecé a dormir mejor, a hacer mejores fotos, a reírme más…

Y él empezó a parecerme… no sé si más humano o más peligroso por parecerlo.

Nos habíamos convertido en dos personas usando excusas para acercarse sin admitirlo.

Pero entonces llegó el momento de dar el siguiente paso de nuestro plan.

Estábamos en la puerta de mi casa, y entonces soltó:

—Vente a vivir conmigo, Ada.

El corazón me dio un latigazo.

—¿Qué?

—El plan… paso tres… ¿Te acuerdas o qué? —me preguntó con sorna.

Solo le faltó revolverme el pelo, cosa que odiaba, como hacía años atrás solamente por hacerme rabiar.

—Sí, sí, claro… perdona, me ha pillado desprevenida.

Se rio, pero dijo:

—Ahora en serio, la prensa exigirá coherencia con todo esto. Y los alemanes ni te cuento…

Era verdad, así que se me aceleró un poco el corazón.

Y también porque, después de tres semanas así, con él entrando y saliendo de mi vida como si nunca se hubiera ido… la idea ya no me daba pánico.

¡Me daba vértigo!

—No te estoy pidiendo que digas que sí ahora.

Solo que lo pienses.

¿Pensar? ¿Qué era lo que tenía que pensar? ¿Si decirle que sí o no?

Eso ya no iba de nosotros, sino del resultado final de todo lo que estábamos sembrando.

Nos habíamos convertido en las marionetas de nuestra propia mentira, así que tocaba seguir adelante sin mirar atrás.

Nos gustase o no.

Esas tres semanas no habían sido solo una transición, sino un preludio del paso que venía a continuación: el paso que cambiaba todo, ese en el que él y yo tendríamos que compartir techo, historias, rutinas y, lo más *heavy*, un hogar.

O su fantasma.

Posdata: mis padres se alegraron.

Posdata dos: Rosa puso el grito en el cielo.

Posdata tres: Camille entró en shock.

# 38
# Ada

—Vale —dijo él, cruzando la pierna con tranquilidad suicida—. Tenemos que organizar la convivencia para que parezca lógica y natural.

—Lo dices como si no fuese exactamente eso —murmuré.

Hugo sonrió de esa manera que me hizo sospechar que estaba pensando algo inapropiado.

—Para empezar —añadió— deberíamos decidir en qué casa vamos a vivir.

—La tuya —contesté demasiado rápido.

Él arqueó una ceja y me retracté:

—Bueno, vale, mi casa —repetí—. Pero vivo con mis padres temporalmente, Hugo. ¿Qué hago? ¿Te llevo a Recoletos a que Rosa nos vigile como si fuéramos dos adolescentes calenturientos? Porque te digo yo que Rosa se vendría a mi piso.

Hugo se aclaró la garganta.

—Tampoco sería la peor parte.

—¡Hugo! —exclamé poniendo los ojos en blanco.

Luego le lancé un cojín a la cabeza y lo esquivó con una facilidad irritante.

Estábamos en el salón de casa de mis padres, para que te ubiques.

—Repito, ¿quieres a Rosa vigilándonos como si fuéramos adolescentes hormonados? Porque ella es capaz de contratar a alguien que se ocupe de esta casa con tal de venirse ella conmigo al piso.

—Perfecto, entonces en mi piso —dijo, anotándolo como si acabáramos de cerrar un acuerdo de fusiones empresariales.

Yo tragué saliva.

Vivir.

Con él.

Uff.

El estómago me hizo un *backflip* elegante.

—Vale… —dije intentando sonar adulta—. Pero tiene que ser ordenado, civilizado y con reglas.

—Me encantan las reglas —respondió él, demasiado rápido.

—No te creo —repliqué.

—Me encantan las tuyas —corrigió, con esa voz grave que no debería usar en espacios pequeños.

Me tembló una rodilla y disimulé recolocando la manta.

—Regla número uno —dije—: nada de invadir mi espacio personal sin pedir permiso.

—¿Qué es «espacio personal» exactamente? —preguntó él, anotando pero con cara de querer discutir cada palabra.

Qué repipi me pareció.

Pero qué rico estaba…

—Mi habitación.

—Vas a tener una habitación para ti sola —repitió despacio.

—Sí.

—Interesante concepto el de «separados pero juntos».

—Hugo…

—Lo respeto —asintió, aunque el brillo en sus ojos decía: «no lo respeto nada, pero ya veremos».

—Regla número dos —continué, ignorándole—: nada de besos fuera del plan, aunque eso ya lo hablamos y por ahora vamos muy bien.

—Ajá —dijo él finalmente, aunque se creó algo… un poco incómodo entre los dos.

No sabría explicar exactamente lo que era, pero sí se sintió como pegajoso y difícil de romper.

—Regla número tres —seguí, fingiendo compostura—: cada uno tendrá sus horarios. Yo trabajo por mi cuenta, necesito espacio.

—Perfecto —dijo él—. Yo también tengo rutinas. Y madrugo.

—¿Desde cuándo madrugas?

—Desde que volviste, claro.

Mi corazón se cayó al suelo por un momento, pero supe colocarlo discretamente otra vez donde iba.

—Regla número cuatro… —intenté continuar, pero él me interrumpió:

—Regla número cuatro: si tienes una pesadilla, me despiertas.

Mi cuerpo entero se paralizó.

—Hugo…

—No para hablar del pasado —explicó, sin apartar la mirada—. Ni para arreglar nada. Solo para que no la pases sola.

No sabía si abrazarle, gritarle o marcharme.

Así que no hice nada, solo respiré, aunque, pensándolo bien, eso ya era mucho, ¿no?

—Regla número cinco —intentó añadir él, muy campante—: no me prohibes cocinarte por las noches.

—¿Cocinarme? —pregunté sorprendida.

—Sí. Te sigo debiendo aquella cena de hace años. La que cancelaste porque estabas enfadada conmigo.

—Claro, estaba enfadada por algo que tú hiciste.

—Exacto. Y desde entonces te debo tres cenas y una disculpa larga.

Me tragué la emoción que intentó subirme por la garganta.

—Regla número seis —dije, por favor, cuánta tensión—: no juegues conmigo, Hugo.

Él se inclinó hacia delante, los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas.

Los ojos clavados en los míos, sin parpadear.

—Nunca jugaría contigo.

—Lo hiciste una vez.

—Y no sabes cuánto he pagado por ello.

Mi pecho dolió.

—No vuelvas a hacerme daño —susurré.

Él bajó la cabeza y respiró hondo.

—Esa no es una regla —dijo—. Es un juramento.

Él me miró como si quisiera cruzar el sofá y arrodillarse a mis pies y yo le devolví la mirada como si pudiera hacerlo y aun así no confiar del todo.

—Entonces… —dijo él, volviendo a su voz normal y a la libreta—. ¿Cuándo te mudas?

—¿Cómo que «cuándo»? —pregunté, horrorizada.

—Ada… eres fotógrafa, no geóloga. No puedes vivir eternamente en casa de tus padres mientras hacemos creer al mundo que vamos a casarnos.

—Lo estoy procesando.

—Pues procésalo rápido. —Sonrió, el muy cabrón—. Mi casa tiene mejor luz.

—Ah, claro, qué argumento tan sólido.

—Y una cama más grande.

Le tiré otro cojín y él lo atrapó, lo dejó a su lado y siguió mirándome con esa mezcla insoportable de paciencia y combustible para mi entrepierna.

—¿Ada? —preguntó.

—¿Qué?

—Va a salir bien.

—No lo sabes.

—Lo voy a intentar tanto que sería ridículo que saliera mal.

No esperé sentir el nudo en la garganta, pero sí que llegó.

Me levanté, incapaz de sostenerle la mirada, y caminé hacia la ventana.

Madrid ajena a mi catástrofe emocional, pero su farándula se alimentaba de ella.

Él se levantó también y llegó hasta mí, pero no me tocó, simplemente se quedó detrás, aunque lo suficientemente cerca.

—La convivencia —dijo en voz baja— no es para engañar al mundo, Ada, aunque en un principio pensara que sí y lo vayamos a utilizar. Pero quiero que sepas que dentro de mí, es para demostrarte que cometí un error, que sí puedo sostener lo que sea. Que puedo sostenerte a ti.

Y eso, justo eso, fue peor que cualquier beso fuera del plan, porque aquello fue una verdad, una promesa y un peligro.

—Ahora no voy a echarme atrás —dije finalmente.

—Perfecto. Ya tenemos todas las reglas.

Y lo hice, claro, pero la realidad era que estábamos viviendo el uno dentro del otro desde antes de empaquetar una sola maldita caja.

# 39
# Ada

Hay lugares que no son solo lugares, sino que tienen incrustada la tinta de los recuerdos.

Espacios llenos de cosas que no se ven: conversaciones que ya no existen, risas que dejaron de sonar y momentos que se quedaron suspendidos en el aire como si el tiempo hubiera decidido, por puro capricho, no dejarlos marchar nunca.

La casa de Hugo era uno de esos lugares y ahora iba a vivir allí.

Madre mía, cómo se puso Rosa: que si qué tomadura de pelo era aquella, que si no sé qué, que si no sé cuántos…

En fin.

Mi madre solo quería que estuviera bien, pero mi padre estuvo a punto de convencerme de que le pusiera un micrófono a Hugo.

Por el amor de Dios, ¿qué creía, que estaba planeando mi asesinato o algo así?

Se trataba de Hugo de la Vega, y precisamente por eso…

Genial.

Qué idea tan inteligente, Ada.

Brillante.

Cuando el chófer de papá me dejó frente a la entrada con las mismas maletas que había traído de París, Hugo ya estaba esperándome.

No en el umbral, como si me recibiera en su reino, sino un paso atrás.

Como si la casa no fuera solo suya y estuviera cediéndome espacio.

Agradecí el gesto más de lo que diré nunca, la verdad.

—Hola —dijo.

—Hola —sonreí y él hizo lo mismo.

—Estamos locos, ¿vale? —comenté mientras cruzaba el umbral de la puerta.

—Vamos a hacer historia, Valverde, que no es lo mismo.

Algo dentro de mí se acomodó un poco, lo justo para no salir corriendo.

Ya había estado allí antes, apenas días antes, así que el olor era totalmente familiar.

A limpio, desinfectante, algunas notas de vainilla por los ambientadores que utilizaba el personal de su servicio, pero las motas amaderadas del perfume de Hugo también flotaban en el aire.

Sus pasos a mi lado sonaron igual que sonaban antes mientras recorríamos el salón, y el eco me trajo un golpe de memoria tan fuerte que casi me lo arranqué del pecho.

—Ya la conoces, estás en tu casa, Ada.

Su casa.

Mi casa.

Nuestra casa.

Qué vértigo.

Caminé despacio por el salón. Era grande, con luz natural y muebles de tonos cálidos.

Se seguía respirando allí dentro ese aire de sofisticación.

Todo estaba ordenado, demasiado si me preguntan.

Antes nunca estaba TAN ordenado.

Él me miró y yo sentí su mirada en la piel.

Demasiados recuerdos con su olor aquí dentro, demasiadas noches durmiendo sobre su pecho desnudo, dejando besos en ese huequito entre su cuello y su hombro.

JODER.

¿Y si aquello era demasiado?

¿Y si no podía soportarlo?

¿Y si sonámbula me metía en su cama, le bajaba los pantalones del pijama y se la chu…?

—Has cambiado cosas —murmuré para salir del bucle, Dios bendito.

—Sí, el interior hay que remodelarlo de vez en cuando —respondió.

No sé si hablaba de decoración o de él mismo.

Quizá de ambas opciones.

Subimos las escaleras hacia la planta de arriba y reconozco que cada paso se me antojó como una conversación no dicha.

Me enseñó la habitación donde iba a quedarme y comprobé que no era la que yo creía, una donde en su interior hicimos virguerías años atrás.

Se trataba de otra estancia más grande, con una ventana enorme y vistas a la ciudad.

Olía a limpio, y tenía mucho espacio para mí: perchas vacías, cajones vacíos, estanterías vacías.

Todo ese hueco me estaba esperando.

—No quería meter nada —apuntó—. Me parecía… invasivo. Prefiero que la llenes tú.

Me mordí el labio; un gesto pequeño que pesó toneladas.

—Gracias —le dije con una sonrisa.

—Gracias a ti por estar aquí.

Dejé la maleta a un lado y miré de nuevo a mi alrededor; los brazos en jarra.

—Si algo no te gusta, lo cambiamos —añadió—. Si algo te incomoda, lo hablamos y si algo te duele… no lo escondas.

Me miró ahí, directamente ahí, donde dolía, donde latía, donde podía recordar todos y cada uno de los momentos que habíamos pasado juntos.

—Y si necesito desaparecer —pregunto bajito—, ¿qué?

Respiró.

—No desaparecemos, no podemos, recuérdalo —respondió—. Pero me quedo. Aunque no sepa qué hacer. Incluso si me equivoco. Me quedo contigo.

Y por primera vez desde que volví… le creo sin reservas.

Lo cual es aún más aterrador.

Tardamos veinte minutos en colocar cuatro cosas, el resto lo haría después.

No había prisa, eso también era nuevo.

Antes todo con Hugo era velocidad.

Adrenalina.

Vertiginoso.

Ahora… era otra cosa.

Más lenta.

Más consciente.

Más adulta.

—¿Te enseño la cocina o prefieres fingir que no existe? —preguntó.

—Si hay café, existe.

Bajamos.

Y ahí, entre una cafetera italiana y dos tazas, un rato más tarde apareció algo que no esperaba: normalidad.

Hablar de cosas simples, reírnos bajito, burlarme de su absurda perfección ordenando cápsulas…

Aquello era un poco ridículo.

Y cálido.

Y casi amable al mismo tiempo.

Estaba en casa de Hugo, era una realidad.

Ahora solo tenía que averiguar cómo aguantar sin tocarnos, porque no debíamos, igual que habíamos hecho las tres semanas anteriores, pero estando bajo el mismo techo.

A partir de ese momento nuestra nueva realidad se basó en cada uno hacer sus cosas, pero compartiendo cimientos: yo revisaba detalles de la exposición, él atendía llamadas, reuniones y a la gente del consejo (a veces desde casa y a veces desde el despacho), y cada pocas horas nos cruzábamos en la cocina, en el pasillo o en las escaleras.

Y nos mirábamos para recordarnos que estábamos ahí, que éramos un equipo y que estábamos más cerca de conseguir nuestros objetivos.

Pero cuando llegaba la noche y yo me metía en mi habitación después de haber cenado juntos la cena que él preparaba… solo podía pensar en cómo dormíamos juntos antes de que todo se acabara, en cómo creía que sería definitivo y, sobre todo, en cómo terminó.

El pasado mordía, golpeaba e intentaba reclamar un hueco en ese espacio tan pequeño que sentía entre el corazón y las costillas.

Y entonces… una de aquellas primeras noches, sonó un golpe suave en la puerta.

—Ada —dijo desde fuera—. No entro si no quieres. Solo… quería decirte buenas noches.

Sonreí bajo las sábanas.

—Buenas noches, Hugo —respondí.

Se quedó en silencio, pero no se movió tras la puerta.

Cogió aire, como si necesitara un segundo más para creérselo y murmuró:

—Gracias por… estar pared con pared. La casa está menos vacía desde que estás aquí.

Luego se fue.

Y dejó a mi corazón haciendo acrobacias.

Maldito Hugo de la Vega.

# 40
# Hugo

**Esfera Social**
*EXCLUSIVA:*
Ada Valverde abandona la casa familiar y se instala en el ático de De la Vega.
Fuentes cercanas aseguran: «Hay más química que en un laboratorio de Harvard».

**Gentle Society**
Convivencia confirmada:
El CEO en ascenso y la artista más observada del momento comparten ya residencia.
¿Estrategia, amor… o ambas cosas?

**Cultura & Estilo Madrid**
Ada Valverde, a un paso de inaugurar su exposición y… ¿una nueva vida sentimental?
Su mudanza al piso de Hugo de la Vega aviva rumores de reconciliación real.

**Vanguardia Social**
*ESTÁ PASANDO:*
Los protagonistas del romance más interrumpido de la élite madrileña dan un giro: la convivencia. ¿Veremos pronto el anillo?

**EliteWatchES**
Romance en construcción:
Testigos afirman que Ada entró con tres cajas y salió Hugo a comprar flores.
Floristerías de Madrid, id contratando becarios.

**Paparazzi Urban**
Fotos NO retocadas:
Mano en la cintura y sonrisas que no se fingen.

**SocietyLeaks**
Rumorología fina:
Convivencia = paso previo a compromiso.
Algunas fuentes aseguran que la familia está «encantada».

# 41
# Hugo

Hay casas que están llenas de cosas y casas que están llenas de silencio.

La mía, antes del paso tres, era de las segundas.

Un silencio impecable, elegante y perfectamente funcional, salvo cuando se rompía por los gemidos de alguna tía que acababa en mi cama tras una fiesta.

Pero desde que Ada se había acomodado en aquella habitación, todo había cambiado.

Reconozco que la primera noche no dormí.

No porque estuviera sufriendo ni atormentado, bueno a lo mejor un poco sí, pero solo por, aun estando tan cerca, sentirla lejos de algún modo.

Pero la realidad es que sentía tanta paz por compartir techo, porque hubiera dicho que sí, que no sabía qué hacer con esa novedad.

Ada en mi casa después de dos años separados en los que la distancia y el silencio había sido lo único que habíamos compartido.

Era como un sueño, pero todavía tenía que conseguir que me perdonara.

A partir de ese día, todas las mañanas de después en las que salió el sol con ella durmiendo en aquella habitación, sentí que la realidad me daba cachetadas suaves que, cuando son tibias y sin maldad, siempre sorprenden.

Por ejemplo: Ada descalza, su cara de recién levantada, el moñito bajo que se hacía cuando quería concentrarse, sus labios, el olor de su perfume, cuadernos aquí y allá, tener la certeza de que nunca sabía dónde había dejado su cámara…

Me reprogramaba la mente poder ver ese tipo de escenas, literalmente.

Y durante ese pequeño segundo no pensaba ni en los alemanes, ni en la prensa, ni en los consejos ni tampoco en mi reputación.

Solamente podía pensar que era lo mejor que me había pasado en los últimos tiempos.

—Buenos días —dije una de aquellas mañanas, un par de semanas más tarde, más o menos.

Ada se giró, llevaba un pijama rosa y comprobé que sus ojos todavía tenían sueño.

Adorable.

Sencillamente adorable.

Mi polla dio una sacudida bajo mis pantalones de traje.

Claro, es que esa era otra: no te imaginas la de pajas que me hice en la ducha imaginándome cómo se duchaba ella en la de al lado.

Una locura, de verdad.

—Buenos días. He sobrevivido a las dos primeras semanas —añadió —. Pensaba hacerte un resumen de evaluación, pero creo que la noticia positiva es esa.

—Creo que hemos cumplido con creces todas las reglas. ¿Algo que mejorar en el servicio? —pregunté con sorna.

—Sí —respondió, seria por un segundo—. No hay croissants.

—Lo solucionaré.

Ella sonrió y yo también.

Preparé café y ella, que tenía la maldita costumbre de sentarse sobre la encimera, esperó a que le pasara una taza.

Su mano rozó la mía y el aire cambió a uno más espeso, pero placentero al mismo tiempo.

No tardó en apartar la mano y dar un sorbo a su café.

No veas lo bien que me vino pasar unas cuantas horas en el despacho.

Mi trabajo iba por buen camino, los alemanes tenían puestas muchas expectativas en mí y debía estar a la altura, tal y como estaba haciendo.

Y la recompensa no solamente sería esa, para mí ya lo estaba haciendo al encontrar a Ada en casa, al finalizar la jornada, casi siempre de la misma guisa.

En el salón, su sitio favorito para trabajar, ordenando fotografías y haciendo anotaciones para la exposición, la cual tendría lugar en muy poco tiempo.

Se concentraba mucho cuando trabajaba, se le fruncía el ceño y se mordía un poco el labio.

Siempre amé ese gesto, así que me apoyé en el marco de la puerta para observarla durante unos instantes.

No obstante, pronto se sintió observada.

—¿Qué? —preguntó alzando la vista de sus quehaceres para mirarme.

—Nada —me encogí de hombros.

—Estabas mirándome.

—Sí.

Se quedó callada.

—¿Necesitas el salón? ¿Te estoy molestando? —preguntó.

—No.

—¿Entonces?

Tragué saliva.

—Es que… —me encogí de hombros— …me gusta verte vivir cosas que no tienen que ver conmigo.

Ella parpadeó y se quedó quieta un segundo.

Luego volvió a su cuaderno, pero había algo distinto en su respiración.

—Eso es nuevo —dijo.

—Lo estoy intentando.

—Lo sé.

Me acerqué a ella para comentarle lo que se me había ocurrido.

—Había pensado en dar… una pequeña fiesta.

Levantó la cabeza.

—¿Aquí?

—Sí. ¿No te gustaría?

—¿De las de «somos figuras públicas y hay que sonreír» o de las de «estará tu madre»? Porque necesito preparar mis defensas psicológicas según el nivel de agresión emocional esperada.

Sonreí.

—Parte de mi familia estará, pero también había pensado invitar a Ribas y esa peña… ya sabes.

—Fantástico —dijo en tono neutro—. Maravilloso. Magnífico. Qué tranquilidad.

—Ada…

—No —respondió rápido, pero no de forma amarga—. Tranquilo. Lo sabía cuando acepté. Solo quiero hacerlo bien.

Me acerqué un paso más.

—Si en algún momento no quieres, no podemos o no te sientes bien… le pongo fin. Me importa tres veces menos lo que piense el mundo que cómo estés tú.

Ella me miró y, aunque no sonrió mucho, mis palabras suavizaron bastante su semblante.

—No te pongas tan perfecto —dijo sonriendo—. O voy a empezar a creerte.

—Créeme. Déjame hacerlo bien —añadí.

Ella asintió muy despacio.

—Entonces hazlo —respondió—. Pero hazlo conmigo, no delante de mí.

Y ahí lo entendí todo: no necesitaba un príncipe, ni un salvador ni tampoco espectáculo.

Necesitaba un compañero de vida, y no me pude creer lo mucho que me apetecía serlo.

—Una cosa.

—¿Sí?

—¿Cuándo será esa fiesta? ¿Puedo invitar a Camille, mi amiga de París?

Sonreí.

—Déjame darle una vuelta, pero debería ser pronto. Tu exposición es en dos semanas. ¿Este finde, quizá? Creo que estaría muy bien. En cuanto a lo de tu amiga, ¿por quién me tomas? ¡Trae a quien quieras, París!

Di un golpecito en el marco de la puerta mientras sonreía, porque estaba contento, antes de marcharme.

Cuando llegué al despacho de casa para dejar el maletín, mi móvil empezó a vibrar y comprobé que era Isabel.

*Venga, échale valor, Hugo*, me animé a mí mismo.

—He visto las fotos de ambos esta mañana, entrando y saliendo de la casa como si ya hubierais vivido juntos toda la vida.

—Están exagerando.

—Siempre exageran. La pregunta es si tú vas a permitir que la historia la cuenten otros… o vas a construirla tú.

Callé y ella hizo una pausa. Después continuó bajando el tono de voz:

—Hugo… no olvides algo importante: esta vez no luches por quedarte con Ada. Lucha por merecer quedarte.

Colgó.

A esa clase de tortura me tenía sometido, lo raro es que todavía no se me hubiera caído el pelo del estrés.

Bufé y, para desquitarme, no dudé en llamar a Marcos y comenzar a planear juntos aquella fiesta que, si bien no nos lo esperábamos, terminaría de poner todas las cartas sobre la mesa.

# 42
# Ada

No es que me apeteciera demasiado dar aquella fiesta, pero entendía que Hugo tenía mucha razón y que podría venirnos muy bien.

Cuando desapareció de mi vista de nuevo, entró un mensaje en mi WhatsApp; lo supe por el sonidito que emitió el teléfono.

Era mi último ligue parisino, Théo.

Se ve que me echaba de menos, el chico y, por una parte, yo también echaba de menos, aunque solo fuera un poco, la Ada que había sido en París.

Sin Hugo, sin prensa y sin tener que fingir nada.

Habíamos estado compartiendo algún que otro mensaje desde que volví a Madrid, pero las últimas semanas había pasado un poco de él.

Lo invité a venir, porque se me debió ir la cabeza.

Camille y Théo cuadraron sus agendas en cuanto escucharon las palabras «invitación» y «fiesta española», así que no me costó prácticamente nada convencerles de que me hicieran una visita y me otorgaran su compañía quedándose todo el fin de semana.

Cuando llegaron a Madrid, todavía teníamos un par de días por delante hasta el momento de la fiesta para poder enseñarles la ciudad.

Y si existía un medidor universal para saber si tu vida se te había ido de las manos, era este: abrir la puerta de casa de tu novio de mentira y ver a Camille entrar como si estuviera inspeccionando un hotel de cinco estrellas que sospechaba que olía a timo.

Llevaba gafas de sol en el interior de la casa y eso, en el idioma oficial de Camille, significaba que iba a juzgar absolutamente TODO.

O a maravillarse, que era lo más probable.

Théo entró detrás, con esa calma francesa que hacía que te entraran ganas de empujarlo por las escaleras solo para ver si alguna vez se despeinaba.

Spoiler: ni siquiera follando lo hacía.

Ay… Théo Thibault, mi último caos francés, mi «*c'est la vie*» temporal, mi error bonito de París y mi último lío antes de volver a Madrid.

Ahí todavía no sabía que sería un error haberlo invitado.

Ni siquiera sabía por qué lo había hecho, supongo que tras aquellas tres semanas habiendo sido fuerte teniendo al demonio tentándome en la habitación de al lado, tenía la falsa ilusión de que, aunque tuviéramos aquellos negocios de por medio, había conseguido superar a Hugo de la Vega.

Así que mi ex lío francés estaba en casa del amor de mi vida.

Digo… mi exnovio.

Repito, estaba EN CASA DE HUGO DE LA VEGA.

Respirad.

Sí.

Ya lo sé.

HIMNO NACIONAL.

—*Mon Dieu*… —dijo Camille nada más poner un pie dentro del salón—. ¿Hugo es el hijo secreto de Dior?

—La jet set madrileña, ya sabes —apunté encogiéndome de hombros.

Camille abrió los brazos como si quisiera abrazar el exceso.

—Sí, claro, ahora todo tiene sentido. Esto es muy «soy guapo, soy rico, y además soy intenso… sobrevivid, mortales».

Théo sonrió con esa educación francesa que a veces parecía provocación pasiva.

(Y sí, JODER, claro que recordé que me lo había follado. Y claro que recé para que Hugo NO LO NOTARA… aún.)

El salón era una mezcla entre catálogo de revista y persona que tiene una tarjeta *black* que le da alergia a decir «no».

Demasiado perfecto, demasiado ordenado, demasiado él.

Y en medio de todo aquello: CAJAS.

Montones.

Como si Hugo hubiera comprado medio Madrid porque necesitaba canalizar sus emociones en objetos decorativos.

—Ada… cariño… —Camille se inclinó sobre una torre de velas como quien examina un animal salvaje—. ¿Qué es todo esto?

—Preparativos —dije.

—No —negó despacio—. Esto es un Zara Home poseído por el espíritu de Beyoncé. Hay como… quinientas velas o algo así.

Y tenía razón, porque Hugo le había pegado un viaje a la tarjeta de crédito increíble: candelabros dorados, servilletas de lino, copas de cristal, luces cálidas, flores frescas, alfombra nueva, una vajilla de edición limitada…

—¿Y la comida?

—Mini hamburguesas gourmet, langostinos con salsa kimchi, tartaletas de queso trufado, empanaditas argentinas de autor, una mesa dulce diseñada por una repostera con más seguidores que el Vaticano… —hice una pausa—. Y mojitos. Muchos mojitos. ¡Ah! Y un dispensador de agua *detox* con pepino.

—¿Desde cuándo Hugo cree que la gente BEBE AGUA DETOX EN UNA FIESTA? —preguntó Camille indignada.

—Desde que quiere impresionar —respondí.

Ella silbó y miró el jarrón que había sobre la mesa, el cual tenía pinta de haber sido robado a un zar ruso en 1742, pero en realidad era de diseño y nada más.

—Esto vale más que mi alquiler —susurró.

—No lo dudes —dije.

Camille abrió la boca dramáticamente.

—Ada, voy a decir una cosa muy fuerte… Si no te casas con este hombre, me ofrezco voluntaria.

Théo carraspeó y yo preferí fingir muerte cerebral ante su comentario.

—¿Dónde dormimos? —preguntó él.

—Aquí, si queréis. Hay habitaciones libres —respondí—. O en mi piso, que es más pequeño.

Camille levantó un dedo al cielo.

—Aquí. Por supuesto que aquí. Si yo duermo en un sitio donde hay mantas que parecen hechas con el pelo de un unicornio, mi vida

mejora un treinta y seis por ciento.

Estaba a punto de contestar algo, pero entonces… la puerta del salón se abrió y apareció Hugo.

Traje oscuro, corbata aflojada y mirada directa hacia mí.

Camille inspiró aire tan fuerte que pensé que iba a absorber el oxígeno de todo Madrid.

Hugo saludó, yo le devolví el saludo y los presenté.

Théo dio dos pasos y le tendió la mano.

—Encantado —dijo con ese acento francés que parecía ilegal.

Hugo le estrechó la mano, de forma demasiado fuerte, demasiado lenta y demasiado «¿y tú quién coño eres?».

(Camille me miró con expresión de «ESTO, ESTO SÍ ES TELEVISIÓN».)

—Théo es… un amigo —dije, como si no hubiera un elefante francés jodiéndolo todo en la habitación.

—Un… amigo —repitió Hugo.

Luego sonrió como quien afila un cuchillo.

Yo respiré hondo.

¿Por qué me sentía tan incómoda?

Oh, claro, por la antipatía de Hugo hacia Théo así, como el que no quería la cosa.

—Veo que ya… lo habéis visto todo —dijo él, señalando las cajas.

—No sabes cuánto agradezco esto, Hugo. Has conseguido que me suba la serotonina —dijo Camille poniendo las manitas juntas bajo su barbilla.

Hugo sonrió… pero cuando miró a Théo, su sonrisa tardó MEDIO SEGUNDO MÁS en aparecer.

Yo lo noté, Camille lo notó y estoy segura de que si hubiera buitres rosas a nuestro alrededor, habrían sacado varias fotos de su cara de limón.

—¿Todo bien? —me preguntó él.

—Todo correcto —respondí.

—Perfecto —dijo Hugo, metiendo las manos en los bolsillos—. Pues vamos a organizarnos. Tenemos una fiesta que montar.

Y esa fue la primera pieza del dominó, la que lo cambió todo y puso celos, secretos, historia compartida y tensión sexual en una misma

habitación.
Hugo lo supo.
Yo lo supe.
Y Théo también.

# 43
# Hugo

A veces tenía la sensación de que la vida real no avisaba cuando decidía ponerte a prueba.

No había una alarma, ni ensayo previo; simplemente ocurría.

Y en ese momento, mientras me ajustaba la chaqueta frente al espejo y escuchaba el movimiento suave de Ada preparándose junto a su amiga Camille para la fiesta de aquella noche, mientras el francesito se bebía MI licor en MI salón, supe que era uno de esos días.

Por cierto, ¿amigo?

Ese tío no la miraba como un amigo.

¡Que no estaba ciego!

Ese tal Théo no era amigo ni pollas, me la sudaba lo que pudieran decirme.

Los amigos no miraban así, no rozaban brazos «sin querer» ni se inclinaban para susurrarle cosas al oído como si compartieran secretos de guerra.

Y, desde luego, los amigos no habían dormido con Ada Valverde en París.

Lo sabía.

No porque nadie me lo hubiera dicho, sino porque hay cosas que un hombre reconoce aunque le arranquen la piel.

Durante esos días previos, Ada había estado enseñándoles Madrid a Camille y al francés.

Museos, calles, terrazas…

Se hicieron fotos en lugares donde yo había sido feliz con ella… y donde ahora sonreía con otro.

Yo trabajaba.

O fingía que trabajaba, mejor dicho, y ella volvía a casa oliendo a calle, a vino blanco y a risas que no eran mías.

Y el Théo de los cojones siempre estaba ahí, con esa calma insoportable del que no parece competir… pero compite en silencio.

Mi casa, mientras tanto, se transformaba en una declaración de intenciones: flores frescas en cada rincón, velas suficientes para invocar a un dios antiguo, música cuidada al milímetro e iluminación cálida, elegante y nada agresiva.

Aquello no sería solamente una fiesta, sino también el mensaje de que estaba ahí, iba en serio y no me escondía.

El día esperado, cuando llegó la gente, conseguí lo que quería: que Madrid hiciera lo que mejor sabía hacer, que era mirar, juzgar, sonreír y especular.

Mi casa se llenó de socios, gente del mundo cultural, un par de periodistas discretos, amigos de siempre, mis padres, los de Ada, Ribas y gente que fingía no saber nada, pero en realidad lo sabía todo.

Ada no tardó en hacer acto de presencia y, joder, no iba guapa…

IBA PELIGROSA.

Vestido negro, sencillo, ceñido, espalda descubierta lo justo para que cualquiera que mirara entendiera que estaba mirando algo que no le pertenecía, el cabello suelto, la piel luminosa y la seguridad tranquila de quien ha sufrido… y ha sobrevivido.

La casa se quedó pequeña cuando las miradas se posaron en ella.

Théo iba a su lado y Camille detrás, hablando con unos y con otros.

Lo cierto es que su amiga me caía fenomenal. Era una rubia guapa y muy divertida que siempre sacaba el lado bueno de todo.

—Respira —me dijo Marcos, acercándose con una copa en la mano. Él estaba al tanto de todo, por supuesto—. No le pegues al francés todavía.

—Ese tío no es su amigo —respondí, sin apartar la vista de ellos.

—No —admitió—. Pero tampoco es tuyo.

Hice una mueca y di un trago a mi copa de ginebra.

Ada se movía entre la gente con naturalidad: sonreía, escuchaba… simplemente brillaba.

Y Théo se inclinaba demasiado cerca, le hablaba bajo, le tocaba el codo, el brazo, la espalda.

Nada exagerado, pero todo calculado.

¿Es que ella no se daba cuenta de que aquello no nos beneficiaba o qué?

—¿Te das cuenta de que está marcando territorio en tu casa? —susurró Marcos.

—Me estoy dando cuenta de demasiadas cosas esta noche.

Camille apareció como un torbellino de risas y copas.

—¡Hugo! —gritó—. Esta fiesta es increíble.

—Gracias —respondí—. Me alegra que te guste.

—Ah, me encanta —añadió, mirándome con una sonrisa demasiado lista—. Aunque tienes un pequeño problema francés rondando por aquí.

Marcos soltó una carcajada.

—Si quieres recuperar a Ada, creo que deberías reaccionar… —me dijo Camille al oído. Iba contenta por el alcohol—. Ese chico no ha venido a comer canapés, estuvo con Ada en París.

La miré, tensando la mandíbula y ella levantó las cejas.

—Yo aviso. Luego no quiero dramas masculinos con puños y orgullo herido.

—Haces bien —dijo Marcos.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Camille.

—Tu acompañante esta noche, si quieres. ¿Tomamos una copa juntos?

Puse los ojos en blanco y me aparté de ellos.

Lo que me faltaba.

Fue entonces cuando Ada se acercó a mí y todo se recolocó.

—Está viniendo más gente de la que pensábamos —me dijo.

—Que vengan —respondí—. Esto va de no esconderse.

Me miró un segundo más de la cuenta.

—Gracias por… todo esto.

Asentí y palpé casi con desesperación mi bolsillo en busca de un cigarro.

—Es lo mínimo. Y funcionará, hazme caso.

Théo apareció a su lado.

—Tu fiesta es impresionante —me dijo—. Muy… tú.

Sonrió.

Yo también.

—Lo es —respondí.

Luego se hizo un silencio de esos que huelen a pólvora.

Ada carraspeó y dijo:

—Voy a por algo de beber.

Se marchó y ahí se quedó el francés, ¡conmigo!

Suerte que apareció Marcos, quien claramente se estaba divirtiendo demasiado.

—Camille ha ido al excusado. ¡Menuda tía! Creo que me flipa —dijo, un poco borracho.

Lo miré y rodé los ojos hacia arriba.

—No me jodas. Es la mejor amiga de Ada, Marcos, ¡no la cagues!

—Hablando de Ada —dijo Théo con su estúpido acento francés—. No soy una amenaza.

—Permíteme que lo dude —respondí, y Marcos me dio un codazo.

—Bueno —dijo—. Esto se está poniendo interesante.

Miré a Ada al otro lado del salón. Reía con alguien libre y viva.

Sentí algo incómodo, quizá peligroso.

Miedo.

Miedo a perderla cuando todavía no era mía.

Miedo a que eligiera otra cosa.

Miedo a que yo hubiera llegado tarde.

Théo se esfumó al ver que no le hacíamos caso.

—¿Estás bien? —preguntó Marcos.

—No —respondí—. Pero esta vez no voy a salir corriendo. —Levanté la copa—. Esta vez me quedo.

Y en medio de la música, las risas, el champán y las miradas cruzadas, entendí algo con una claridad que asustaba: aquella fiesta no iba a unirnos, sino a ponernos a prueba.

Y esa prueba no tardó en llegar.

# 44
# Ada

Hay noches que se te quedan pegadas a la piel, a los pensamientos, a la garganta.

No importa lo mucho que te duches, que te cambies, que te sueltes el pelo o que te pongas ropa cómoda; simplemente se quedan contigo y te obligan a mirarte por dentro aunque no tengas la menor intención de hacerlo.

Aquella fue una de esas.

No sé en qué momento decidí que necesitaba aire.

Solo sé que, de pronto, la fiesta pesaba demasiado.

Demasiadas miradas, protocolo, electricidad…

Demasiado Hugo mirándome como si quisiera decirme algo que aún no podía decir.

Me escabullí por el pasillo, copa en mano, buscando silencio.

Y, por supuesto, Théo me siguió.

—Siempre haces esto —dijo, apoyándose en el marco de la puerta de la biblioteca—. Cuando todo se vuelve demasiado intenso… desapareces.

—No desaparezco —respondí—. Respiro.

Entré, buscando esa ausencia de barullo y conversaciones de gente que, a algunos, ni los conocía.

Théo me siguió.

—Hiciste lo mismo cuando viniste a Madrid —dijo.

—Para nada, he vuelto por trabajo —repliqué un poco molesta.

La biblioteca olía a madera, a libros caros, a Hugo.

Error número uno de entrar ahí.

—Esta casa es impresionante —comentó Théo, cerrando la puerta despacio—. Pero no es tuya.

—No —dije—. No lo es.

¿Qué más daba que fuera mía o que no?

Me giré hacia él.

—¿Qué haces aquí? ¿No te gusta la fiesta?

Sonrió y esa sonrisa que en París me pareció inofensiva… en ese momento no me lo pareció tanto.

—Tú me invitaste.

—Te invité a la fiesta, no a complicarla.

—La complicación ya estaba aquí antes de que yo llegara —dijo, acercándose un paso—. No me mires así. No soy ciego.

Noté el pulso en las sienes.

—Estoy trabajando con Hugo, ya sabes de qué va todo esto —dije.

—No —corrigió—. Estás fingiendo con Hugo, pero de la otra manera… No lo has superado, por eso has accedido a hacer… esta pantomima.

Me quedé en silencio, delatándome a mí misma.

—Ada… —bajó la voz—. En París no mirabas así a nadie cuando entraba en una habitación. Aquí sí.

—No sabes lo que ves —respondí, tensa.

—Lo sé perfectamente —dijo—. Eres alguien que está volviendo a algo que le rompió en mil pedazos.

No.

Eso no era cierto.

Me negaba.

No.

Yo controlaba perfectamente la situación.

Me crucé de brazos.

¿Quién se creía que era?

—No tienes derecho a analizarme.

—Tengo derecho a preocuparme —replicó—. Y también a decirte una cosa que quizá nadie se atreve a decirte ahora mismo.

Dio otro paso hacia mí.

—Esto no es un juego para ti —continuó—. Para él quizá sí, pero para ti no. Tú lo amas, Ada. Y lo sabes.

—Théo…

—Mírame —pidió.

Levanté la vista y fijé mis pupilas en las suyas.

—Si te quedas aquí —añadió—, vas a volver a perderte. Y tú no eres de nadie, Ada. Al menos, eso me dejaste claro en París.

Me tembló el pulso.

—No me digas quién soy.

—Entonces no actúes como si fueras la bella marioneta de Hugo —susurró.

—¿Crees que no podría estar con otros chicos porque según tú sigo enamorada de él?

Théo soltó una risa que me repugnó.

—¿Acaso no lo ves? En París me atrapabas entre las sábanas, aquí eres incapaz de mirarme solo porque está él.

Su mano rozó mi muñeca, solo un roce, una pregunta.

No me aparté, no dije nada, porque tenía que hacerme la fuerte, no sé por qué, tenía que demostrar mi fortaleza en cuanto a lo que mi corazón seguía sintiendo por Hugo.

Y Théo interpretó el silencio como respuesta afirmativa.

Se inclinó despacio y sentí su aliento.

Supe en ese instante que me había equivocado.

Pero fue demasiado tarde: los labios de Théo rozaron los míos.

Fue un error.

Un beso de esos que no nacen del deseo, sino del conflicto, un beso que ocurre porque estás perdida durante un segundo; y ese segundo fue suficiente para que todo se fuera por la borda.

Porque hay besos que no significan nada y otros que lo destruyen todo.

# 45
# Hugo

Me fragmentó el corazón, lo reconozco.

Aunque supongo que me lo merecía, ¿no?

Me merecía verla feliz con otro aunque estuviéramos fingiendo.

Me merecía perderla por lo que le hice.

Me lo merecía porque era un mierda y ya está.

Quizá no debería haberles seguido como un puto psicópata.

O no, mejor, quizá ni siquiera debería haberme metido en ese plan de mierda.

Porque era absurdo, ¿verdad?

Todo aquello…

Me reía por dentro, me reía de pura desesperación de ver al francés de los cojones con ella.

El alcohol no me estaba sentando bien y el corazón me iba demasiado deprisa.

—Hugo… —Ada apareció detrás de mí, suerte que todavía no había llegado al salón a pesar de mis grandes zancadas, que impactaban rabiosas contra el suelo en cada paso.

Me giré y entonces los miré a ambos.

—Luego —le respondí a ella. Después lo miré a él—. Y tú… te quiero fuera de mi casa de forma discreta y educada. No me gustaría echarte a mí. No nos conviene, ya sabes.

—Hugo, por favor… —me suplicó Ada.

La miré una última vez y me escabullí entre la gente.

Necesitaba aire.

Aire, hostia puta.

Salí a la terraza.

Ada se agarraba uno de sus brazos con el otro, el francés de los cojones a saber dónde se metió y Marcos me siguió al exterior.

Saqué un pitillo con manos temblorosas y me lo puse en la boca.

Tenía que tener autocontrol, no podía hacer estallar toda la mierda que llevaba dentro del pecho con mi casa llena de gente, con nuestro plan a punto de llegar al final.

En ese momento debía tragarme el veneno negro que me corría por las venas e intoxicarme con mi propia ponzoña.

—¿Qué cojones pasa? —me preguntó Marcos.

Encendí el cigarro y esa primera calada me supo a gloria.

—Le he dicho a ese tío que se pire —le dije a Marcos con el rostro tan tenso que me estaba empezando a doler toda la cara.

—¿Al francés? ¿Por qué?

—¿Por qué? —Casi me escandalicé—. Los he pillado en la biblioteca besándose. ¡Besándose, Marcos! —casi grité.

—Shh. —Marcos trató de apaciguar mi estado—. ¿Qué coño dices?

Di una calada rápida y tiré el humo de forma nerviosa.

—Lo que oyes —le dije.

Sonreí a un conocido de la forma más teatral que me salió, alcé mi copa ante él y luego volví a mirar a Marcos:

—Creo que me está dando un infarto —le dije, luego bebí de mi copa.

—¿Y Ada?

—Ada se ha dado cuenta de que lo sé, yo qué sé. No puedo más.

—No podéis echarlo a perder todo ahora. ¿Qué quieres que haga? ¿Desalojo a la gente?

—Me encantaría, pero no puedo hacer eso. Comentarán.

—Ya —Marcos parecía pensativo—. Busca a Ada, habla con ella. Yo te excuso si alguien pregunta por ti.

—¿Estás seguro? ¡Ni siquiera sé si es eso lo que tengo que hacer! —Me pasé una mano por el pelo, estaba taquicárdico.

—Búscala, tío —Marcos me palmeó la espalda.

Di una última calada a mi cigarro y lo tiré para pisar la colilla después.

Caminé por la casa llena de gente como si no hubiera nadie y todo fuera un decorado caro montado para una mentira demasiado grande.

Mi propia mentira.

Ada, que estaba acompañada de Camille en ese momento, me miró desde la cocina.

Hice un movimiento con mi cabeza para que me siguiera.

—Hugo… —susurró cuando llegó hasta mí.

Negué con la cabeza.

Si hablaba en ese momento, iba a decir algo que no tendría vuelta atrás, así que subí las escaleras sin prisa, porque la prisa era para los que todavía tenían control.

Pero a mí ya no me quedaba nada.

Fui directo hacia mi habitación, y cuando Ada entró en el dormitorio, cerró la puerta con cuidado.

*Como si el cuidado sirviera de algo*, pensé.

—Oye…

Me giré despacio hacia ella.

—No —dije—. No empieces así.

Ada se quedó quieta, sin saber qué decir, supongo.

—Si vas a decirme que ha sido un error, ahórratelo.

—Es que ha sido un error —susurró.

Me reí de forma seca y fea.

—¿Se puede saber por qué te ríes?

—Porque soy estúpido —reconocí.

—No, no lo eres…

—Joder, Ada… claro que lo soy. Pensaba… pensaba que íbamos a… volver a estar bien. No solo para los buitres rosas, sino también entre nosotros.

Ada se llevó una mano a la frente, cerrando los ojos.

—Estoy harto de fingir para la prensa, pero también de fingir cuando estoy contigo.

—¿A qué te refieres?

—¿Sabes lo que fue un error? —pregunté—. Dejarte marchar creyendo que sobreviviría. Creer que fingir no sentir iba a convertirme en alguien mejor.

Di un paso hacia ella.

—¿Sabes lo que he sentido viéndote con él? —continué—. Vergüenza.

Ada frunció el ceño.

—¿Vergüenza?

—Sí —escupí—. Vergüenza de darme cuenta de que aún puedo perderte. Incluso ahora. Incluso aquí. Incluso cuando estás en mi casa y en mi cama… aunque aún no lo sepas.

Se le quebró la respiración.

—No tienes derecho a hablarme así.

—Tienes razón —admití—. Pero tampoco tengo fuerzas para seguir callándome.

Me pasé una mano por el pelo.

—Estoy cansado de fingir que esto es un plan, cuando por dentro yo no lo siento así al estar contigo, de hacer como si no te deseara cada vez que me miras, de hacerme a la idea de que cuando por fin consiga la firma de los alemanes vas a volver a irte.

—No puedo, Ribas…

—Al diablo con Ribas, Ada. Y lo sabes. ¿De verdad necesitas a Ribas? Sé sincera. Cuando viniste a Madrid no contabas con él e ibas a exponer igualmente.

Se acercó un poco.

—Hugo…

—No —la corté otra vez, más bajo—. Déjame terminar o no voy a poder hacerlo nunca. Por favor, París.

La miré directamente a los ojos y ella contuvo el aliento.

—Te quiero. Lo sigo haciendo. Te quiero como se quiere cuando se tiene miedo —observé que se le llenaron los ojos de lágrimas—. Y me jode porque no quiero necesitarte así, pero te necesito igual que te necesité cuando te fuiste a París. Y verte con él ha sido como recordar que aún no soy suficiente para que te quedes. Da igual que sea CEO, no soy suficiente para ti porque hace dos años te dejé claro la clase de persona que soy: un cobarde.

Eso la rompió.

—No es eso —dijo, acercándose—. No es eso…

—Entonces dime qué es —pedí—. Dímelo mirándome a la cara.

Me agarró la camisa.

—Es que tengo miedo de volver a ser la chica que se rompió por ti.

Tragué saliva.

—Yo no soy el mismo chico que te rompió —respondí—. La diferencia es que ya no tengo miedo.

Nos quedamos a centímetros, una distancia demasiado peligrosa para pensar.

—Si me besas ahora —dije—, no voy a parar.

—No quiero que pares —susurró.

La besé como si quisiera borrar a cualquiera que hubiera estado entre nosotros, como si mi cuerpo recordara el suyo mejor que mi cabeza.

—He echado al francés —dije rozando mi boca por su cuello.

—Ya me he dado cuenta —respondió con la respiración agitada.

La empujé suavemente hasta la cama y ella tiró de mí.

No tardé en subirle el vestido y ocultar mi mano en su entrepierna.

Llevaba medias de licra hasta la mitad del muslo.

Un tanga de La Perla me dio la bienvenida, pero lo aparté de un solo movimiento.

—¿Crees que yo no he deseado esto tanto como tú? —me preguntó. Según su respiración, su corazón parecía a punto de estallar.

—Lo has disimulado genial —apunté desabrochándome el cinturón y la cremallera de mi pantalón.

Luego me coloqué sobre ella, dejando que subiera las piernas alrededor de mi cintura.

Una de mis manos bajo su cabeza, agarrando su pelo; la otra guiando mi ansiosa polla hasta su entrada.

Cuando la tuve debajo de mí, entendí que no estaba ganando nada.

Estaba perdiéndolo todo… y aun así no podía parar.

Soltó un gemido que me atravesó el pecho al entrar en ella.

—Hugo —susurró mi nombre.

—Te tengo —respondí—. Estoy aquí.

Nos movimos como si el tiempo no existiera, como si el pasado doliera menos si lo sudábamos.

Perdí la cuenta de las veces que jodimos aquella noche mientras la fiesta seguía en todo su esplendor.

Y cuando acabamos, rendidos de sueño, se quedó a dormir en mi cama.

Bocabajo, con su perfecto culo tapado a medias con mis sábanas.

Me quedé despierto un rato, mirándola dormir.

Pensando que, aunque la tuviera ahí, todavía había cosas que no le había dicho.

Cosas que podían destruirla.

Y que, tarde o temprano, iban a salir a la luz.

Fue entonces cuando mi móvil me avisó de que había entrado un mensaje.

Cuatro de la mañana.

Marcos.

*La fiesta ha sido todo un éxito. Se acaba de ir el último. ¿Todo bien?*, me escribió.

*Estupendamente*, le respondí.

*Genial, porque Elena Vilar ha estado aquí*, leí, quedándome helado.

# 46
# Hugo

Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir, y no porque no hubiera podido hacerlo, que también, sino porque tampoco me lo permití.

Desde que Marcos me escribió aquel mensaje, algo dentro de mí se quedó en estado de alarma permanente, como una sirena muda sonando en el fondo del pecho.

Di vueltas en la cama sin parar, hasta que llegó un momento en el que ya no pude más y, tras comprobar que Ada estaba completamente dormida, me vestí sin encender la luz.

Salí a la calle con esa sensación de que el mundo seguía funcionando con normalidad mientras el mío empezaba a resquebrajarse por dentro.

Llamé a Marcos por teléfono, en una videollamada, porque me sudó los cojones que él sí que estuviera durmiendo.

—Joder, tío… —se quejó al otro lado de la línea.

—Dime qué te dijo —apremié.

Marcos bostezó.

—¿Tiene que ser ahora? Chapé tu maldita fiesta, tío. Y me ocupé de que tu madre no te diera por culo.

—¿Y eso fue antes o después de liarte con Camille? —le espeté—. Va, cuéntame lo de la arpía esa. No puedo ni dormir.

Mi amigo bufó.

—No me sonó bien, la verdad. Nada bien.

—¿Qué hizo exactamente? —pregunté, aunque ya sabía que ninguna respuesta me iba a gustar.

—Preguntó por ti. Dos veces. Luego dijo que necesitaba verte urgentemente. Y dejó claro que no era una invitación.

Cerré los ojos un segundo.

Elena Vilar no pedía favores, los cobraba.

—¿Dijo algo más?

—Que había cosas que Ada debería saber —respondió Marcos, mirándome directamente—. Y que prefería contártelas primero a ti.

Ahí lo supe.

No era una amenaza abierta, era algo peor: una certeza.

Colgué la llamada, no me hacía falta seguir hablando para saber por dónde iban los tiros.

Y lo único que podía hacer era enfrentarme a la situación sin que Ada se enterase.

Concerté una cita con ella en mi despacho esa misma tarde y desde que claudiqué a su petición hasta que Elena apareció, el tiempo se convirtió en una masa informe de reuniones aplazadas, cafés que no me hicieron efecto y pensamientos que no me dejaron descansar ni un segundo.

Tenía la sensación de estar entrando en un escenario donde ya conocía el final, pero no el momento exacto en el que todo iba a estallar.

Pedí que nadie nos interrumpiera, mandé un mensaje a Ada diciéndole que nos veríamos por la noche y apagué el móvil.

Elena llegó puntual, por supuesto.

Llevaba un traje de color claro, impecable, el pelo recogido con descuido estudiado y esa expresión suya de mujer que nunca duda de su lugar en el mundo.

La clase de mujer que siempre cae de pie… incluso cuando empuja a otros por el camino.

—Hugo —dijo, sonriendo—. Sigues teniendo un despacho precioso.

—Ve al grano —respondí—. No tengo tiempo.

Se sentó sin pedir permiso.

—Nunca lo has tenido —replicó—. Ni para mí ni para nadie, por lo que veo.

No contesté, pero sí la observé con distancia, como si fuera una pieza de museo que ya no me impresionaba, aunque sabía que seguía siendo peligrosa.

—No te voy a hacer perder más tiempo —continuó—. Estoy segura de que ya sabes por qué estoy aquí.

—Lo intuyo.

—Perfecto —asintió—. Entonces será más fácil.

—¿Cuál es el problema? ¿Estás celosa o algo así?

Apoyó el bolso sobre la mesa, cruzó las piernas y me miró con esa mezcla de curiosidad y desprecio que siempre había utilizado como arma.

—Madrid está convencido de que tú y Ada vais muy en serio. —No era una pregunta—. Y eso nos deja a mí y a ti en una posición incómoda.

—No nos deja en ninguna posición —repliqué—. Ni hay nada entre tú y yo, ni tampoco lo ha habido nunca. ¿Qué son dos polvos, Elena?

Sonrió despacio.

—Lo nuestro empezó mucho antes de que tú quisieras admitirlo —corrigió—. Y terminó de una manera… confusa.

Sentí el primer golpe en el estómago.

—No voy a hablar de eso contigo.

—Claro que sí —dijo con suavidad—. Porque si no lo haces tú, lo haré yo, pero con Ada. Creo que puede interesarle mucho.

Me quedé en silencio y el despacho me pareció más pequeño.

—Ada no sabe toda la verdad —continuó con aquella afirmación—. Y creo que se merece conocerla antes de que la humilles públicamente con una pedida de matrimonio de cuento. Porque eso es lo que va a pasar, ¿verdad? Ribas ha soltado comentarios al respecto.

Ahí fue cuando me levanté.

—No te atrevas a usarla.

—No la uso —respondió—. Te doy una opción.

Siempre tenía una, la muy hija de puta.

—Rompe con ella —dijo—. Hazlo con elegancia, con una excusa razonable, no como la otra vez. Nadie lo sabe, ¿verdad? El motivo, digo. En esta ocasión, deja que la narrativa cambie antes de que se consolide. Y yo… —Se encogió de hombros—… seguiré siendo discreta.

—¿Y si no?

—Entonces le daré más motivos para odiarte además de los que tiene —dijo sin titubear—. Le contaré que cuando se quedó embarazada, tú, muerto de miedo, no solo le pediste que abortara,

sino que encima, mientras ella intentaba recomponerse por tu falta de compromiso, acabaste en mi cama.

El aire me abandonó los pulmones.

—Eso no fue así —me defendí.

La forma en la que lo había dicho me hacía sentirme un completo miserable, y por eso utilizaba esa herramienta.

Parezco un monstruo, pero no fue así.

—Fue exactamente así —replicó—. La diferencia es que tú lo llamas «tener miedo» y yo lo llamo «no saber sostener lo que amas».

Apreté los puños y tensé la mandíbula.

—La destruirás. Nos destruirás a ambos.

—No —negó—. Te destruiré a ti. Ada ya sobrevivió una vez y podrá hacerlo una segunda cuando se entere de la parte que has ocultado. Tú, no estoy tan segura.

La miré y comprendí algo que no me gustó admitir: Elena no estaba celosa, estaba herida por mi trato hacia ella y quería cobrar.

—No puedes hacer eso —dije en voz baja.

—No —concedió—. Pero tú sí puedes decidir si se entera por ti… o por mí.

Se levantó, dispuesta a marcharse.

—Tienes hasta la exposición —añadió—. Después, la verdad saldrá. Con o sin tu consentimiento.

Caminó hacia la puerta y se detuvo un segundo antes de abrirla.

—Ah —Sonrió—. Pégate una ducha, estás desastroso.

Y se fue.

Me quedé solo y en silencio en el despacho mientras la ciudad rugía fuera.

Me dejé caer en la silla y me pasé una mano por la cara.

¡Joder!

¡Hija de puta!

Decirle la verdad a Ada significaba perderla, pero callar significaba traicionarla otra vez y que se enterara de todo por Elena.

Y, aun así, mi mente tomó la decisión que siempre tomaba cuando tenía miedo: ganar tiempo.

Pensé que podía protegerla, que podía sostenerlo todo un poco más, que el amor sería suficiente para compensar el silencio.

¿Porque Ada me quería tanto como yo a ella, verdad?

No sabía —o no quise saber— que el silencio siempre acaba cobrando intereses.

Encendí el móvil y comprobé que tenía un mensaje suyo: *¿Todo bien?*

Cerré los ojos.

No.

Nada estaba bien, pero iba a fingir que sí un poco más.

Porque era Hugo de la Vega y porque todavía no entendía que aquella vez el precio podía ser demasiado alto.

# 47
# Ada

Camille me llamó antes de que yo tuviera tiempo de llamarla a ella, que era una dinámica muy nuestra y bastante reveladora.

Llevaba rato despierta y había podido comprobar que ya había un equipo de limpieza encargándose de dejar la casa de nuevo como los chorros del oro, pero había comido algo y había vuelto a meterme en la cama de Hugo.

Porque olía a él, a nosotros, a piel y a sexo.

Y porque quise, joder, que todo hay que decirlo.

Estaba enferma.

Por él, digo.

No sabía si estaba bien o mal lo que había pasado entre nosotros, pero sí sabía que me había hecho sentir bien.

Pero bueno… cogí la llamada de Camille.

—¿Puedo ir a tu habitación o estás acompañada?

Puse los ojos en blanco.

—Mejor voy yo a la tuya.

—¡Vale! —Exclamó estirándose, luego bostezó—. Tráeme un café.

—Eres insoportable —espeté, pero hice un café a mi mejor amiga y se lo llevé a la habitación.

—Así que… acabaste la noche con Hugo. ¿Se puede saber dónde se ha metido Théo?

Sonreí, porque aquello había sido una locura.

—Hugo lo echó.

Camille reprimió una carcajada.

—Normal. Imagino que se habrá llevado sus cosas y todo eso.

Suspiré.

—Supongo. Ha sido muy… intenso.

Camille ladeó la cabeza.

La verdad es que tenía el mayor aspecto de resacosa que le había visto en mucho tiempo.

—Eso no es una respuesta, Ada. Eso es el tráiler de una serie que acaba mal.

—No ha acabado mal —me defendí demasiado rápido—. Solo ha sido… confuso.

—Ajá. Continúa —dijo, ya sentándose mejor, completamente entregada al cotilleo.

Le conté la versión oficial, la que yo misma necesitaba creer, que Théo me besó, que Hugo se puso celoso, que discutimos…

Que acabamos juntos.

En su cama.

¡Vamos, lo que ya sabes!

Omití detalles, claro, aunque Camille me insistió de lo lindo.

—¿Y… fue igual que siempre? —preguntó Camille, con media sonrisa.

Tragué saliva.

—Como si no hubieran pasado dos años.

Ahí dejó de sonreír del todo.

—Eso es peligroso.

—Lo sé.

—No, no lo sabes —corrigió—. Lo sabes intelectualmente, pero tu cuerpo ya ha votado otra cosa.

Me pasé una mano por la cara.

—No estaba en el plan.

—Nada bueno lo está. ¿Puedes olvidarte ya de ese estúpido plan? ¡No os dais cuenta de que ya es absurdo, me parece increíble!

Nos quedamos en silencio unos segundos, yo mirando el techo, ella mirando su café.

—Yo me tiré a Marcos en un baño —dijo entonces poniendo morritos.

—Espera, ¿qué? —pregunté con los ojos abiertos como platos.

—Me gusta. —Sonrió—. Pero eso es otra movida. Dime, ¿y ahora qué?

—Ahora… —Dudé, intentando centrarme en lo que me estaba preguntando después de confesarme aquello— seguimos con el

plan. La exposición. La pedida de mano falsa… Todo eso. Cuando firmen los alemanes, ya veremos…

Camille frunció el ceño.

—Ada.

—¿Qué?

—¿De verdad todo esto sigue siendo falso? ¡Soñabas con casarte con ese tío!

La pregunta se me quedó atravesada.

—No lo sé —admití—. Pero Hugo está… distinto.

—Los hombres siempre están «distintos» justo antes de hacer una cagada monumental —sentenció—. Perdón, cariño, pero es estadística.

—No es justo —protesté—. Está siendo atento y cariñoso.

—Eso también puede dar miedo.

Me removí incómoda.

—¿Miedo a qué?

Camille me miró muy seria.

—A perderte. O a perder el control. A veces es lo mismo.

Me mordí el labio.

—No quiero pensar mal.

—No te estoy diciendo que pienses mal —dijo más suave—. Solo que no te entregues entera sin mirar si el suelo está firme.

—Yo ya no soy la misma —respondí—. No voy a romperme igual.

—Eso espero —asintió—. Pero escúchame bien, Ada: cuando un hombre empieza a prometer cosas grandes en silencio, normalmente es porque algo enorme se le está cayendo encima.

La frase se me clavó donde dolía.

—¿Qué quieres decir?

—Que tengas los ojos abiertos —respondió—. Y que, pase lo que pase, no te borres. No vuelvas a hacerte pequeña para que él no se sienta culpable.

Respiré despacio.

—Estoy bien —mentí un poco—. De verdad.

Camille suspiró, resignada.

—Vale. Entonces te voy a decir lo único que importa ahora mismo.

—Dime.

—Disfruta —sonrió—. Si va a doler, que al menos haya valido la pena. Y si no duele… oye, igual esta vez gana el amor.

Me reí, aunque lo hice a medias.

—Eres una dramática.

—Francesa —corrigió—. Es cultural.

# 48
# Hugo

Hice tiempo en el despacho a pesar de que estaba agotado, porque no sabía muy bien cómo enfrentarme a lo que me esperaba al otro lado de la puerta.

Es decir, con Ada.

La noche me cayó encima como un abrigo húmedo: pesada, incómoda y con olor a cansancio viejo.

Se me había olvidado cómo se apagaba la cabeza cuando va en bucle.

La reunión con Elena Vilar había sido un aviso feo y, como si el universo quisiera rematar la jugada, mi madre decidió no darme tregua, aunque fuera una pequeña.

Me llamó cuando todavía estaba en el despacho, como si no hubiera tenido suficiente la última hora en esas cuatro paredes, con esa voz suya perfectamente modulada que siempre significaba problemas de los grandes.

—Hugo —dijo—, mañana a primera hora quieren verte.

—¿Quiénes? —pregunté, pellizcándome el puente de la nariz, aunque lo supe antes de que respondiera.

—Los alemanes.

Cerré los ojos.

—¿Otra vez? ¿Tan pronto?

—Demasiado para que sea casualidad.

Mi madre no exageraba, nunca lo ha hecho, así que he de decir que me preocupó.

—¿Qué quieren? ¿Lo sabes? —pregunté.

—Reunirse, hablar y cerrar puntos pendientes. Al menos, eso he entendido yo.

Traducción: ver si seguía siendo fiable o si me convertían oficialmente en un riesgo calculado y me mandaban a tomar por el

culo.

—No le digas nada a Ada —añadió, sin que yo se lo pidiera.

Abrí los ojos.

—No pensaba hacerlo. ¿Crees que soy idiota?

—Bien —dijo—. Gana tiempo. La exposición está cerca. La pedida también. Todo debe parecer… estable.

Estable.

Mis cojones.

Mi mente estaba de todo menos estable en esos momentos.

Colgué sin despedirme con la sensación de que alguien acababa de mover una pieza importante en un tablero que ya no controlaba.

Cuando llegué a casa, las luces del salón estaban encendidas, la casa estaba impoluta gracias al equipo de limpieza que había contratado antes de la fiesta, y Ada estaba descalza, sentada en el sofá, con una sudadera mía y el pelo recogido de cualquier manera.

¿Dónde estaría Camille?

Fijo que con Marcos.

Vaya par, joder…

Pero volvamos a Ada, que tenía un libro abierto sobre las piernas, aunque su mirada estaba perdida en ningún sitio concreto.

Mi estómago se encogió; ahí estaba el problema: que verla así me hacía querer quedarme.

Y mentirle.

Hostia, tío.

—Has llegado tarde —dijo sin reproche, levantando la vista hacia mí.

—El trabajo —respondí.

Media verdad: la peor clase de verdad.

—¿Todo bien? —preguntó—. No has respondido a mi mensaje, estaba preocupada.

Dudé un segundo de más.

—Sí. Perdona, lo he leído, pero ha salido una cosa urgente… Estoy muerto de sueño.

Otra media verdad.

Se levantó, se acercó a mí y el olor a gel de frutas me penetró las fosas nasales.

Me besó en la mejilla, suave, como si no quisiera despertarme algo que ya estaba demasiado despierto.

—Estás agotado, sí —observó.

—Un poco.

Me miró en silencio.

Ada siempre ha sabido leer entre líneas, y eso fue lo que más miedo me dio en ese momento.

—¿Quieres cenar algo? —preguntó al final.

Negué con la cabeza.

—Solo quiero ducharme y tumbarme un rato contigo.

Me entregó una pequeña sonrisa que no pedía nada, pero que a mí me lo daba todo.

Mis deseos fueron órdenes, porque me duché, consiguiendo destensar un poco mis músculos y, cuando me metí en la cama con Ada, ella me abrazó por la espalda.

Su respiración se acompasó a la mía, y durante unos minutos fingí que el mundo no existía fuera de esa habitación.

—¿Tú has cenado? —le pregunté.

—Ajá. Pizza —respondió, y aunque no la veía, porque estaba tras de mí, supe que estaba sonriendo, porque le encantaba la pizza.

—Genial. ¿Y Camille?

—Adivina.

—¡No! —exclamé, girándome hacia ella.

—Sí, está con Marcos.

—Vaya tela…

—Ya —Ada se rio—. Oye, ¿seguro que estás bien? Te noto un poco raro.

—Claro que estoy bien. Ya casi hemos llegado al final y todo apunta a que va a salir a pedir de boca —le dije para intentar disipar cualquier duda.

La miré a los ojos, que los tenía brillantes y preciosos.

Toda ella era preciosa, lo juro.

—Vale —respondió.

—¿Me crees?

—Confío en ti, Hugo.

Ahí fue donde me rompí un poco por dentro.

Porque en ese momento supe que no le estaba ocultando a los alemanes por estrategia, sino por cobardía.

Porque no quería que esa calma se resquebrajara todavía.

Porque necesitaba llegar hasta la pedida sin que nada se contaminara.

—¿Te quedas a dormir conmigo? —le pedí.

—Claro. Te he echado mucho de menos cuando me he despertado —confesó.

Le di un beso en la frente y nos acomodamos al contrario de como estábamos posicionados antes, es decir, yo la abracé por la espalda.

Necesitaba tener cerca el aroma de su pelo, su perfecto cuerpo encajando con el mío, su calidez.

—Mañana tengo una reunión temprano —dije, cambiando de tema.

—¿Importante?

—Sí.

—Entonces duerme —susurró—. Mañana será un gran día.

La abracé con más fuerza de la necesaria.

Uff.

Los alemanes, Elena Vilar esperando su turno…

Ada cerró los ojos primero.

Yo no, a pesar del cansancio, y me comí el techo, contando las grietas invisibles de una vida que, por primera vez, estaba a punto de salirse del guion.

Y lo peor no era perder la empresa.

Lo peor era que, cuando todo estallara, Ada entendiera que el hombre al que estaba volviendo seguía teniendo miedo justo cuando más necesitaba valor.

# 49
# Ada

Hay una forma muy concreta de saber que alguien te está ocultando algo.

No es una frase o un gesto, es más bien una sensación, como cuando notas que el aire cambia justo antes de que empiece a llover.

Hugo durmió poco esa noche.

O nada.

Lo supe porque se quedó quieto demasiado tiempo, con los ojos abiertos, fingiendo que ya estaba dormido.

Yo le respiraba en la nuca, con el cuerpo pegado al suyo, y aun así notaba la distancia.

No física.

Otra peor, seguro que me entiendes.

Por la mañana se levantó antes que yo, me dio un beso en la frente, me dejó café hecho y un «luego hablamos» que sonó demasiado correcto.

Demasiado Hugo-CEO, insuficiente Hugo-hombre.

Me quedé sentada en la cama un rato largo, con la sábana enredada en las piernas, escuchando la casa vacía.

Esa casa que, en teoría, ya era un poco mía.

—No empieces —me dije en voz alta, porque podía hacerlo, podía volver a convertirme en la Ada que analizaba, que sospechaba y que se adelantaba al golpe para que doliera menos, pero no quería.

Había pasado demasiado tiempo huyendo como para volver a hacerlo ahora que, por primera vez en mucho tiempo, me sentía dentro de algo.

Me duché despacio, me vestí sin prisa, me miré al espejo y me reconocí.

Camille llamó justo cuando estaba terminando de maquillarme, acababa de llegar a París.

La muy cerda había pasado las últimas horas junto a Marcos y había sido él quien la había traído a recoger sus cosas, darme un abrazo y acompañarla al aeropuerto.

De Théo no sabía nada, por si te lo preguntas.

—Dime que sigue vivo —dijo sin saludar.

Se refería a Hugo, le había comentado que lo notaba un poco extraño, aunque sus palabras me tranquilizaron.

—Sigue vivo —respondí—. Cansado. Raro. Pero vivo.

—Raro es un adjetivo peligroso en hombres que aman y mienten.

Suspiré.

—No creo que me esté mintiendo —dije—. Creo que está… cargando cosas.

—Eso también puede explotar —advirtió.

—Lo sé.

Me senté en el borde del sofá.

—Pero esta vez no quiero huir antes de tiempo. No quiero irme sin saber.

Camille guardó silencio.

—Entonces confía —dijo al fin—. Pero no te olvides de ti.

Colgué y me quedé mirando el móvil.

Un mensaje suyo entró justo después: *Luego te veo. Todo va bien. Te lo prometo.*

Lo leí tres veces.

Respondí: *Vale. Aquí estaré.*

Y fue verdad, ese día me dediqué a cosas pequeñas como responder correos, elegir marcos para la exposición, que estaba al caer, pensar en luces, espacios y textos e intentar no pensar en lo otro, esa sensación de que algo importante se estaba moviendo sin mí, de que Hugo estaba luchando una batalla que no me estaba contando.

Ojo de loca no se equivoca.

Pero decidí algo, confiar.

Sin saber que, muy pronto, la verdad iba a encontrarme igual.

# 50
# Hugo

Estaba a punto de conseguirlo.

Me senté frente a los alemanes, con la espalda recta, las manos apoyadas con precisión milimétrica sobre la mesa de roble macizo y la sonrisa exacta: ni demasiado confiada ni demasiado contenida, justo la que había aprendido a usar desde que entendí que, en ciertos círculos, una mueca mal colocada puede costarte millones.

Jugaba la partida más importante de mi vida profesional como si no llevara una especie de bomba de sentimientos activada en el pecho.

El despacho olía a madera, café recién hecho y a éxito contenido. A ese tipo de éxito que no se celebra con abrazos, sino con silencios prolongados y frases medidas al milímetro.

Las cristaleras dejaban entrar una luz limpia, casi quirúrgica, que iluminaba los dossiers perfectamente alineados frente a nosotros.

Müller se ajustó las gafas con ese gesto tan alemán de esto no es personal, es eficiencia.

—Estamos satisfechos —dijo por fin—. La evolución mediática ha sido… positiva.

*Positiva, dice,* pensé con sorna.

Si él supiera que esa «estabilidad» tenía nombre, perfume y una forma concreta de mirarme cuando se quitaba los zapatos al llegar a casa, otro gallo cantaría.

—La estabilidad proyectada en las últimas semanas ha sido clave —añadió Schneider, cruzando las manos—. La percepción de liderazgo ha mejorado notablemente. Hay coherencia, continuidad y confianza.

Asentí despacio, manteniendo la compostura, como si aquello no tuviera nombre propio, como si no fuera Ada.

O su risa en la cocina.

O su manera de caminar descalza por el salón.

O su cuerpo volviendo a encajar con el mío como si nunca se hubiera roto nada.

—Por eso —continuó Müller— queremos cerrar antes de lo previsto. Hoy mismo, si es posible.

Durante un segundo sentí algo parecido a la victoria, una especie de vértigo, ese que aparece cuando llevas demasiado tiempo caminando por el borde del abismo y, de repente, te das cuenta de que has llegado al otro lado.

A tu meta.

Había ganado.

Después de esa firma, la empresa alcanzaría la cima y mi apellido sería sinónimo de poder, solvencia y liderazgo.

Todo aquello por lo que me habían educado desde niño seguía intacto.

—Me alegra escuchar eso —respondí, relajando apenas los hombros—. Así podré invitarles personalmente a mi compromiso.

Los dos se miraron y demostraron interés inmediato.

Schneider ladeó la cabeza.

—¿Compromiso?

Sonreí de forma auténtica por primera vez en toda la reunión.

—Voy a pedirle matrimonio a Ada Valverde —dije—. El día de su exposición. Ella no lo sabe, por supuesto.

El silencio cayó como una losa elegante, pero luego llegaron las miradas de aprobación, las felicitaciones y los comentarios sobre imagen, estabilidad, proyección.

—Una decisión muy adecuada —dijo Müller—. Transmite solidez y visión de futuro.

—Y compromiso —añadió Schneider—. En todos los sentidos.

Asentí.

Nos sirvieron champán y brindamos.

Luego sonreí y bebí de mi copa.

No obstante, no me supo a nada.

Lo había conseguido y, todavía así, algo dentro de mí se encogió, porque solo podía pensar en una cosa: Ada no sabía nada de todo aquello.

Ni de la firma, ni de que el pacto estaba a punto de cumplirse, ni de que, técnicamente, ya no la necesitaba para nada.

Y aun así… la necesitaba para todo.

Para respirar sin sentir que fingía, para dormir sin ese nudo en el pecho y para mirar al futuro sin sentir que estaba traicionándome otra vez.

Cuando se marcharon, el despacho volvió a quedarse en silencio y me quedé unos segundos mirando la mesa vacía, los documentos perfectamente ordenados, las copas medio llenas.

Todo estaba en su sitio, excepto yo.

Porque había salvado mi empresa, pero no estaba seguro de haber hecho lo correcto, pues el precio de la victoria, todavía no lo había pagado.

# 51
# Ada

Los días que siguieron no fueron días, fueron una sucesión de gestos calculados, miradas que decían más de lo que se atrevían a pronunciar y silencios cargados de significado. Hugo y yo funcionábamos como un mecanismo perfectamente engrasado hacia fuera —eventos, sonrisas, titulares, manos entrelazadas— y como dos personas caminando sobre llamas ardientes por dentro.

Dormíamos juntos, comíamos juntos, nos duchábamos juntos y hacíamos el amor cada noche para después tachar un número más en el calendario cada mañana.

Hasta que, por fin, llegó el día de la exposición.

Mi día.

El momento en el que tuve la sensación exacta de saber que mi vida estaba a punto de colocarse en un punto fijo del que ya no podría moverme sin consecuencias.

La luz entraba de forma suave a través de las cortinas y, por primera vez en mucho tiempo, no pensé en Hugo al abrir los ojos.

Pensé en mis fotografías.

En París.

En el silencio de los estudios.

En la mujer que fui cuando nadie me miraba.

Camille llegó con café, croissants y una energía que mezclaba madre orgullosa y amiga que va a beber después.

Había vuelto a Madrid, tal y como me prometió, por el día de mi exposición.

—Hoy no lloramos —declaró nada más entrar—. Hoy conquistamos.

Sonreí.

La maquilladora llegó puntual.

Profesional, silenciosa e impecable, como siempre.

Me senté frente al espejo grande y empezó el ritual: piel trabajada hasta parecer desnuda, iluminador sutil, ojos definidos sin exceso.

Y entonces, los labios.

Rojo.

Un rojo preciso, elegante y sin disculpas. El tipo de rojo que no pide permiso ni perdón.

Justo el que necesitaba.

—Este tono es lo más —comentó Camille desde el sofá—. Me encanta.

El pelo lo llevé recogido, pulido pero no rígido, con mechones sueltos que parecían casuales aunque habían sido pensados durante media vida.

Espalda lista para lo que venía.

El vestido me esperaba colgado, protegido como una reliquia.

Chanel.

Negro.

Corte midi.

Espalda completamente desnuda.

Tirantes finísimos.

Raja lateral exacta para caminar con poder.

Cuando me lo puse, no me reconocí… y eso me gustó.

Los Louboutin negros cerraron el conjunto con esa altura justa para imponerte sin perder el equilibrio.

El diamante en el cuello no era ostentoso, era definitivo: un punto de luz donde debía estar. Aquel collar me lo regaló Hugo cuando me pidió que fuera su novia, años atrás.

Camille se acercó, me miró en silencio y se le humedecieron los ojos.

—Mírate —susurró—. Si este no es el momento, que venga Dios y lo vea.

Respiré hondo.

—Gracias por no dejarme caer —le dije.

—Gracias por no haberte rendido —respondió ella.

Marcos llegó poco después para llevársela, porque no se despegaban, vaya.

Llevaba un traje oscuro y lucía una sonrisa tranquila y esa calma de quien sabe que el caos ya está en marcha y no se puede detener.

—Nos adelantamos —dijo—. Todo está listo. Hugo te está esperando abajo.

Camille me dio un beso en la mejilla.

—Nos vemos allí, artista.

No tardé en bajar, y cuando Hugo me vio, dibujó una sonrisa sincera y radiante en su perfecta boca.

—Eres una diosa, Ada Valverde —me dijo.

Sonreí.

—Y tú eres demasiado adulador.

Negó con la cabeza.

—Para nada, créeme. Vas a triunfar.

—Gracias —le dije mirándolo directamente a los ojos, sonriendo como solamente se puede sonreír a alguien a quien amas, por mucho que te haya hecho sufrir.

Porque no pude evitar entender que a ese tío lo lloraría hasta el final de mis días.

Cuando subimos al coche, dentro del cual un chófer nos llevaría hasta el local donde me estaban esperando todos los invitados, vi Madrid pasar a través de la ventanilla como un decorado perfectamente iluminado para el final de un acto.

Yo me acomodé el vestido con cuidado y Hugo me ofreció la mano.

La acepté y él me besó el dorso.

—Es tu día —dijo.

Asentí.

—Por fin.

—Va a ser increíble.

—Era mi sueño.

—Lo sé, amor —volvió a besar el dorso de mi mano y mi corazón se saltó un latido.

No por aquel beso, sino por la palabra «amor».

Y mientras avanzábamos hacia el lugar donde se expondría mi vida entera colgada de las paredes, supe que todo lo demás —el plan, los pactos, las mentiras, los miedos— estaba a punto de enfrentarse a la única verdad que importaba.

Yo estaba lista.
Y ya no había marcha atrás.

# 52
# Ada

La sala estaba llena cuando llegamos.

Lo supe antes de verla por el murmullo, ese rumor bajo, elegante y contenido que no es ruido, sino expectativa.

El tipo de sonido que hacen las cosas importantes cuando están a punto de suceder.

Cuando crucé la entrada, el mundo se ordenó.

Luces cálidas, paredes blancas, techos altos. Copas de cristal en bandejas negras, trajes oscuros, vestidos impecables, perfumes caros flotando en el aire como una firma invisible.

Y, entre todo eso, mis fotografías.

MIS FOTOGRAFÍAS.

Colgadas rectas, limpias, sin adornos innecesarios.

Grandes.

Valientes.

Cada una con su espacio, su silencio, su respiración propia.

París, pero también Madrid.

Ausencias.

Cuerpos fragmentados.

Miradas que no piden permiso.

Piel.

Soledad.

Reconstrucción.

Yo.

Hugo caminaba a mi lado, la mano en la parte baja de mi espalda, firme pero respetuosa.

La gente empezó a girarse, primero de forma lenta, luego con intención.

Al fin y al cabo, yo era la protagonista.

Diosito, y eso que todavía no sabía lo que se avecinaba.

Reconocí miradas, algunas con sorpresa, otras con cálculo, otras con admiración sincera…

Había críticos, coleccionistas y gente que yo había soñado que mirara mi trabajo cuando estaba sola en un estudio minúsculo en París, convenciéndome de que valía la pena.

Ribas estaba en su salsa.

—Ada Valverde —escuché a mi derecha—. Enhorabuena.

Sonreí, agradecí de forma tímida y asentí con la cabeza.

Repetí ese gesto tantas veces que se volvió automático, pero por dentro estaba temblando.

Hugo me soltó en un momento dado, lo justo para dejarme mover sola, cosa que agradecí.

Era importante que lo hiciera, que existiera sin él durante unos minutos.

Me detuve frente a una de las fotografías más grandes.

Una mujer de espaldas y desnuda.

Luz entrando por una ventana.

La columna vertebral visible.

Vulnerable y fuerte al mismo tiempo.

Escuché a dos personas comentar detrás.

—Es brutal.

—Es honesta.

Casi me senté en el suelo de la emoción.

Camille apareció con una copa en la mano, los ojos brillantes, el labio temblándole un poco.

—Lo estás haciendo —susurró—. Míralos. Te están mirando como si fueras peligrosa.

—Lo soy —respondí.

Nos reímos.

Vi a Marcos hablando con alguien del equipo del museo, elegante, tranquilo, ejerciendo de equilibrio en medio de aquel caos tan bonito.

Vi a mis padres llegar.

Mi madre, Beatriz, con la barbilla alta y esa expresión suya de mi hija ha llegado hasta aquí y nadie se atreva a minimizarlo.

Mi padre a su lado, emocionado, discreto, orgulloso a su manera.

Rosa apareció después, sí, Rosa, vestida como si fuera a una boda real, señalando una foto concreta y diciendo algo que hizo reír a dos señoras importantísimas.

—Esa —decía— la hizo cuando estaba hecha polvo. Y aun así mira qué arte tiene.

Yo me llevé una mano al pecho.

Entonces ocurrió algo curioso: me calmé.

Como si el ruido interno se hubiera apagado. Como si todo hubiera encajado por fin.

No necesitaba impresionar.

No necesitaba demostrar nada.

Estaba allí porque me lo merecía.

Hugo volvió a mi lado y dejó un beso en mi mejilla mientras me abrazaba por detrás.

Un flash me cegó de forma momentánea.

—Están impresionados —me dijo en voz baja.

—Yo sí que estoy impresionada por la acogida —respondí.

—¿Dudabas de ti? Yo en ningún momento, París.

—¡Pues claro! Esto es mi sueño, es… más de lo que podría soñar. Ribas me ha dicho que ya hay compradores interesados.

Era cierto.

Y aquello me parecía increíble.

—Hablando de sueños… ¿Te acuerdas que a los seis años decías que tu sueño era casarte conmigo algún día?

—¿Qué? —El corazón se me paró.

—Nada, estoy nostálgico —me dijo cogiendo de forma suave mi rostro entre las palmas de sus manos.

Otro flash.

Después besó mis labios y cinco flashes impactaron contra nosotros.

Sonreí sobre su boca y luego me mordí el labio.

—No has podido evitarlo —susurré.

—Ya no puedo, Ada —reconoció con una expresión rara que no supe descifrar—. Te quiero y estoy orgulloso de ti.

Fue entonces cuando Ribas pidió silencio, un micrófono y un foco suave se posó sobre él.

No tardó en llamarme tras decir unas palabras y yo sentí ese segundo exacto en el que el cuerpo quiere huir y la cabeza dice ni se te ocurra.

Avancé, respiré y miré a la sala llena de gente.

—Gracias por venir —dije y, contra todo pronóstico, mi voz no tembló—. Estas fotografías nacieron en un momento en el que yo no sabía muy bien quién era ni a dónde pertenecía. Y hoy están aquí, conmigo, porque decidí no esconderme más.

La gente me miraba expectante, y busqué la cara de Hugo entre todos aquellos rostros.

—Este trabajo no va de París —continué—. Va de lo que pasa cuando te rompes y decides reconstruirte sin pedir permiso. Gracias por mirar, por quedaros y por escuchar.

No dije nada más porque consideré que tampoco hacía falta.

El aplauso llegó contenido, elegante, sincero.

Nada estruendoso, pero sí real.

Y entonces… sentí movimiento a mi lado y Hugo dio un paso al frente. Uno solo.

Demasiado seguro para ser improvisado, quizá, por lo que me giré hacia él, confundida.

Y en ese segundo exacto, antes de que el mundo explotara, pensé: *¿Qué estás haciendo?*

Se volvió hacia la sala.

—Perdonen —dijo con una sonrisa tranquila—. Sé que este es el momento de Ada. Pero hay decisiones que no se pueden seguir posponiendo.

Me miró.

—Ada Valverde —dijo—, tú eres lo mejor que me ha pasado cuando menos lo merecía. Has sido hogar, verdad y coraje incluso cuando yo no supe estar a la altura.

El aire se volvió denso y sentí que el corazón se me salía del pecho.

—Hoy, en el día en el que el mundo ve quién eres de verdad… —metió la mano en el bolsillo—… quiero preguntarte algo.

No.

No.

No.

Aquello no estaba en el plan. ¿O sí?

Había hablado con Ribas sobre promesas, pero conmigo no había concertado ese paso.

El paso número cuatro, si no me equivocaba.

¿Se había vuelto loco?

Se arrodilló y sacó una caja de terciopelo en la que, una vez abierta, pude descubrir un anillo.

—¿Quieres casarte conmigo?

El mundo dejó de existir.

Solo estaba él.

Y yo.

Y todo lo que aún no sabía.

# 53
# Hugo

***Actualidad, después de salir huyendo en la limusina***

Camille y Marcos deciden seguir la fiesta en otro sitio, pero yo propongo a Ada que volvamos a mi casa.

Ha sido un día muy intenso, además sé que está molesta.

Y con razón, porque no la he avisado de que esta noche ejecutaría el paso cuatro: la pedida.

Se me ha ido la pinza, lo sé.

Compré el anillo en uno de esos días en los que tuve que fingir que todo iba sobre ruedas.

Quería… no lo sé, sorprenderla.

Pero, si sirve de algo para que se le pase, he hecho lo que sentía.

Los alemanes han firmado, ya no hay acuerdo entre los dos, ni pacto, ni nada.

Lo único que nos une es lo que sentimos.

Yo la amo y ella… ella creo que quiere matarme en estos momentos.

La casa está en silencio, y agradezco haber dejado atrás las luces, las risas, los brindis y el puto espectáculo nacional.

Es como si todo eso se hubiera evaporado al cerrar la puerta.

El chófer también se ha marchado y Madrid sigue latiendo fuera.

Pero aquí dentro solo estamos Ada y yo.

Ella se quita los zapatos despacio, apoyándose en la pared, como si su cuerpo aún no hubiera entendido que puede dejar de sostenerse.

Yo me aflojo la corbata.

Siento que me arde el pecho, y no sé ni por qué.

—Ha sido… demasiado —dice ella al fin.

No me mira y eso es peor, no lo soporto.

—Sí —respondo—. Un circo precioso.

Ada camina hasta el salón, se sienta en el sofá y se abraza las rodillas. El vestido negro de Chanel sigue siendo perfecto, pero ya no brilla igual.

O quizá es ella.

Incluso yo.

Me quedo de pie, sin saber muy bien dónde colocarme.

Hostia, cuando estás a punto de perder algo importante, el cuerpo no encuentra sitio, y esa es la sensación que tengo en este momento.

Entonces vibra su móvil, seguro que es el aviso de más etiquetaciones y menciones en Instagram.

Hemos dejado las redes ardiendo.

Me asusto, porque no es así, solo vibra una vez y parece un mensaje de WhatsApp.

Ada desbloquea el móvil y, cuando lee, la cara se le desfigura.

Entonces caigo.

No.

No.

No.

No.

Por favor, no.

—¿Ocurre algo? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Una tal… Elena Vilar me dice que tienes algo que contarme, que si veo que no te animas, me lo cuenta ella. ¿A qué se refiere?

A Ada le basta con ver cómo se me tensa la mandíbula aunque no responda.

—¿Todo bien? —pregunta.

Su tono es neutro.

Demasiado neutro.

Ese tono que no acusa, pero tampoco perdona.

—Creo que no deberías hacer caso de eso —espeto muy nervioso.

—¿Cómo? A ver, a ver, a ver… Primero no me avisas del paso cuatro, y ahora me llega este mensaje de esta tía… ¿Me puedes dar una explicación?

—Sé que estás enfadada…

—¡Hombre! Te has saltado nuestro acuerdo, Hugo.

—Es que ya no hay pacto, Ada. Me da igual el pacto, porque los alemanes… —digo a punto de cagarla como el idiota que soy.

—¿Qué pasa con los alemanes? —pregunta ella alzando una ceja.

Genial, Hugo.

De puta madre.

Eres un genio.

Ella ladea la cabeza y todo empieza a irse a la mierda.

Trago saliva.

Tengo la cabeza embotada, el cuerpo cansado y el alma en carne viva en este momento.

—No quería que te enteraras así —suelto, antes de pensar.

Ada levanta la vista.

—¿Enterarme de qué?

Ese tipo de silencio que no se puede deshacer se cuela entre los dos.

—Hugo —añade despacio—. ¿De qué?

Me paso una mano por la cara.

Joder.

Joder.

—De… —empiezo— de que los alemanes…

Me detengo.

Soy un cobarde de mierda.

¿Qué cojones me pasa?

Ada se queda quieta.

—¿Los alemanes qué?

No contesto, no hace falta.

Ella es muy lista y sé que en estos momentos está uniendo los puntos uno a uno.

La pedida, la mirada de los inversores, el orgullo de mi voz…

—¿Han… —susurra— firmado?

Levanto la vista.

—Hugo —repite—. ¿Ya estaba firmado cuando me has pedido matrimonio?

El pecho me estalla por dentro.

—Sí.

No hay otra palabra posible.

Ada cierra los ojos, pero no llora ni tampoco grita.

Eso es infinitamente peor.

—Lo has vuelto a hacer… —dice.

—Ada…

—No —me corta—. No me toques ni me expliques nada.

Se levanta despacio y se coloca frente a mí.

—Lo has hecho otra vez, Hugo. Has vuelto a decidir por mí. ¡Y además te has saltado el acuerdo porque me has mentido! ¡Me has mentido en la cara! Todos estos días…

—No es eso…

—Claro que es eso —me interrumpe—. Siempre es eso. Tú decides. Tú mides el riesgo. Tú eliges el momento. Y yo… yo me adapto.

Me quedo mudo.

—¿Sabes qué es lo que más duele? —continúa—. Que ni siquiera dudes en no decírmelo después. Te lo ibas a guardar, como si fuera un detalle sin importancia. Encima eres un mentiroso.

—Tenía miedo —admito—. De perderte.

Ada suelta una risa seca.

—Siempre tienes miedo —dice—. Y siempre lo pago yo.

Me acerco un paso.

—Ada, por favor…

—No —repite—. No te acerques.

Respira hondo.

—Hace dos años —empieza— yo no me fui porque quisiera huir. Me fui porque estaba sola. Tú me dejaste sola.

El suelo se abre bajo mis pies.

—Estaba sola tomando una decisión que ya habías tomado tú —continúa—. Yo estaba embarazada, Hugo. Asustada. Hecha polvo. Y tú… tú solo viste un problema que había que resolver.

—No fue así —digo con la voz rota—. Yo tenía pánico. Pensé que te perdería, pensé que nos perderíamos. Que no podríamos con…

—Y por eso me pediste que abortara —dice, mirándome a los ojos —. Dime qué significa el mensaje que me ha llegado.

El aire desaparece.

—Ada…

—No me mires así —me frena—. No lo digo para herirte. Lo digo porque necesito decirlo. Porque me rompí sola. Porque cuando me fui a París no huía de ti. Huía de esa chica que se quedó sola con una decisión demasiado grande.

Me llevo las manos a la cabeza.

—He cambiado —susurro—. Te lo juro.

—Puede ser —asiente—. Pero yo también. Y ya no puedo estar con alguien que cree que ocultarme la verdad y decidir por mí es protegerme. Aunque seas tú.

El corazón me late en los oídos.

—Yo te quiero —digo—. Más que nunca.

—Lo sé —responde—. Y precisamente por eso duele tanto. ¿Quién es Elena Vilar?

Me llevo las manos a los ojos y respiro hondo, aunque no me sirve de mucho porque los pulmones me responden como si estuvieran colapsados.

—Me está chantajeando.

—¿Cómo?

—Quiere hacerme daño porque… hice comentarios sobre su curro y demás… después de acostarme con ella.

Ella alza una ceja, incrédula.

—¿Qué? Pero… ¿cuándo?

—Mi último escándalo.

—Oh.

—¿Y eso puede hacerme daño a mí? ¡No estábamos juntos, yo estaba en París!

Niego con la cabeza.

—Esa fue la segunda vez que me acosté con ella.

—¿Entonces… la primera?

Cierro los ojos y me llevo una mano al puente de la nariz.

—Hace dos años… cuando te fuiste…

—¿Qué? ¿Eso es lo destrozado que estabas? —estalla, y con razón.

—Precisamente por lo culpable que me sentía me emborraché, me drogué, me fui de fiesta y me la tiré, sí.

Ada coge su abrigo, está dispuesta a marcharse por segunda vez de mi vida.

—Ada… —la llamo—. Por favor. Vas descalza.

Se gira una última vez.

—No te odio —dice—. Pero no puedo quedarme aquí fingiendo que esto no ha pasado. No otra vez.

Se quita el anillo y lo deja sobre la mesa baja del salón.

Abre la puerta, le da igual no llevar zapatos.

—Ada, por favor, Ada. Espera, ponte los zapatos —le digo cogiéndolos del suelo.

—La pedida ha sido preciosa —añade—. De verdad. Madrid ha llorado. Tú has ganado.

—Ada, precisamente porque ya no hay pacto lo he hecho. Quiero casarme contigo, yo… ¡Ada!

Se va, no me escucha, la puerta se cierra y me quedo solo.

Con la empresa salvada, pero el amor hecho trizas.

Me dejo caer en el sofá, esta vez no tengo ninguna estrategia con la que arreglar esto.

# 54
# Ada

Llego a casa de mis padres sin avisar.

Ni llamo, ni escribo… ni siquiera pienso.

Solo subo las escaleras con el cuerpo en automático y el corazón haciendo cosas raras, como si no supiera si tiene que llorar, gritar o simplemente parar.

Me gustaría arrancármelo y no sentir nada.

Rosa abre la puerta antes de que pueda llamar, como si me hubiera sentido llegar.

Me mira una sola vez, pero no pregunta nada.

Eso es amor de verdad.

—Ven —dice—. Pasa.

Y ya está.

Ni «¿qué ha pasado?».

Ni «te lo dije».

Ni «otra vez no».

Solo ven.

Me quita el abrigo, me toca el brazo y me guía hasta la cocina como si tuviera cinco años y acabara de caerme en el patio del colegio.

Me siento en una silla y compruebo que las manos me tiemblan.

Rosa pone agua a calentar.

Manzanilla.

Siempre manzanilla.

La religión no oficial de esta casa.

Me acabo de dar cuenta de que va en camisón.

—Respira, niña —dice—. Aquí estás a salvo.

Y algo en mi pecho se afloja.

Solo un poco.

Lo justo para no romperme.

—No sé si he hecho bien —digo al fin.

La voz me sale rara, no quebradiza por el llanto ni nada así, más bien cansada.

Rosa se sienta frente a mí, cruza los brazos sobre la mesa y me observa como quien ha visto muchas guerras y sabe que ninguna se parece a la anterior, pero todas duelen igual.

—Eso no se decide hoy —responde—. Hoy solo toca no hundirse.

Aprieto los labios.

—Me ha vuelto a pasar, Rosa.

—¿El qué exactamente? —pregunta aún así.

—Ha vuelto a decidir por mí.

Tras mi respuesta solo se escucha el hervor del agua.

Rosa apaga el fuego con una calma que me pone al borde del llanto.

—Hugo siempre fue así —dice al fin.

Levanto la mirada.

—¿Cómo?

—Un niño que cree que amar es adelantarse —responde—. Que proteger es esconder. Que querer es resolverlo todo antes de que el otro tenga tiempo de opinar.

Me trago un nudo de veneno.

—Eso no es amor —murmuro.

—Quizá lo sea a su manera —concede—. Pero tampoco es maldad.

Sirve el agua en dos tazas y pone en cada una de ellas una bolsita individual de manzanilla.

Luego bebe un sorbo minúsculo de su taza, porque todavía está caliente, y sonríe con nostalgia.

—¿Te acuerdas cuando erais pequeños?

Claro que me acuerdo, siempre me acuerdo, así que asiento con la cabeza.

—Un día —continúa—, tu madre compró golosinas para los dos, pero Hugo no te dijo nada. Es más, cuando le preguntaste si había, él te mintió y te dijo que no.

Sonrío sin querer, porque sé lo que viene después.

—Me enfadé con él —recuerdo—. Dije que era injusto. Luego…

—Exacto —asiente Rosa—. Te dijo que no te preocupases, que él se encargaba. Desapareció toda la tarde, adrede, claro.

—Y volvió con una bolsa enorme —añado—. Llena.

—Y te la dio a ti —dice ella—. Todas. Ni una se quedó. Quería sorprenderte.

—Y yo me sentí culpable —susurro—. No feliz.

Rosa me señala con el dedo, pero sin acusarme.

—Ahí está la clave, niña.

Se inclina hacia mí.

—Hugo siempre ha querido darte más. Más de lo que pides. Más de lo que decides. Más de lo que crees necesitar.

—Pero nunca me preguntó si lo quería así.

—No —admite—. Porque nadie le enseñó a hacerlo.

Me froto los ojos.

—No puedo volver a eso, Rosa.

—Y no debes —dice firme—. Pero tampoco puedes olvidar quién es él ni quién eres tú.

—Me ha dolido más ahora que hace dos años —confieso.

Rosa ladea la cabeza.

—Porque ahora ya no eres la misma.

Asiento.

—Hace dos años me fui rota, pero ahora he sido totalmente consciente.

Rosa sonríe, orgullosa.

—Eso es crecer —dice—. Irse sin huir.

Se levanta, me rodea por detrás y apoya las manos en mis hombros.

—Hija… —dice bajito—. El amor que duele siempre enseña algo. Pero el que se queda es el que aprende.

Cierro los ojos.

—¿Y si no aprende?

—Entonces no era tu casa —responde—. Y eso también está bien.

Me giro y la abrazo fuerte, como cuando era pequeña y pensaba que el mundo se acababa porque alguien me había fallado.

—Gracias —susurro.

Rosa me besa la cabeza.

—Aquí siempre puedes caer —dice—. Pero no olvides una cosa.

—¿Qué?

—Todo lo que te diga tu corazón que está bien, es el camino correcto.

Y por primera vez desde que salí de casa de Hugo… respiro.

# 55
# Hugo

Ha pasado una semana.

Siete días exactos desde la pedida, desde la limusina, desde que Ada salió de mi casa con los ojos llenos de algo que no supe sostener.

Siete días sin mensajes.

Sin llamadas.

Sin excusas.

Y el mundo, mientras tanto, no ha parado.

—Mira esto —dice Marcos, dejando el móvil sobre la mesa de mi despacho—. Y esto. Y esto también.

No necesito mirar para saberlo, pero lo hago igual.

Error de principiante.

«La pareja del año consolida su futuro».

«La pedida que devuelve la fe en el amor».

«Grupo De la Vega firma acuerdo histórico con socios alemanes».

—Nos felicitan hasta por respirar —murmuro.

Marcos se deja caer en la silla frente a mí, cansado.

—La firma ha gustado. Mucho. Demasiado —dice—. Y lo de la pedida… ha sido gasolina premium para tu imagen.

—Genial —respondo—. Una lástima que mi vida sea un solar.

No duermo.

No como.

Trabajo en automático.

Ada no está, pero está en todo.

En cada titular.

En cada felicitación.

En cada «enhorabuena» que suena a broma pesada.

—¿Has hablado con ella? —pregunta Marcos.

Niego con la cabeza.

—No.

—¿Ni un mensaje?

—Nada.

Marcos suspira, se pasa una mano por la cara.

—Hugo… no puedes permitir que vuelva a irse así.

Aprieto la mandíbula.

—No se ha ido. Se fue hace dos años. Esto es… otra cosa.

—No —me corta—. Es lo mismo si no haces nada. El mismo silencio. El mismo miedo. La misma cobardía.

La palabra me golpea como una hostia bien dada.

Cobarde.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunto—. ¿Que la persiga? ¿Que le jure cosas que ahora mismo no sé si soy capaz de cumplir?

—Quiero que hagas algo distinto —responde—. Por una puta vez.

Me levanto y camino hasta la ventana solo por estirar un poco las piernas.

Madrid sigue ahí fuera, funcionando como si nada importara.

—Si no hago algo ahora —pienso en voz alta, porque no sé qué hacer para volver a recuperarla—, la pierdo para siempre. No porque no me quiera… sino porque se cansará de que yo siempre llegue tarde.

Es entonces cuando se me ocurre algo que, quizá, puede ser un poco loco.

No lo tomo como una idea brillante, sino más como una rendición.

—Voy a dar una rueda de prensa.

Marcos parpadea, sorprendido.

—¿Tú solo?

—Yo solo.

—¿Estás seguro?

—No —respondo—. Pero nunca lo he estado de nada que valiera la pena. ¿Puedes arreglarlo para esta tarde?

—Claro, tío.

—Perfecto.

*

La sala está llena, quizá demasiado.

Micrófonos, cámaras, luces que ciegan y periodistas con hambre.

No llevo traje, solo una camisa blanca, sin corbata, porque no quiero parecer nada que no soy. Es decir, ese CEO perfecto que todo Madrid cree por los titulares que yo mismo he provocado.

Me siento donde me corresponde, me acomodo, respiro hondo, me acoplo el micrófono y me dispongo a hablar.

—Gracias por venir —digo en un principio—. Sé que las últimas semanas han estado llenas de noticias sobre mi vida personal y profesional. Agradezco las felicitaciones, de verdad. Pero hoy no estoy aquí para hablar de éxitos.

Se hace un silencio raro. Más bien, expectante, pero eso no me acobarda, por una vez en mi vida, para seguir hablando.

—La pedida fue real —continúo—. Lo fue porque mis sentimientos por Ada lo son. Pero no todo lo que parece perfecto lo es. Ahora mismo no estamos pasando por un buen momento, por lo que agradecería que nadie la molestase y respetase su persona, por mucho que sea una figura pública.

Alguien tose y siento un flash en el lado izquierdo de la cara.

—Hace dos años mi relación con Ada Valverde se fue a la mierda y ella desapareció de Madrid, aunque la realidad es que le vino de locos —digo—. Y nadie supo realmente por qué. Yo tampoco supe explicarlo entonces. Tampoco quisimos.

Trago saliva.

—Fui un cobarde.

Se oye un murmullo de voces entre los presentes, y alcanzo a ver cómo a mi madre está a punto de darle un ictus por mi comportamiento.

Me da igual.

Y es cierto.

No me importa.

Si quiere que las empresas vayan bien, que se encargue ella.

Yo quiero hacer otras cosas, no quiero estar más tiempo en el punto de mira de los buitres rosas.

Quiero tener un perfil bajo y vivir tranquilo, equivocándome las veces que sean necesarias sin que nadie lo reporte, porque soy humano y estoy viviendo por primera vez.

—Lo fui porque tuve miedo —continúo—. Porque no supe sostener algo que me superaba. Y hace poco… he vuelto a serlo.

Respiro hondo y el público parece contener el aliento.

—Esta vez no voy a esconderme detrás de una imagen, ni de una empresa, ni de una mujer maravillosa que no merece cargar con mis errores.

Las preguntas empiezan a levantarse, pero alzo la mano un tanto para pedir silencio.

—Déjenme terminar, por favor.

En este instante es cuando entiendo que la farándula es muy manipulable.

—He decidido retirarme temporalmente de la gestión del grupo y de las inversiones. Necesito parar, pensar y aprender a estar solo sin huir.

Las caras de los asistentes son un poema.

Mi madre finge que se desmaya.

Dios mío…

—Y sí —añado—, me voy fuera de España. No sé cuánto tiempo, pero sí sé que no quiero seguir construyendo nada sobre mentiras, ni siquiera las que parecen bonitas.

Me levanto.

—Gracias. Buenas tardes.

No respondo preguntas porque me marcho antes de dejar tiempo a que alguien las pueda formular.

Tampoco hay aplausos y, por supuesto, no siento que haya una red que me sostenga.

Llego a mi casa en soledad y me vuelvo a dar cuenta de que es demasiado grande sin ella, y también demasiado silenciosa.

Dejo las llaves sobre la mesa, me siento en el sofá y, por primera vez en días, no hago nada.

No miro el móvil.

No trabajo.

No pienso en titulares.

Pienso en ella.

En cómo me miró cuando se fue descalza, en lo que no supe decir, en lo que todavía no sé si merezco.

Me paso una mano por la cara.

—Ojalá esto baste —murmuro al vacío.

No para que vuelva, sino para que, si algún día lo hace, sea porque quiere.

En parte, me acabo de rendir, porque acepto que la he perdido, porque querer bien, a veces, empieza por saber soltar.

Y ya es hora de que la quiera bien, porque no hay nadie que se lo merezca más que ella.

# 56
# Ada

La rueda de prensa no me pilla desprevenida, sino prácticamente quieta.

Estoy sentada en el sofá, con una taza de café frío entre las manos y Rosa planchando algo que no necesita ser planchado, como si el mundo pudiera arreglarse a base de vapor.

—Va a salir —dice mi padre desde el sillón, bajando un poco el volumen del televisor—. Empieza.

No digo nada.

No me muevo.

Parezco una estúpida estatua de sal que todavía llora por las noches pensando en él.

Hugo aparece en pantalla sin traje, sin corbata y, si me apuras, sin escudo.

Y algo en mí se prepara para el golpe… pero no llega como esperaba.

No sonríe, no posa, ni siquiera interpreta.

Empieza a hablar y escucho como si me fuera la vida en ello.

¿De qué narices va todo esto?

Cuando dice que la pedida fue real, se me aprieta el pecho.

Cuando dice que no todo lo perfecto lo es, cierro los ojos un segundo.

Cuando dice «fui un cobarde», los vuelvo a abrir.

Rosa deja la plancha.

—Ese chico… —murmura.

No lloro, me muerdo las lágrimas como si no hubiera mañana.

Me nombra, pero no me utiliza ni me pide nada.

Es más, no intenta arreglarlo conmigo delante de todo el mundo.

Es entonces cuando dice que deja las empresas, que se va fuera de España y que necesita estar solo.

Ahí sí.

Ahí algo se rompe y no puedo evitar ponerme en pie como si tuviera un resorte en el trasero.

No porque se vaya, sino porque, por primera vez, no se va huyendo.

Rosa se pone a mi lado sin tocarme.

—¿Estás bien?

Me tomo un segundo.

—No lo sé —respondo—. Pero creo que… esta vez no me ha dejado atrás.

La pantalla se apaga porque Hugo ha salido del plano y el silencio se instala en el salón como una presencia nueva.

—Te ha respetado —dice mi madre, despacio—. Eso no lo hizo antes.

Asiento con la cabeza porque es verdad.

Hace dos años fui yo la que desapareció porque me dejó un silencio que no entendíamos ninguno de los dos.

Esta vez ha hablado y ha dicho la verdad que ha podido decir.

No toda, pero sí la suficiente.

Me levanto y voy hasta la ventana.

Madrid sigue igual de ruidosa e igual de ajena a nuestra vida y a nuestros problemas.

—No sé qué hacer ahora —digo en voz baja.

Rosa viene de nuevo a mi lado.

—Con que no te mientas a ti misma, basta —dice.

Me apoyo en el cristal.

—No quiero volver por pena.

—Entonces no vuelvas por pena.

—Ni porque se vaya.

—Entonces no vuelvas por eso.

—Pero tampoco quiero quedarme quieta por miedo.

Rosa sonríe.

—Ahí ya estás hablando claro.

Respiro.

No siento rabia, pero sí algo más difícil de gestionar: honestidad.

—Por primera vez —digo—, no me ha pedido que me quede.

—Y eso —responde Rosa— es lo que cambia todo.

Me giro hacia ella.

—¿Y si llego tarde cuando me sienta preparada?

—El amor no entiende de horarios —dice—. Entiende de decisiones.

Miro el móvil: no hay mensajes suyos, pero tampoco los espero.

Y, sin embargo, algo en mí se recoloca, como si el ruido hubiera bajado lo justo para poder escucharme.

No sé aún qué voy a hacer, pero sí sé una cosa: si voy a volver a elegirlo, no será porque me necesite, será porque yo quiero.

Y cuánta paz siento en ese pensamiento.

# 57
# Hugo

***Un mes después***

Aquí nadie sabe quién soy.

Y no porque no pueda decir mi nombre, sino porque cuando lo digo no provoca nada.

Es decir, no se levanta nadie, no cambia ninguna expresión y tampoco aparece ningún «encantado de conocerte» con sonrisa estratégica.

Aquí mi apellido no abre puertas ni cierra bocas.

No hay chófer esperándome abajo, ni porteros que me llamen «señor De la Vega» y mucho menos recepcionistas de hoteles de lujo que sonrían antes de preguntarme nada.

Lo que sí hay es un vecino que fuma en el descansillo y me saluda con un «ey» distraído, una panadera que no recuerda nunca qué pan le pido, porque… no soy nadie, ¿sabes?, y una cafetería en la esquina donde el camarero ya sabe que tomo el café solo, sin azúcar, y que siempre me quemo la lengua porque no espero.

Aquí soy un tío solo, sentado en una mesa pequeña, con el café demasiado caliente y la vida, por primera vez, demasiado silenciosa.

Y es justo lo que quería.

Vivo en un piso pequeño, alquilado, con paredes blancas y muebles que no combinan entre sí. Una mesa de madera clara que cojea un poco, una cama demasiado blanda y una terraza mínima desde la que se ve un trozo de cielo y un edificio feo.

Pero entra luz y eso ya es mucho.

Mi interior está peor amueblado, créeme, solo mi corazón tiene el estilo que me gusta, porque todavía sigue latiendo por ella.

Aquí nadie sabe quién soy.

Y, aun así, hay noches en las que me descubro mirándome las manos como si aún pudieran tocarla.

No pienso en Ada como se piensa en un recuerdo bonito, sino como en algo que sigue vivo dentro del cuerpo.

No sé si me entiendes, es algo difícil de explicar.

En cómo ocupaba el espacio sin pedir permiso, en cómo me miraba cuando sabía que tenía razón y aun así me dejaba ganar.

En cómo se quedaba quieta un segundo antes de besarme, como si siempre estuviera decidiendo algo importante.

El deseo no se ha ido, claro, porque siempre querré estar dentro de ella, solo ha aprendido a callarse.

Pero sigue ahí, y se me cuela cuando me ducho y cierro los ojos demasiado tiempo.

Cuando alguien pasa a mi lado con un perfume parecido.

Cuando me despierto con el cuerpo tenso, recordando una forma exacta de decir mi nombre.

No es nostalgia, es abstinencia, porque estando aquí he entendido que Ada Valverde era una puta droga para mí.

Aquí nadie me desea por lo que represento y eso debería ser un alivio, pero hay días en los que echo de menos ser mirado como ella me miraba: como si fuera peligro y refugio al mismo tiempo.

He aprendido a estar solo, no necesitar aplausos de nadie y no esconderme detrás del poder.

Pero todavía me falta aprender a no quererla, quizá ese sea el último aprendizaje: aceptar que cambiar no significa dejar de sentir, que crecer no borra el deseo, que ser mejor no te vuelve menos humano.

Pienso en Ada y no imagino que vuelva a mí.

La imagino cruzando una habitación sin buscarme, fuerte, libre, deseada.

Y estoy sonado, porque eso me duele y me excita en la misma medida.

Aquí nunca pasa nada, eso es lo desconcertante.

El primer día pensé que me volvería loco.

El segundo, que duraría una semana.

El tercero, que estaba huyendo otra vez.

Pero no.

El silencio no muerde, pero sí te desarma.

Me levanto temprano y salgo a caminar sin rumbo, con auriculares que muchas veces no llevan música.

He descubierto que la ciudad tiene un olor distinto por la mañana: a pan recién hecho, a mar lejano, a algo que empieza.

Trabajo poco y mal, si lo comparo con mi vida anterior.

Reviso proyectos ajenos desde casa como *freelance*, así que me daría igual estar aquí que en Marte. Pero, además, asesoro a una pequeña empresa local que no sabe quién soy y a la que le da igual mi pasado. Me pagan lo justo, me tratan con cordialidad y eso… me coloca.

Por las noches cocino cosas sencillas: pasta, ensaladas, huevos.

Friego yo, recojo yo y me sorprendo a mí mismo orgulloso por no pedir comida a domicilio.

Es como si hubiera roto con todo, sobre todo con esa antigua versión de mí.

Duermo mal, sí.

Pero mejor que antes.

Porque ahora, cuando me despierto de madrugada, no tengo que revisar el móvil.

No hay correos urgentes.

No hay decisiones millonarias que dependen de mí.

Solo hay una verdad insistente: ADA.

Pienso en el momento exacto en el que decidí por ella, en cómo confundí proteger con controlar, en cómo creí que amar era dirigir.

Aceptar lo que pasó no ha sido inmediato.

Ni elegante.

Ni heroico.

Ha sido sucio.

Me ha llegado una noche cualquiera, tumbado en una cama que no es mía, mirando un techo desconocido con una mancha de humedad en la esquina, entendiendo algo que me negué a mirar durante años.

No tuve miedo de ser padre.

Tuve miedo de no estar a la altura de ella.

De fallar.

De no saber sostener.

De romper algo que no sabía arreglar.

Y, como siempre, elegí lo fácil: decidir por ella, ordenar sin preguntarle…

Me siento en el borde de la cama y me paso las manos por la cara.

No me justifico, tampoco soy capaz de perdonarme, pero al menos ahora he dejado de mentirme y no me coloco ni bebo alcohol para tomar decisiones que hacen que la cague todavía más.

Mi madre sigue preocupada por mí y Marcos, que a ver cuándo viene a hacerme una visita…

Ojalá me hablara ella.

Pero no lo va a hacer.

Quizá no me merezco más oportunidades, pero la manifiesto todas las noches cuando cojo el anillo de compromiso que le regalé entre mis dedos.

# 58
# Ada

Un mes es tiempo suficiente para que el ruido baje.

No desaparece del todo, pero deja de gritar.

Se convierte en un murmullo soportable, como el tráfico cuando cierras bien las ventanas o como una herida que ya no sangra, aunque siga ahí, recordándote que existió.

He vuelto a mi rutina como quien vuelve a casa después de una mudanza: con cajas aún sin abrir, con ropa doblada a medias y libros colocados solo porque estorbaban en el suelo. No todo está en su sitio, pero las llaves ya están en el bolsillo. Eso cuenta.

Estoy en Madrid, en mi piso de Recoletos, porque necesitaba lamerme a solas las heridas, tal y como hice cuando me fui a París.

Para Camille, claro, esto ha sido un drama monumental.

Que no vuelva con ella, me refiero.

Videollamadas eternas, reproches en francés, amenazas del tipo «me abandonas cuando más te necesito», que en realidad significan «me aburriré sin ti».

La quiero igual.

La quiero muchísimo.

Pero necesito silencio y paredes que me conozcan de antes.

Además, ella debería tener entretenimiento suficiente con Marcos, que va y viene todo enamorado en vuelos Madrid-Francia, Francia-Madrid.

Trabajo, duermo mejor y como a horas normales.

Me pongo alarmas que respeto y ropa cómoda que no necesita impresionar a nadie como jerséis suaves, vaqueros gastados y zapatillas bonitas pero prácticas.

He dejado de vestirme como si alguien estuviera siempre mirando, aunque los buitres rosas lo sigan haciendo a un nivel mucho más bajo.

No he vuelto a ver a Hugo.

Prefiero no saber dónde está, al menos de momento.

No porque no me importe —eso sería mentir—, sino porque ahora mismo me importa demasiado.

Sé que está bien. Marcos me lo dijo con esa voz cuidadosa que usa cuando intenta no decir nada importante.

No hemos hablado.

Ni un mensaje.

Ni una llamada equivocada a las tres de la mañana.

Ni siquiera un «perdón, no era para ti».

Y, sorprendentemente, sigo aquí.

Camille dice que eso ya es un milagro.

Rosa dice que es madurar.

Yo digo que es cansancio bien colocado.

El mundo sigue.

Y aunque durante años me dijeron que sin él yo me apagaría, aquí estoy: respirando, creando, existiendo.

Me surgirán nuevas oportunidades.

Siempre lo hacen cuando no las persigues con desesperación.

Hoy vuelvo al local, que está vacío.

He decidido no trabajar más con Ribas.

Y no, no fue una decisión heroica ni una escena dramática. Simplemente un día me desperté y pensé: no quiero esto.

Me importó una mierda cómo se puso.

Si Hugo tuvo razón en algo —y odio admitirlo— es que antes de Ribas yo ya iba a exponer. Que mi carrera no dependía de su aprobación ni de su ceja arqueada ni de su condescendencia vestida de prestigio.

A Ribas no lo necesito.

A Hugo… mi corazón lo sigue necesitando como el drogadicto a su dosis.

Solo que ahora no le hago caso.

Entro en el local y me reciben las paredes blancas, limpias y desnudas.

No hay fotos.

No hay focos.

No hay copas ni murmullos ni aplausos.

Mis pasos resuenan distinto sin gente.

El eco me devuelve una versión de mí más pequeña, más real.

Camino despacio, como si no quisiera despertar algo que duerme aquí dentro.

Me planto en mitad de la sala principal, donde ocurrió todo.

Aquí me sentí valiente.

Aquí, durante unos segundos peligrosos, creí que la pedida de mano de Hugo era real, porque era mi sueño, aunque no me hubiera avisado del paso cuatro.

Me siento en el suelo, apoyada en la pared, con las piernas dobladas y la espalda fría.

El contacto me devuelve al cuerpo y saco el móvil sin saber muy bien por qué.

No lo busco.

Hace días que no lo hago, eso es lo nuevo.

Reviso correos atrasados, mensajes profesionales, propuestas que había dejado para luego como si ese luego fuera infinito.

Uno me llama la atención.

Asunto: Residencia artística — Lisboa.

Lo abro y descubro que es formal, educado e ilusionante sin ser invasivo.

Tres meses: espacio, tiempo y trabajo.

Lisboa.

Sonrío sin darme cuenta, porque se me ocurre que Lisboa es movimiento, luz, otro idioma que no exige tanto.

Es una ciudad que no me conoce, que no espera nada de mí.

Cierro el correo y dejo el móvil boca abajo.

Respiro.

Pienso en mis padres.

En Rosa preparándome infusiones como si fueran escudos.

En Camille gritándome por videollamada que no me atrevo a nada si no tiemblo un poco.

Sonrío otra vez, recojo mis cosas y salgo del local.

En la calle hace sol y Madrid huele a café recién hecho y a gente que llega tarde a algún sitio.

Camino sin pensar demasiado y entro en una agencia de viajes.

Eso también es nuevo.

Antes lo habría hecho todo yo sola, desde el móvil, a las tres de la mañana, con ansiedad y ojeras.

—Buenos días —digo—. Necesito un billete.

La chica sonríe con amabilidad profesional.

—¿Destino?

Respiro hondo.

—A Lisboa, por favor.

No voy a contárselo a nadie, todavía no, porque hay decisiones que primero se caminan por dentro antes de decirse en voz alta.

Y porque, aunque no lo sepa aún, hay lugares a los que no vas solo por trabajo… sino porque el destino te lleva allí.

# 59
# Ada

Una no se despide igual cuando sabes que no estás huyendo.

Eso lo acabo de aprender esta mañana, mientras cierro la cremallera de la maleta con más calma de la habitual y miro mi piso de Recoletos como si fuera un lugar al que voy a volver, no uno del que escapar.

Ya le he pedido a Rosa que venga de vez en cuando a quitar las telarañas y a vigilar que todo va bien aquí dentro.

De lo que hay entre mis costillas y el corazón ya me ocupo yo.

Mi madre está en la cocina, con esa serenidad impostada que utiliza cuando no quiere que le veas el miedo. Lleva una camisa blanca impecable y el pelo recogido, como si así pudiera ordenar también lo que no dice.

Le pesa que vuelva a marcharme, claro que le pesa.

Y a mi padre también, por eso han venido a desayunar conmigo para despedirnos antes de que me marche.

—¿Entonces, Lisboa? —pregunta, removiendo el café. Yo asiento con la cabeza—. Siempre te gustó Portugal, a decir verdad.

—Siempre me gustó irme cuando lo necesitaba —respondo sonriendo—. Y ahora es el momento.

Me mira por encima de la taza.

—Eso es nuevo.

Sonrío.

Lo es.

Mi padre aparece con el periódico bajo el brazo, me da un beso en la frente y dice algo tan suyo como:

—Tres meses pasan volando. Y si no pasan… también.

Pues es cierto, porque ya no necesito que nadie me salve de mis propias decisiones.

Y entonces aparece Rosa.

No lleva delantal puesto, porque ahora mismo no está de servicio, ni tampoco el moño medio deshecho.

Pero sí esa mirada que ha visto más verdades que cualquier terapeuta caro.

—Ven —dice.

Y me abraza de esa manera que parece que te estén recolocando todos los órganos, que te hace recordar quién eres justo antes de romperte.

—No te vayas, pequeña —susurra—. Muévete. Es distinto.

Trago saliva.

—¡Y come bien! —añade—. Y duerme.

—Tranquila —digo.

Rosa se separa lo justo para mirarme a los ojos.

—Y búscalo, si es lo que quieres.

Me besa la frente e intento ignorar el pellizco en el estómago que me ha provocado esa última frase.

Asiento con la cabeza y entiendo que estoy lista.

Cuando se marchan tras muchos abrazos y me dejan en el aeropuerto de Barajas, compruebo que ya no me impone como antes, como la primera vez que me marché de aquí, con esa despedida apresurada y la sensación constante de que algo, y ese algo era Hugo, se quedaba atrás.

Ahora lo sentía como un tránsito, como un paso nuevo, movimiento.

Camino con la maleta rodando a mi lado y los auriculares puestos sin música, solo por costumbre.

Mi vuelo hace escala en París, y la verdad es que no lo pensé demasiado cuando compré el billete, porque Lisboa es el destino final y París solo una pausa técnica.

No he querido avisar a Camille, lo decidiré cuando llegue allí, últimamente me gusta mucho pasar tiempo a solas.

Mentira.

París nunca es solo una escala, pero eso no lo sé todavía.

El primer vuelo va genial, termino un libro del que me quedaba el final y también miro por la ventana.

Luego bajo en Francia y, mientras espero al siguiente embarque, me siento en una cafetería pequeña.

Pido un café que sabe a aeropuerto y observo a la gente.

Nadie me mira.

Nadie me conoce.

Nadie espera nada de mí.

Me encanta.

Es entonces cuando lo siento, siento ese cambio en el aire, ese vuelco familiar en el pecho, ese algo que no se explica y que siempre me ha pasado con él y cómo el vello de todo el cuerpo se me eriza.

Zarandeo la cabeza con tal de quitarme esa sensación de encima.

No puede ser.

Es mi cabeza, es el déjà vu de estar en París, donde llegué hace dos años huyendo de él, de nuestro amor y de haber sentido tanto y que ese tanto estallara en mil pedazos.

Pero levanto la vista, con tal de perderme de nuevo entre la gente y pensar en otra cosa, y lo veo.

LO VEO.

No.

No.

No.

¿Qué?

No es posible.

No puede ser posible.

Hugo.

Sentado a unas mesas de distancia, con un abrigo oscuro, barba de varios días y una expresión distinta.

No está tenso ni en alerta, ni tampoco veo que esté actuando.

Está… increíblemente guapo y tranquilo.

Y solo con una mochila, consultando algo en su teléfono móvil.

Sonríe a la pantalla y un aleteo se instala en mi abdomen.

Joder.

El corazón me va a mil por hora y durante un segundo pienso que me lo he imaginado, que París me está jugando una mala pasada emocional.

Pero entonces levanta la cabeza y me mira.

Y el mundo se me abre bajo los pies, mi corazón se para y un calor demasiado agradable me recorre de arriba abajo.

No sonríe, no se levanta y tampoco hace ningún gesto.

Solo me mira como quien encuentra algo que no sabía que estaba buscando.

¿Es que no me reconoce?

¿O es que no quiere saber nada de mí?

El tiempo no se detiene y mi cabeza tampoco, porque no paro de pensar todo tipo de cosas.

Ya no sé cuáles son ciertas y cuáles fruto de mi ansiedad.

Porque ahora mismo tengo mucha, ahora mismo mi ojo derecho está haciendo *twerking* y necesito tener un baño cerca, no vaya a ser que el retortijón que estoy sintiendo decida salir.

Me levanto, no sé por qué, pero las piernas me llevan solas.

*¿Qué coño haces, Ada?*, pienso.

—Hola —digo cuando estoy frente a él.

Loca, me he vuelto loca.

Su voz tarda medio segundo más de lo normal en salir.

Joder, qué bien huele.

Sigue usando el mismo perfume, eso sí, aunque no parezca el mismo.

—Hola, Ada —dice mi nombre sin diminutivos, sin ironía y sin defensa.

¿Por qué es tan guapo?

¿Por qué lo sigo queriendo?

¿Por qué me está afectando tanto verle?

Si no quería saber nada de él…

—¿París? —pregunto, porque me costaría mucho creerlo.

—Lisboa —responde—. O eso parece.

Sonrío.

Él también y los minutos vuelven a ponerse en *stand by*.

—Escala —aclaro.

—Yo también —dice.

Nos quedamos en silencio, como dos idiotas que, como no saben bien qué decir, optan por mejor no decir nada.

—Estás muy guapa —dice al fin, sonriéndome.

—Tú también —respondo—. Distinto.

Asiente con la cabeza y luego carraspea.

—Era necesario. ¿Te tomas un café conmigo? —me propone, y por cómo salta mi corazón por dentro ante su pregunta, no puedo negarme.

—Claro.

Nos sentamos en la cafetería en la que estaba yo antes, pedimos un par de cafés y no hablamos del pasado, ni tampoco del dolor o de lo que quedó pendiente.

Hablamos de cafés malos, de ciudades que no piden explicaciones y de aprender a estar solo sin sentirte menos.

Y en algún punto, sin anuncio ni promesas, entiendo algo con una claridad que asusta: no he venido a París por él, porque ni siquiera sabía que estaba aquí, pero tampoco he llegado aquí por casualidad.

¿Será el efecto mariposa, que nos la ha vuelto a jugar?

Cuando anuncian mi embarque, me levanto.

—Tengo que irme —le digo, muy a pesar, porque lo cierto es que estar con él es como volver a casa. Y a todos nos gusta volver a casa.

—Lo sé.

Nos miramos de pie, demasiado cerca para ser inocente, demasiado tranquilos para haber vivido todo lo que habíamos vivido juntos.

—Lisboa te va a hacer bien —dice.

—A ti París —contesto.

Asiente con la cabeza y, cuando me atrevo a decirle adiós, no me besa, no me pide nada y tampoco me retiene.

Supongo que eso lo cambia todo, que nuestro final es este después de toda una vida aprendiendo a vivir el uno al lado del otro.

—Ten cuidado —me dice cuando ya me he alejado un tanto.

—Tú también.

Camino hacia la puerta de embarque con el corazón envuelto en uno de mis puños, procurando por todos los medios no mirar atrás, aunque me está costando la vida.

¿Y si no hay nada que salvar?, me dice mi cabeza.

¿Y si lo elijo y ya está?

Eso es lo que pienso, lo que con una pizquita de dolor me resigno a aceptar.

Porque Hugo siempre será Hugo.

Pase lo que pase.

Esté donde esté.

Aunque mi corazón llegue a amar a otra persona…

Siempre, una porción de esa masa con tiritas que late dentro de mí, lo hará para él.

Intento no pensar más en ello mientras sigo caminando.

*Gírate y vuelve*, me dice una voz intrusiva.

No.

Camina.

Camina.

Camina.

*Él sigue ahí, vuelve, estúpida.*

Pero entonces…

# 60
# Hugo

Se marcha.

Se está yendo de nuevo.

¿Cuántas veces van ya?

Creo que el pulsito que me está echando el destino debería terminar, ¿no?

Menudo atropello me acaba de hacer.

No esperaba verla, esa es la verdad.

Ni mucho menos que nuestros caminos se cruzaran de esta manera.

Ni que fuera ella la que se acercara a mí, porque yo me hubiera quedado como un gilipollas ahí de pie.

¿Qué ha pasado con mi chulería y ese instinto de tío duro?

En la mierda.

Debo estar en la mierda, porque no entiendo nada.

Ni mi comportamiento ni nada de nada.

Se me ha metido tanto en la cabeza que debo olvidarme de ella y dejarla vivir su vida, que apenas he podido saludarla al principio.

Hemos estado hablando bastante rato para hacer tiempo.

Ella debe llegar a Lisboa, yo a París.

Es que casi me da risa todo esto.

¿No es de locos?

Y cuando han hecho la llamada para nuestros vuelos porque la escala ha terminado, hemos tenido que despedirnos.

¿Y si no quiero despedirme?

*No, no, Hugo, déjala, ella tiene que hacer su vida y tú… tú la tuya,* me dice una parte de mí.

*¿Piensas perderla de nuevo? ¡Ve a por ella!,* me dice la otra.

Es como el ángel y el demonio en cada uno de mis hombros, ¿sabes a lo que me refiero?

Buah, qué mierda.

¿Y si la cago otra vez?

Pero ¿en serio debo ignorar cómo me late el corazón desde que la he visto?

Qué guapa está…

Qué guapa, joder.

Creo que no es consciente de lo sumamente preciosa que es.

Ni de lo luchadora e inteligente que ha demostrado ser.

No.

No es consciente.

Si no voy ahora, no es porque sea generoso, es porque sigo siendo un cobarde.

Y estoy hasta los cojones de eso.

Me quedo quieto.

Un segundo.

Dos.

Me imagino París sin ella, Lisboa sin mí, el mensaje educado dentro de meses, el «me alegro mucho por ti» que no significa nada porque la realidad es que me gustaría despertarme con ella todos los días y la vida siguiendo… pero sin nosotros.

No.

Esto no va de destino, va de elección, y yo siempre optaré por Ada.

Dejo la mochila sobre la silla, me paso la mano por el pelo y suelto una risa corta, incrédula.

De verdad que soy idiota.

He sobrevivido a juntas de accionistas, a decisiones millonarias, a perderlo casi todo… ¿y me da miedo decirle a la mujer que amo que no quiero volver a perderla?

Echo a andar; primero despacio y luego más rápido.

No corro como en las películas, pero casi.

—Ada.

Se gira y juro que en su cara pasa exactamente lo mismo que en la mía: sorpresa, miedo, algo que se parece peligrosamente a la esperanza.

—No iba a decir nada —empiezo, y mi voz no tiembla, pero por dentro estoy en ruinas—. Iba a dejarte ir otra vez creyendo que eso

era lo correcto.

Respiro hondo.

—Estaba… a punto de girarme —dice ella, y noto que empiezan a ponerse rojas sus mejillas.

—¿En serio? —pregunto.

Eso es bueno, ¿no?

—Sí. Pero pensaba que no sería lo… correcto, supongo —Se encoge de hombros, pero su cuerpo me dice que está temblando.

—Pues yo me he dado cuenta de que lo correcto sin ti siempre ha sido solo una forma elegante de huir.

—Atención, por favor. Última llamada para los pasajeros del vuelo AF 1427 con destino París-Lisboa. Todos los pasajeros deben dirigirse inmediatamente a la puerta de embarque B27. Repetimos: última llamada para el vuelo AF 1427 con destino París-Lisboa. La puerta de embarque B27 cerrará en breves minutos —suena en los altavoces.

—Yo… —intenta decir. Y observo cómo se está debatiendo entre correr hacia su puerta de embarque.

—Ve, llegas tarde —le digo, maldiciendo por dentro todo lo que hay a mi alrededor. Pero la verdad es que no tengo ningún derecho a hacerle perder su vuelo.

—Es…

—Atención, por favor. Última llamada para los pasajeros del vuelo AF 1429 con destino París-Lisboa. Todos los pasajeros deben dirigirse inmediatamente a la puerta de embarque B26. Repetimos: última llamada para el vuelo AF 1429 con destino París-Lisboa. La puerta de embarque B26 cerrará en breves minutos.

—Tu vuelo, Hugo —me recuerda ella, pero yo solo puedo mirar su preciosa cara—. Vas a perderlo.

—Con no perderte a ti otra vez… —susurro.

—¿Qué? —dice ella con los ojos muy abiertos.

—Que tenía que intentarlo, París…

Es entonces cuando me lanzo sin pensarlo.

Cojo su cara de forma suave entre mis manos, enmarcándola como un tesoro, y junto mis labios con los suyos.

La beso.

La beso como pienso que jamás volveré a besarla porque va a marcharse de nuevo delante de mí.

La beso rindiéndome a lo que pueda pasar, pero al menos, habiéndolo intentado una vez más, cuando pienso que ya estoy mejor.

La beso expiando todos y cada uno de los pecados que he podido cometer.

Y cuando pienso en apartarme para evitar que sea ella quien me rechace, la sorprendo rodeando mi cuello con sus manos, enterrando sus dedos en mi pelo y mordiendo mi labio inferior.

El *PIPIPI* del altavoz hace que nos separemos.

Sonreímos cuando nos miramos de nuevo.

—Esta despedida es mejor, ¿no lo crees? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza, sonriendo, y roza suavemente su nariz con la mía.

—Vente conmigo.

—¿Qué?

—Vente conmigo, Hugo. Voy a Lisboa por trabajo, pero… vente conmigo.

—¿Estás… segura?

—¿Estás seguro tú de quedarte conmigo?

—Siempre.

—Aún te brillan los ojos —me dice Ada.

—Y tú aún te pones nerviosa.

Ada vuelve a besarme y perdemos el vuelo.

Pero… joder, tío, me está besando el amor de mi vida.

Que le den al puto avión.

# Epílogo

Si hace un año alguien me hubiera dicho que acabaría viviendo en París, compartiendo un piso pequeño con un ex-CEO reconvertido en *freelance* y en mi marido —sí, has leído bien— discutiendo por la compra y revelando fotos en la mesa del salón… me habría reído.

Mucho.

Vale, vale, voy a lo que te importa.

Sí, Hugo no se separó de aquel anillo que me dio en la exposición de Ribas jamás de los jamases.

Y me lo acabó pidiendo en un paseo en barca por el río Sena, solo para recordarme que cuando lo hizo la primera vez, fue sincero.

Se me cayeron las bragas, claro, pero no era plan de hacer ninguna cochinada con el barquero mirando.

EJEM.

El caso es que nos asentamos en París después de estar esos tres meses en Lisboa y nuestro piso está en un cuarto sin ascensor. Detalle importante que él olvidó mencionar el día que firmamos el contrato.

Dice que es «bueno para el corazón».

Yo digo que es una venganza silenciosa del universo por todos los años de lujo innecesario.

No es el típico piso de revista.

Es estrecho, algo torcido y tiene una ducha que cambia de temperatura cuando le apetece.

Pero entra luz.

Mucha.

Y desde la ventana se ven tejados grises, chimeneas y un trocito de cielo que parece siempre a punto de llover.

Me gusta pensar que París nos queda bien porque no exige perfección.

Solo presencia.

Ya te puedes imaginar cómo se puso Camille de contenta…

¡Casi me dejó sorda del grito que pegó cuando se lo dije!

Marcos sigue con ella, por cierto, pero todavía están probando esa relación que, aunque no es tan intensa como la nuestra, es sorprendentemente bonita.

Entre tú y yo: es que ninguno de los dos dábamos un duro por ellos.

Ya lo siento.

Quienes no se alegraron mucho fueron nuestros padres.

Bueno, es que Isabel Ladrón de Guevara todavía se sigue recuperando de la conmoción de que Hugo dejase de ser CEO.

Por las mañanas, Hugo trabaja en la mesa del salón. Portátil abierto, auriculares puestos, cara de concentración intensa… hasta que Rosa le habla por WhatsApp o yo le pido que mueva el codo porque está encima de mis negativos.

Rosa se vino con nosotros porque le salió de su papo, así tal cual me lo comunicó, y se alquiló un pequeño cuchitril no demasiado lejos de nuestra casa.

Para cambiar de aires y conocer franceses o algo así nos dejó caer.

Yo sigo con la fotografía.

Más que nunca.

Hago sesiones pequeñas e íntimas con gente real. Nada de poses imposibles ni sonrisas impostadas.

París ayuda, porque aquí todo el mundo parece tener una historia interesante y una bufanda mejor que la tuya.

A veces revelo fotos mientras él está en una videollamada.

—¿Puedes no mover la mesa? —le susurro.

—¿Puedes no usar productos químicos mientras hablo con un cliente? —susurra él.

Nos miramos, sonreímos y no movemos nada.

A la una solemos salir a comprar pan.

Nuestro pan.

El de la esquina.

El que el panadero ya sabe que nos gusta «un poco más tostado».

Él insiste en que es parte de la integración cultural, yo creo que es porque le encanta que le llamen *monsieur* con cara de complicidad.

Por la tarde, él se va a algún café con wifi decente y yo me quedo editando.

A veces intercambiamos mensajes absurdos.

—¿Has comprado leche?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque pensé que lo harías tú.

—Eres increíble.

—Lo sé.

Spoiler: nunca hay leche.

Por las noches cenamos tarde.

Siempre tarde.

Pasta improvisada, vino barato y música baja.

Nada glamuroso, a decir verdad, pero a Hugo le encanta cocinar.

Nunca me he sentido tan rica, pero Rosa ha confirmado tres cosas importantes sobre nuestra nueva vida: que el piso es pequeño, que Hugo no sabe fregar bien y que somos unos enamorados preciosos.

A veces, cuando lo miro trabajar, pienso en quién era antes. En el hombre que medía su vida en resultados y éxito.

Ahora mide el tiempo en proyectos que le apetecen, en clientes que le respetan y en si llegamos o no a tiempo para ver atardecer desde el puente.

Yo también he cambiado: ya no corro, ni huyo ni necesito tenerlo todo bajo control.

He sabido perdonar y Hugo ha sabido redimirse de forma real.

Una noche, mientras recojo la cámara, se me acerca por detrás y apoya la barbilla en mi hombro.

—¿Te imaginabas aquí? —me pregunta.

—Para nada.

—¿Te arrepientes?

Me giro y lo miro.

Pienso en París, en el piso pequeño, en la lista de la nevera que sigue pidiendo LECHE desde hace semanas.

—Ni un solo día.

Sonríe y me besa.

Sabe a café.

Siempre sabe a café.

Me encanta.

No hay fuegos artificiales ni música épica.

Ni champán del caro ni flashes ni titulares.

Solo estamos nosotros.

Y entonces lo entiendo del todo: yo no me he convertido en la prometida de un CEO, me he convertido en una mujer que eligió quedarse.

Y él no ha perdido poder ni estatus, ha ganado una vida que por fin le pertenece.

No creo que París nos haya hecho mejores, pero sí más honestos, con el mundo y con nosotros mismos.

Y, curiosamente, eso es todo lo que siempre quise.

# Índice

Prólogo 5
1. Ada 7
2. Ada 11
3. Hugo 17
4. Ada 27
5. Hugo 33
6. Ada 39
7. Ada 49
8. Hugo 57
9. Ada 63
10. Hugo 69
11. Ada 75
12. Hugo 79
13. Ada 85
14. Hugo 91
15. Ada 95
16. Hugo 103
17. Ada 109
18. Hugo 115
19. Ada 119
20. Hugo 125
21. Ada 129
22. Hugo 133
23. Hugo 139
24. Ada 141
25. Ada 147
26. Hugo 153
27. Ada 157

28. Hugo 163
29. Ada 169
30. Hugo 175
31. Ada 183
32. Ada 189
33. Hugo 197
34. Ada 201
35. Hugo 213
36. Ada 219
37. Ada 227
38. Ada 233
39. Ada 239
40. Hugo 245
41. Hugo 247
42. Ada 253
43. Hugo 259
44. Ada 265
45. Hugo 269
46. Hugo 277
47. Ada 283
48. Hugo 287
49. Ada 293
50. Hugo 297
51. Ada 301
52. Ada 305
53. Hugo 311
54. Ada 319
55. Hugo 323
56. Ada 329
57. Hugo 333
58. Ada 339
59. Ada 343
60. Hugo 351

Epílogo 357